DESEAR ES CONDENA

ALINE OROZCO

Capítulo 1

Desear es condena

Aline Orozco

Capítulo 2

“Nunca un cerebro se plantea una pregunta, para la cual no exista respuesta”

Alejandro Barreto

“Una vida sin reflexión no merece la pena ser vivida”

Sócrates

Capítulo 3

NORA

Nora contaba diecisiete años, no obstante sus formas de mujer se distinguían a contraluz. Caminaba entre las mesas con su anatomía sinuosa, en medio de la algarabía y el humo de tabaco que enturbiaba el aire del café en la esquina de Allende, sitio de reunión de intelectuales y gente común en el centro de Coyoacán.

Su cara era de niña, sin embargo, Nora poseía un cuerpo espigado que meneaba con cadencia tratando de mantener el equilibrio de la charola con cappuccinos y chocolates que repartía sin ton ni son. Llevaba el cabello lacio en mechones afinando su cintura, recogido con una pañoleta verde que se mecía al ritmo de sus pasos y un pequeño fleco en la frente haciéndola parecer aún más niña. El aspecto inocente de su cara chocaba con su cuerpo de mujer, como si en la hechura de esa mesera Dios hubiera tomado retazos de tela discordantes; tal vez su aspecto físico solamente era el reflejo de su estado mental.

Su vida era sencilla, quizá demasiado, pero Nora se sentía aparentemente conforme con ella. Podría haber estudiado algo más que la secundaria, podría haber sido secretaria de algún gran negocio, en vez de enclaustrarse en el negocillo familiar, que antaño había pertenecido a sus bisabuelos. Pero los futuros podría le conferían a su vida el sabor de aventura postergada, de sueños que tal vez serían.

Y Nora vivía de sueños.

En su trabajo, Nora veía la oportunidad de conocer mundo sin tomar riesgos. Con el pretexto de servirles un café muy cargado, se acercaba a los clientes sonriendo y escuchaba sus charlas. A lo largo de cinco años de ser mesera, había pocas cosas que no supiera de lo que habitaba el corazón humano. El ambiente de aquel café se había impregnado ya de sueños, tragedias, alegrías y discusiones de todo tipo; ella era la mejor confidente de las personas que frecuentaban el lugar. En las noches repasaba su libreta donde almacenaba historias construidas por su imaginación desmedida; era como vivir varias vidas al mismo tiempo, eludiendo la responsabilidad de no saber que hacer con la propia. Disfrutaba pensando que ahora era una ama de casa con dos hijos y una vida marital, ahora un bohemio que toca el sax. Casi podía sentir como si fuera suya cada experiencia, con el beneficio de poder cambiar de canal cuando las cosas se ponían túrbidas en la historia.

Capítulo 4

AMOR DE CAFÉ

Entró en el café un cliente más, con un gracioso acento le pidió un expreso. ¡Qué tipo tan raro! —pensó—, no parece de aquí. Él la miró con indiferencia, despreocupado del todo colocó en la mesa de madera un pequeño portafolio, que para sorpresa de Nora tenía teclas; el extraño después de encender un puro comenzó a escribir. El personaje en cuestión era muy alto, rubio, no parecía mexicano y daba la impresión de conocer mundo, pero lo que más le intrigaba era el hermetismo con que empezaba a escribir todos los días a las seis menos diez sentado en la misma silla, con una pierna flexionada en la otra y un aire desgarbado que contrastaba con el recelo de su entregada tarea. Alguna manera habrá, algo que hacer —se dijo—, he de averiguar lo que le ha traído hasta aquí.

Pasaron quince días y el extranjero no faltaba a su cita con el expreso, era otoño, la banqueta de Allende tenía un fino tapiz de hojarasca que crujía con el paso de los transeúntes. Pero ese ruido no distraía en lo absoluto a aquel hombre, al contrario, parecía centrarlo —junto con los últimos rayos de sol— en su incansable afán, a tal grado que no se percataba del tiempo y siempre había que recordarle que el café estaba a punto de cerrar. Con el transcurrir de las horas en el mostrador todo parecía igual, pero el humo de los cigarrillos, las risas y constantes murmullos de los demás clientes ya no interesaban a Nora. Todo seguiría igual afuera, pero en el interior de la niña-mujer algo cobraba vida, algo la transformaba.

Antes de ese encuentro Nora no disfrutaba la vida, se dejaba vivir por ella y se conformaba, porque no había comido la manzana, no había tomado conciencia de que la vida puede (no podría) ser diferente en otra parte del mundo, más allá de los faroles que en el crepúsculo alumbraban las empedradas calles de Coyoacán.

Capítulo 5

STEVE

Era totalmente cierto, Steve Taylor conocía mundo, a sus 35 años había recorrido de arriba a abajo su país y era el principal ponente de Advertisers Inc. A los veintiséis dio su primer conferencia en el congreso mundial de mercadotecnia celebrado en Suiza, su manera de expresar "la magia de la publicidad" (como tituló su presentación) le valió convertirse en el vicepresidente de la compañía.

Dormía en su departamento de soltero situado en las afueras de Kentucky, los fines de semana se recluía en su oficina ideando la nueva imagen del equipo más reciente de la empresa líder en telefonía celular. Tendría que ser un diseño super sofisticado, una fiel representación del concepto empleado en la campaña "prestigio y poder del hombre actual". El tipo con suerte que pudiera portar este elegante celular causaría la admiración de sus congéneres y los suspiros de las féminas. Cuando se abrieran las puertas del elevador, el hombre caminaría con pasos seguros por la oficina, la frente en alto y una sonrisa en los labios, con aspecto casual pero vestido formal, el saco doblado en el hombro y en el cinturón el pequeño causante de esa gran personalidad.

Steve era un convencido de que la solución a la monotonía del hombre moderno está en el consumismo. En sus idílicas noches se veía a sí mismo como un elegido, bien que sabía cual era el propósito de su vida, en esa mente se encontraba el secreto de la eterna felicidad, la eterna juventud y todo lo que fuese eterno. "Renovarse o morir", era el lema de cualquier digno publicista y él tenía toda su fe puesta en el adagio.

Paseando en los centros comerciales, aquella temporada decembrina percibió la euforia en su máxima expresión, rostros sonrientes y revitalizados, familias enteras con bolsas en sus manos. Santa Claus, otro apóstol del tener, sentaba a los chiquillos en sus piernas y los cautivaba con promesas de sueños que más tarde se harían realidad a cambio de obedecer a mamá. El perfume de la realización momentánea flotaba en el ambiente, y todos lo respiraban, como en una especie de embriaguez colectiva que llegaría a su término en la cruel resaca de enero; pero siempre habría más vino para aliviar resacas y Steve como buen cantinero prodigaba toda clase de bebidas (celulares, coches, ropa) a la gente cansada de seguir sus sueños que parecían cada vez más distantes. La frustración no existe —se decía— si deseas algo, pero resulta difícil conseguirlo, siempre habrá otro objeto que puedas comprar.

Todo era así en el orden de las cosas y en su reducido mundo cuando se comunicaba con personas era para negociar. Steve pensaba que todos en absoluto somos vendedores y compradores, inclusive en la esfera de las

relaciones personales; quien puede adornar su imagen con prestigio, dinero o poder tiene mayor oportunidad de conseguir el amor de una pareja, o amigos con quienes compartir tardes, porque se encuentran en un buen escaparate en el libre mercado de personas. Nosotros no solo vendemos celulares o coches —solía decir Steve a sus asistentes— vendemos compañía y la posibilidad de ser amado.

Capítulo 6

CAFÉ, ALIVIO DEL ALMA

Nora era tímida, a pesar de encontrarse desde tiempo atrás en un trabajo en el que conocía bastantes personas, su aspecto era retraído y únicamente dirigía la palabra para preguntar por la orden o extender la mano con la comanda de las mesas.

Pese a que dedicaba noches en vela imaginando como sería la vida de aquellos clientes, su curiosidad no había logrado romper la barrera de su exagerada timidez; prefería vivir de sueños que de realidades, porque las realidades le asustaban.

A corta edad quedó huérfana, sus padres murieron en el choque de dos trenes que jamás se esclareció. Felicia no había viajado en tren y convenció a su marido de festejar de esa manera su aniversario de bodas. A pesar de que la familia no era adinerada, planearon un buen viaje, convencidos de que esa escapada les traería más satisfacción que una fiesta, en la que se gasta mucho y dura muy poco. Al ritmo del vaivén del ferrocarril aprenderían una nueva manera de hacer el amor, esta idea de explorar nuevas formas que pusieran sabor a su rutinaria manera de amar fue lo que convenció a Rubén de pedir un permiso en el trabajo. Nora al menos tenía el consuelo de que sus padres podrían haber muerto en un "feliz éxtasis", cuando un ruido infernal los sorprendió retozando desnudos; la muerte habría sido casi instantánea, quedaron escasos restos del primer vagón donde viajaban. A pesar de esto, las autoridades dieron aviso a los abuelos de Nora y se les fue entregado un pequeño bultito con pertenencias personales de la pareja, junto con los restos de una identificación.

La familia decidió que si no tenían los cuerpos para darles cristiana sepultura, podrían realizar una ceremonia representativa y echar tierra sobre los objetos rescatados. Nora tuvo que probar el sabor amargo de la muerte, más amargo en cuanto más se ama.

El día del entierro ese sabor quedó para siempre impregnado en su garganta, el sabor de la impotencia que la estrangulaba y que le impedía a sus ojos derramar lágrimas. Era un sabor amargo, como a tierra, como a zinc, con el que se despertaba todas las mañanas y aún después de comer, después de asearse la boca, persistía hasta entrada la noche. Era el sabor de la soledad. Poco a poco se acostumbró a él, hasta olvidar por momentos que hostigaba su lengua. Solo paladear los exquisitos chocolates que se vendían en el negocio cambiaba la memoria de sus papilas gustativas.

Posiblemente por eso fuera mesera, podía a escondidas sorbetear las tazas cafeteras y con otro sabor amargo sustituir el que tanto daño le había hecho. Por lo anterior y por el placer de soñar con historias y futuros podría... es que se le iban los mejores años de su vida enclaustrada en la cafetería de Allende.

Capítulo 7

DESCUIDO

—No queda nada por hacer.

Fueron las palabras dirigidas a Claire por el médico que también había sido invitado a la comida.

Claire le contestó con una mirada de odio. No, no era odio, tal vez súplica, quizá impotencia. Steve a su vez, recibió aquella frase como si estuviera leyendo una novela, o viendo una película de Alfred Hitchcock.

Era un hombre acostumbrado siempre a soluciones, no a problemas. De sus asistentes en Advertisers no aceptaba excusas, para él las negativas se consideraban patéticas.

Tal parecía que el mismo Dios debía someterse a sus deseos, pero esta vez no fue así; Jean murió, según Steve debido al destino, según Claire a un descuido de su padre.

Capítulo 8

CLAIRE

Claire era una joven norteamericana egresada de la universidad de Minnesota, diseñadora gráfica brillante con mucha creatividad y ambición. Su vida estaba plenamente dedicada a la profesión, donde no había lugar para el romanticismo o el sueño de "toda mujer de formar una familia".

Debido a una desilusión pasada, Claire olvidaba su naturaleza femenina, jurándose no volver a perder su valioso tiempo en una inversión llamada amor, que estaba segura siempre terminaría por decepcionarla.

Écho a un lado el destino de ser una mujer de su casa (con marido e hijos), el anhelo que quedaba para contar con una vida realizada, era un gran desarrollo en el área profesional. Claire dejó su pequeño apartamento en Minnesota y se trasladó a Kentucky después de haber sido aceptada para trabajar en Advertisers.

Independientemente del deseo de pertenecer a una de las más importantes empresas de publicidad de Norteamérica, necesitaba cambiar de ambiente, pese a lo hermoso de su carrera, se sentía emponzoñada por la rutina. Empacó las maletas para decir adiós definitivamente a Minnesota y al siguiente día ya iban en camino.

—Siempre he admirado a las personas entusiastas, en la mayoría de las cosas productivas que he hecho en mi vida mi motor ha sido la satisfacción personal, la obligación, poder mirar la vista atrás y darme cuenta de que no he perdido el tiempo.

—Y eso está muy bien, responde a una disciplina de esfuerzo que origina tranquilidad —contesta Mary.

—Pero esa fuerza vital, esa emoción que te hace vibrar al planear y al realizar lo planeado, eso muy pocas veces lo experimenté.

—¿De dónde son los seres extraordinarios que pueden sentir entusiasmo por la vida diaria?

Mary se encogió de hombros y dándole una palmada en la espalda la despidió en la central de autobuses.

Así fue como conoció a Steve, cuando él la entrevistó para el puesto y descubrió que aquella mujer tenía madera y buenas ideas (según Steve, pese a ser mujer). A lo largo de los meses se desdibujó el límite en su relación laboral y comenzó una especie de complicidad. A Steve no le faltaba pretexto para invitarla a salir y discutir una presentación o un

nuevo spot, en tales citas Claire permanecía rígida; avocada exclusivamente a hablar de la empresa.

—Parece que esta mujer no tiene modales, o se le ha olvidado como coquetear— se decía mientras la observaba comiendo spaghetti, moviendo el tenedor con sus finos y pálidos dedos.

Pero esa curiosidad de conocer cuál era la causa de tanta cerrazón lo impulsaba para tener paciencia y seguir con la invención de pretextos —incluso cuando sentía que ésta llegaba a su fin—.

Claire era una contundente impulsora de la liberación femenina, para ella los hombres ya no eran símbolo de seguridad (ni económica, ni emocional ni de ningún tipo) y mucho menos el príncipe azul de los cuentos infantiles. A lo largo de su vida se había topado con más mujeres con coraje por la vida y hombres inseguros escondidos detrás de sus faldas, que billetes de un dólar.

Con esta sociedad cambiante, tampoco era posible conseguir una "estabilidad de pareja", la fidelidad es tema fuera de moda y Claire no pensaba pasarse la vida bajando la cabeza, fingiendo ser la tonta que no es, a cambio de migajas de cariño y de una estúpida promesa que un hombre le ofreciese en el altar (aún cuando en el mejor de los casos por cinco minutos estuviese dispuesto a cumplirla). Si en algún momento su egoísmo fuese rebasado por las ganas de darse a un hijo, podría hacerse inseminación artificial o embarazarse de un hombre que sin ningún problema la dejaría sola por miedo al compromiso.

Por su parte, Steve no tenía la menor intención de unir su vida a alguien, creía que ya no existía la mujer seria en quien se pudiese confiar, ¿para qué comprometerse si podía obtener lo que quería con un simple te amo y una invitación a cenar?

De cualquier manera aunque ocupaba un buen escaparate en el libre mercado de personas, esa chica liviana con la que hoy sale puede optar por elegir a otro, o por tomar de cada uno lo que más le convenga. ¿Para qué arriesgarse a experimentar un fracaso personal y social al tratar de consolidar una familia?

Las mujeres “liberales” de hoy no son capaces de hacer el mínimo sacrificio, no son controlables y en cualquier momento pueden dejarte o abandonar el proyecto de vida juntos en aras de los “derechos femeninos”. Las mujeres actuales son el principal obstáculo para formar una familia.

A sus 30 y 28 años respectivos, Steve y Claire eran títeres de prejuicios; sus ideas preconcebidas respecto al sexo opuesto y a lo que se puede

esperar de él, empañaban cada vez más su relación.

Con todo, la costumbre se imponía y Claire fue dejando atrás su amargura, enamorándose del Steve que se había dibujado, poco a poco surgió el afán de control que tan a menudo acompaña a lo que denominamos amor. Ella se sorprendía en sus ratos de ocio imaginando la vida juntos, traicionando el ideal de independencia femenina que había mantenido hasta entonces, pero Steve no la acompañaba en su ilusión.

Además de los prejuicios les estorbaba esa obsesión por invertir, es algo muy común en nuestros días; de acuerdo a nuestra biblia actual, todo lo que hagamos, debe estar enfocado a un objetivo, es necesario obtener beneficio palpable de cada acción. Steve quería trabajar, para tener dinero y ser mejor valuado en el libre mercado. Invitarla a salir, para ver si podía llegar a segunda base con ella, (invertía dinero para obtener cuerpo).

Claire se decía —debo tener relaciones para ver si quedo embarazada y casarme con él—. (Invertía tiempo y cuerpo para obtener compromiso y amor).

Conclusión: Steve invertía y obtenía, quedaba satisfecho. Claire solo invertía a cambio de una promesa no dicha.

Después de siete meses de relaciones, la prueba salió positiva, Steve pese a ser americano era de una familia tradicional de buenas costumbres y le causaría remordimiento dejarla; se mudaron a vivir juntos. No obstante la total ausencia de conocimiento mutuo y objetivo pudo más que sus buenas intenciones. No eran dos personas conociéndose, eran dos sacos de prejuicios interactuando y a pesar de que lo intentaron jamás se lograron ver el uno al otro. Jamás pasaron de las apariencias.

Capítulo 9

RENOVARSE AL FIN

—¡Qué difícil es renunciar a las ideas que nos dan seguridad! Quizá la seguridad que nos ofrecen es estar ciertos de que nos quedaremos solos. Pero si no conservo mis prejuicios que me han costado tantas lágrimas y desengaños, entonces ¿qué es lo que conservo de mis malas experiencias?

Preferible el camino conocido al riesgo con posibilidad de fracaso, preferible que me llamen desconfiado a que me llamen idiota por volver a caer en la misma ilusión.

—Steve, la vida es como un laberinto; al caminar nos topamos con pared y siempre habrá manera de darle la vuelta. Sin embargo muchas paredes son falsas, nosotros mismos las inventamos generalmente por miedo, porque al verlas ante nuestros ojos inmediatamente recordamos aquella enorme pared que nos dejó lesionados. Así entre paredes reales y falsas, se estrecha más nuestro camino, a veces dejando apenas espacio para que el cuerpo pase por un único sendero. ¡Y después nos quejamos de que la vida es monótona!

—Tienes razón John, al nacer el laberinto cuenta con bastantes salidas. Después de la muerte de Jean el mundo se me ha cerrado, no logro ver más que paredes. Ya han pasado cuatro años y no puedo superarlo, estoy muy triste, deprimido, paralizado más bien. Cada día despertar me cuesta mucho. Pienso que los seres humanos podríamos dormir 14 horas y únicamente estar conscientes las diez restantes. Si nos damos prisa en realizar nuestras actividades cotidianas de manera mecánica como estamos acostumbrados, podríamos invertir ocho horas en la jornada laboral, las otras dos en comer, bañarnos y transportarnos; con diez horas de vigilia la vida está resuelta, ¿para qué desear dieciséis?

La existencia de un ser humano de cualquier manera se puede reducir a las actividades que realiza.

Eso es cierto —interrumpe Carlos— ¿cuántas veces hemos preguntado a un amigo qué ha hecho durante el día? y nos ha respondido: pararme, bañarme, desayunar, ir a trabajar, regresar a casa y acostarme. Si le preguntáramos la noche siguiente diría lo mismo.

—¿Qué sucedería si algún científico loco pudiera reprogramar el cerebro humano de manera que lo que hacemos con rutina nos parezca ampliamente placentero? —pregunta Steve.

—Número uno: se volvería multimillonario —responde Carlos. Número dos: se reduciría en gran medida la eterna infelicidad humana. Número tres: Se disminuirían notablemente los vicios (fugas y aletargantes del dolor); a los grandes monopolios no les convendría —añade John.

—Por esto último, es que no se divulgará el secreto de la felicidad, aunque sea descubierto —señala Carlos.

John habla dirigiéndose a Steve: —Ya que no podemos sentarnos de brazos cruzados a esperar que la ciencia y la tecnología hagan nuestro propio trabajo, es nuestro deber si óyelo bien nuestro DEBER encontrar la manera de ser felices. Si en setenta años no puedo descubrir el secreto y dominarlo ¿de qué demonios sirvió mi vida?

Sí, —expresa Steve— no podemos seguir desarrollando rutinas sin pensar en realizar el más ligero cambio porque estamos encajonados en nuestro laberinto personal.

—El laberinto de la soledad— sonríe Carlos.

John no escucha la breve acotación y prosigue:

—La parte del tiempo que no estamos concentrados en nuestro trabajo, empezamos a divagar mentalmente... insatisfacción, insatisfacción, insatisfacción, por cualquier motivo y sin ningún motivo ¿quién nos programó mentalmente para sufrir?, ¿quién nos convierte en nuestro propio enemigo?, ¿quién, Steve?

—Totalmente de acuerdo—, después de la muerte de mi hijo y de la exigencia de divorcio por parte de Claire muchas veces he tenido la impresión de ser un títere, parte de un circo, o de una puesta en escena en donde el guionista pasa un buen tiempo muy divertido agitando mis hilos internos; cuando voy por la vida queriendo mover una mano, solo consigo mover el dedo del pie. Cuando ansío tanto ser feliz, mi cerebro fragmenta la realidad y muestra ante mis ojos solamente elementos que propician insatisfacción. ¿Quién es mi verdugo?, y si el verdugo está dentro de mí, ¿qué es lo que me impide deshacerme de él?

Si quieres ser justo —exclama Carlos— al darte cuenta de esta situación no puedes sentirte víctima del mundo exterior.

Los tres amigos llegan a la esquina y dan vuelta en la Broadway avenue. Carlos advierte la hostilidad de su reciente comentario y apenado se despide, pretextando que tiene una junta importante. Steve no percibe su ausencia, los ojos color olivo se clavan en John, ese amigo de la infancia que ha ingresado al seminario y que parece tener muchas respuestas. John le dedica una sonrisa, sabe que no será la última vez que camine con

Stivie, porque él necesita ahora de todo su apoyo.

Caminan por Broadway un largo rato en silencio, la mente de Steve trabaja al ciento por cien, empero todas sus ideas confluyen en una: si libero mi interior de las ataduras, la monotonía desaparece, porque estamos hechos para vivir intensamente y para disfrutar de la vida: ¿los límites?... nuestros propios prejuicios.

Es otoño y el sonido de la hojarasca al ser pisada le da a Steve la certeza de que en sintonía con el tiempo, debe dejar caer sus hojas marchitas y renovarse al fin.

Capítulo 10

ISAAC

Nora descubrió el amor en el jardín Hidalgo, con la música de Silvio Rodríguez en el aire. Ojalá que las hojas no te toquen el cuerpo cuando caigan... fue la frase que la hizo vibrar, salía melodiosa de la boca de aquel trovador de aspecto bohemio, que con su voz parecía acariciar el alma.

Sentado en un banco, tenía ya varios sábados reuniendo gente en torno suyo. A las afueras de la iglesia de san Juan Bautista, la verbena rompía por completo el ambiente de beatitud que imperaba en el interior; olía a buñuelos con miel, las pompas de jabón que los niños aventaban colisionaban en el aire cayendo algo de su esencia en los algodones de azúcar rosas y morados que cerca una joven contorneaba, obteniendo formas tan caprichosas.

La multitud se detenía en los puestos y se concentraba a lo largo del la extensa carpa cuya entrada ostentaba el título de "feria del libro". En el centro del jardín un par de payasos divertían al público, alrededor de ellos las personas se amotinaban formando un círculo. Los chiquillos que se encontraban en la periferia saltaban para ver entre huecos algunas escenas; los más pequeños que iban acompañados eran cargados en hombros por sus padres, que después de soportar el peso un rato bajo el intenso sol, perlaban sus frentes y encendían sus mejillas.

A un costado de la catedral todos los ruidos eran opacados por la alegre música sudamericana, el sonido de la kena dominaba a los demás instrumentos del conjunto; si uno voltea la vista a la derecha el espectáculo adquiere una dimensión audiovisual y se completa a sí mismo, con la exposición pictórica que se ofrece a la salida de un pequeño café. Dos grandes cuadros se recargaban en la pared en ese momento, impresionantes de verdad, ese camino marcado por soberbios arcos con una profundidad tal, un manejo de la tercera dimensión que te hace estar ahí y casi poder palpar las petunias moradas a lo largo de la vereda. ¿O qué me dices de aquel viejo pensativo, casi de tamaño natural que ve a la peregrinación con una mirada tan melancólica que adquiere vida propia?

El arpegio de la guitarra captó la atención de Nora que pasaba caminando en la contraesquina donde se encontraba el grupo sudamericano, se abrió paso entre la gente que escuchaba al trovador. Sus dedos rasgaban las cuerdas tan hábilmente que provocaron en Nora el anhelo de ser guitarra, para que ese hombre rozara su piel con la firme delicadeza que sus manos mostraban, mientras pegados los labios a su oído le murmurase... ojalá que la lluvia deje de ser el milagro que baja por tu cuerpo. Una lágrima le recorrió el rostro, al decirse para sí que nadie la había tocado con ternura,

en esa lágrima Nora convertía en cristal los acordes de la guitarra que caían como hojas en su cuerpo (tal como anunciaba la canción de Silvio); en ese momento el muchacho volteó: al ver la expresión de Nora cuyos ojos ya reflejaban un tenue brillo de amor, también se encendieron sus mejillas.

Pero no era el estupor, no era el peso del intenso sol como el público pensaba lo que hizo enrojecer al trovador. De alguna extraña manera ya había impregnado el ambiente de sí mismo, dejaba parte de su alma en el jardín Hidalgo y en las personas que con disposición hicieran suya esa letra. Nora no tuvo que dirigirle una sola palabra para hacerle entender que el mensaje había llegado al fondo de su corazón y con una lágrima respondía al regalo de la música. Porque así es el amor: toca a la puerta, pero siempre necesita una respuesta para completarse.

Cuando el trovador dejó de cantar y la gente se dispersó, Nora apartó su timidez y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Isaac —contestó él.

Nora recuperó su anterior personalidad y se echó a correr, Isaac ya no pudo hablar con ella. Esa noche Nora sintió la necesidad de dormirse con música, por suerte contaba con algo de trova que le haría recordar las emociones del día, lo último que el sueño le permitió susurrar fue... Isaac. Y se adormeció con el nombre musitado por su boca.

Capítulo 11

ES ÉL

Hoy es domingo, desde hace un mes surgió la invitación para reunirnos con un grupo de amigos de la escuela, de nuestros tiempos de adolescencia. Hace años que no los veo y tengo miedo de asistir porque ya sé como son esas reuniones donde los convidados gastan el tiempo en contar lo maravillosos que son y lo maravilloso de sus vidas. Y yo no tengo nada maravilloso que relatar.

Generalmente nos creemos los mayores poseedores de desgracias. Aceptamos la imagen que los demás quieren proyectar de sí mismos hacia el exterior, una imagen de bonanza y de buena ventura; comparamos esa imagen con nuestras tragedias, llegamos a la rápida conclusión de que la vida no es justa y de que existen personas a las que todo se les concede fácilmente. Pero detrás de esa careta, todos tenemos frustraciones y sueños no realizados; cualquier persona que goce de una situación ventajosa tendrá que pagar un precio por ello.

John me animó, creía que ir a esa cita me haría bien, distraer mi mente en historias ajenas rompería con el círculo vicioso que giraba en torno a mi tragedia particular. Probablemente tendría razón, además contaba con su presencia que había sido muy importante para mí en los últimos tiempos y John pertenecía también a aquel grupo de expreparatorianos. El llamado del teléfono me sobresaltó.

—Paso por ti a las cuatro, sin pretexto. Volvió el sonido de la línea telefónica.

John si que era rápido para decidir por mí, pero yo necesitaba en ese momento que alguien me guiara con carácter. Era la única manera de sacarme del letargo en el que me estaba acostumbrando a vivir. Y todos sabemos que la costumbre es una gran aliada o una poderosa enemiga; es un yin-yan muy potente, el hábito puede ser fuente de salvación lo mismo que de autodestrucción. La voluntad de espíritu que se expresa en la tenacidad puede transformar el existir en vivir. Esto se demuestra en las biografías de cualquier pintor, músico o beisbolista destacado. Joe DiMaggio se autocreó por la fuerza de la autodisciplina.

Por otra parte, existen seres que caen en la costumbre del autoabandono, de adicciones, que los degradan hasta llegar al plano de solo existir, sin ninguna capacidad creativa o sensitiva (definición de apatía total). La tercera opción es que el poder de la costumbre nos mantenga ahí, en la zona tibia donde no existe evolución ni degradación del espíritu. Probablemente aquí nos situamos la mayoría, estrechándo cada vez más nuestro movimiento en el laberinto reconstruido con paredes falsas, hijas

de costumbres no analizadas.

Para derribar paredes es necesario un autoanálisis muy sincero y tener el valor de enfrentar realidades. Empero si usamos el cerebro solo para repetirnos pensamientos que confirmen que estamos haciendo las cosas bien, que las paredes si existen y que nosotros escogemos el único camino posible, el cambiar de mentalidad y empezar a decirnos verdades va a ser bastante difícil.

Creo que un reto no tan elevado es comenzar a hacer cosas diferentes a las que estamos acostumbrados y siempre que nuestro verdugo interior quiera mantenernos en la misma estrechez por medio de los pensamientos, debemos preguntar: ¿hacer esto me daña o daña a los demás? Si la respuesta es no, evita excusas y sigue con la acción.

En esta etapa de mi duelo ya empiezo a decirme verdades, pero necesito a mi amigo para ese primer impulso, para tomar la decisión de actuar; algo o alguien que te presione a cambiar siempre es de gran ayuda. Me tomo un buen baño en la tina, todavía debatiéndome entre el riesgo que implica cambiar y la seguridad que me ofrece vivir mediocremente.

No tengo hambre, pronto comeremos en el restaurante del hotel Quality Inn, en Edmonson. Descuelgo lo primero que encuentro en el closet, me visto con prisa antes de que el Steve "objetivo" me convenza de que no vale la pena asistir y vuelva a meterme a las cobijas.

De todos los citados en Quality, asiste el 50%, creo que los demás se dejaron convencer por sus "yos objetivos". Daniel lleva a su esposa del brazo y a su hija de catorce años que conserva el candor de quien no sabe lo que la vida le depara, pero tampoco le interesa por que se encuentra protegida por sus padres que deberán enfrentar cualquier problema.

Tomamos asiento mientras nos presentamos, hay varias familias reunidas, una excéntrica mujer acompañada de un hombre unos diez años menor está a la cabecera; siente la responsabilidad de ser ella quien dé inicio a la sesión de brindis.

Mercedes con sus uñas postizas y garigoleadas levanta la copa de vino.

—En honor a los presentes que hemos sabido ser arquitectos de nuestro propio destino.

Todos levantan sus copas, menos yo porque tengo la sensación de que ese tipo de frases fueron inventadas por los filósofos para darle al hombre la ilusión de que puede controlar su vida. Vino y más vino, yo no tomo una gota porque no lo necesito, me siento a la par de los borrachos que

ocupan la mesa. También me siento borracho.

Jeff llegó tarde, viene con su familia, trae cargando a su hijo menor, observándolo de espaldas le calculo tres años; lo sienta a la mesa en una silla especial para niños, justo en frente de mí, un escalofrío me recorre el cuerpo.

—John, ¡es él, es él!

Descubro el rostro de mi hijo en el niño, sus ojos encuentran los míos, se me eriza la piel, pudiera ser cierto, nada ha pasado; el accidente. . . ¿lo soñé?

Vienen a mi mente todas las veces que lo tuve así, sentado frente a mí con su peto de pana en el desayunador del apartamento, cuando con sus hermosos ojos grises que no habían perdido el brillo metálico de los recién nacidos me miraba con extrañeza, con un leve reproche por jugar con él cada vez menos. ¡Si!, la vida me otorga una segunda oportunidad, ahora puedo elegir dar más de mi tiempo a lo verdaderamente importante.

John me contiene con sus manos fuertes, mi cuerpo tiembla vigorosamente al darme cuenta de que regresé al pasado, o tal vez lo vivido antaño era como una especie de viaje al futuro, como una premonición de lo que pasaría si descuidaba a mi pequeño a las orillas del estanque, mientras yo cerraba negocios con los invitados a la comida campirana.

Jean se asusta, mi temblor frenético y mis ojos fijos en los suyos lo hacen llorar y recurrir a los brazos de su padre. Jeff sostiene a su hijo en brazos y se aleja de la mesa caminando, para poder calmarlo. Su cara se asoma por encima del hombro y mientras se van, poco a poco se desdibuja el rostro de mi querido Jean hasta desaparecer.

Nadie habla, todos detienen sus tenedores en el aire; me contemplan, unos con preocupación, otros con morbo, como cuando se observa a un loco o a un inadaptado social. John se disculpa por mí, me toma del brazo y salimos del restaurante.

Son las seis, pero parece más tarde, solo la luz del alumbrado público nos revelan a lo lejos los relieves de Mammoth Cave.

Capítulo 12

DESEAR ES CONDENA

"El sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba unos granos cayeron a lo largo del camino, vinieron las aves y se los comieron. Otros cayeron en terreno pedregoso, y brotaron en seguida, pues no había profundidad, pero apenas salió el sol, los quemó y por falta de raíces se secaron. Otros cayeron en medio de cardos; estos crecieron y los ahogaron. Otros granos finalmente cayeron en buena tierra y produjeron cosecha, unos el ciento, otros el sesenta y otros el treinta por uno.

El que tenga oídos, que escuche" Mt 13, 4-10.

—¿Alguna vez has estado borracho de tristeza?

—¿A qué te refieres exactamente, Steve?

—Así es como me siento ahora, es una tristeza tan honda que me duele todo el pecho, no solo el lado izquierdo donde se supone está el corazón.

Caminábamos sin rumbo fijo cada vez más cerca de Mammoth Cave, trataba de distraer a Stivie y pensé en entrar al parque, —un poco de naturaleza le hará bien— me dije, pero él se tambaleaba y parecía mareado, yo creí que era el vino; recordé que fue el único de toda la mesa que no bebió una gota de alcohol.

Steve, que no había pasado inadvertido el curso de nuestra caminata comentó:

—Fue en Mammoth Cave precisamente donde le pedí a Claire que se casara conmigo, después de nuestro paseo en kayak por el Green River.

No supe que decir, creo que sin pensarlo le hice recordar algo que le lastimaba, gracias a Dios, él interrumpió el silencio que estaba haciéndose incómodo.

—John, me duele el pecho de ambos lados, la garganta se me cierra por la melancolía, no puedo llorar. Todo el sentimiento se va a la cabeza y me marea; es tan fuerte que quisiera perder la consciencia, quisiera ingerir algo para dejar de sentir.

—No, algún día vas a tener que enfrentar el sufrimiento y ganarle la partida, no podrás evadirte siempre. Ya me habías platicado de lo impotente que te has sentido, ¿recuerdas?

—Sí, la impotencia es la que me convierte en un títere, me clava en este mundo con la eterna sensación de inseguridad, convenciéndome cada día de que mi destino está controlado por fuerzas ajenas a mí.

—Pues tú puedes conquistar el mayor poder al que puede aspirar el alma humana. El mayor poder y la libertad más amplia que hay sobre la tierra... perder el miedo al sufrimiento.

Solo así podrás vivir pleno, diferenciando objetivamente los verdaderos peligros de los que son fabricados por tus prejuicios, que toman su fuerza en malas experiencias del pasado. Podrás protegerte de lo real, pero el miedo no te paralizará, vivirás la vida intensamente.

Quedamos otra vez en silencio largo rato, pero ahora no fue incómodo, nos comprendíamos y tomábamos tiempo para asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

Súbitamente Steve reinició la conversación:

—¿Lo viste?, era... tan parecido a Jean; pensar que no hace mucho yo me veía igual, con un niño pequeño y una mujer a mi lado que me tomaba la mano con tanta ternura.

En los ojos de Claire se reflejaba la emoción de haber formado familia conmigo. Las contadas ocasiones en que paseamos los tres, me tomaba del brazo y parecía que sus pies no tocasen el piso de lo feliz y orgullosa que se sentía en cruzar por el parque junto a sus dos hombres.

—La pregunta puede parecerte obvia, pero hay muchos tipos de sentimientos que se pueden confundir, por ejemplo: la tristeza es diferente a la melancolía, ¿qué es lo que sientes?

—Creo que es una mezcla de todo, puede ser por eso que me siento como borracho, una potente mezcla de sentimientos igual que un coctel de bebidas se puede subir a la cabeza. Pero lo que sentí al ver llegar a Jeff con Patricia y su pequeño varón, para ser sincero fue mucha envidia.

—¿Conoces la parábola del sembrador?

—¿Es cuando siembran el trigo y la cizaña?

—No, el sembrador tiene semilla, la semilla es la misma, pero crece diferente de acuerdo al terreno en el que es colocada. Mi interpretación personal de esta parábola es que existen miles de terrenos en el mundo, tantos como personas hay.

El terreno personal está conformado por nuestras propias circunstancias: el lugar en que nacimos, la familia en la que crecimos y la educación

recibida, nuestro temperamento nato, las características físicas y herencia genética. No existe una sola combinación de estos factores que se pueda repetir, de ahí que cada ser humano sea único.

—¡Ya sé a donde quieres llegar!: si mi terreno es diferente al de todos los demás, ¿cómo puedo comparar mi vida con la de otra persona? Inclusive la cosecha que obtenga en mi terreno, no puede ser comparable con la que coseche mi vecino, simplemente porque las circunstancias en que se plantaron ambas semillas no son las mismas.

—Por tal motivo, es una necedad dedicar siquiera un minuto a comparar nuestras vidas o posesiones con las de los demás. Si de este balance resulto favorecido pensaré que yo si estoy haciendo lo correcto, pero para juzgar las acciones de otro tendría que estar limitado por sus mismas circunstancias, entonces si estaría seguro de que son mis mayores cualidades las que lograron un cambio en el resultado.

—Comprendo, yo no puedo juzgar que Jeff tenga una familia exitosa, por dos horas que los vi en un restaurante. No puedo pensar que él si es un buen padre y yo no. Jeff comete sus propios errores, puede ser que dentro de estos no figure descuidar a su hijo pequeño en una comida al aire libre, probablemente nunca sufrirá la pérdida de su hijo; pero el que no haya cometido ese error en específico, es producto de la casualidad. Tendría que haber estado en mis circunstancias y actuar de una manera responsable para que yo admita que es un mejor padre.

—Además recuerda que hacia fuera todos somos apariencia, no hay felicidad completa si dejo que mi bienestar dependa de lo que tengo y no de lo que soy. Por eso muy pocas veces nos sentimos plenos, condicionamos nuestra felicidad a la obtención de objetivos y aún logrando lo que anhelamos, siempre inventaremos un nuevo deseo.

—Nos inscribimos a una loca carrera que no tiene fin, perseguimos “algo”, que es lo que según nosotros nos hace falta para ser felices. Pero, ese “algo”, no es estático: es un coche, una pareja, una casa, un mejor coche, una mejor pareja, etc, etc. Y recuerda que el hecho de que tal persona o cosa sea mejor que otra depende más de nuestra percepción que del objeto en sí.

—Exacto —dice John—, en lugar de ir en busca de nuestros "sueños" como quien persigue al conejo mecánico, menospreciando los logros obtenidos y quejándonos de los esfuerzos realizados, ¿por qué no invertimos los factores de la fórmula?

Dejemos de perseguir al conejo mecánico, concentrémonos en revivir los logros obtenidos, disfrutar del esfuerzo diario y restemos importancia a lo que esperamos en el futuro. Sería la mejor forma de lograr la felicidad. El conejo mecánico jamás será alcanzado por la sencilla razón de que la

ambición humana es ilimitada, se autoestimula y se retroalimenta.

El precio que tenemos que pagar por participar en la carrera del eterno deseo es la condena a la infelicidad.

—Es cierto John, postergamos la alegría de vivir una y otra vez, mientras tratamos de conseguir lo que deseamos nos paraliza el miedo al fracaso o al sufrimiento.

—Por eso yo creo que la felicidad no es lograr mis objetivos, es perder el miedo a no conseguirlos.

Capítulo 13

ADIÓS SOLEDAD

Isaac se mantuvo esperando todo el día que la niña-mujer de pañoleta verde apareciese, por la mañana tocó canciones de Silvio, de Pablo Milanés y algunas otras de su propia autoría; entrada la tarde, cuando ya no era esperada, Nora celebró con gran cantidad de aplausos la última canción de Fernando Delgadillo. El trovador se levantó de su banco guardando su guitarra en el estuche en contra de los silbidos y abucheos del público desesperado por oírlo cantar.

Esta vez Nora no escapó, se quedó contemplando los rizos de aquel muchacho de no más de veinte, como en un sueño tan profundo que no se percató de que Isaac caminaba hacia ella.

—La semana pasada te fuiste, no me dejaste conocer tu nombre.

—Nora.... me llamo Nora; ella lo repitió por temor a que el cantautor hubiera escuchado demasiados nombres de mujeres y quería que el suyo se le quedase grabado en la memoria.

—¿Quieres pasear, Nora?

La niña-mujer asintió con una sonrisa tímida e Isaac la tomó por la muñeca. Atravesaron el jardín Hidalgo sin decir una sola palabra, caminaron hasta la esquina de Allende y Cuauhtémoc, compraron un rico café de grano; después se sentaron en una banca dentro del foro cultural Hugo Argüelles.

—Me he dado cuenta que eres muy emotiva, he tocado delante de muchos tipos de personas, pero ninguna se ha conmovido como tú lo hiciste el otro día.

—Para mí es absolutamente normal disfrutar de la trova, es un género que le habla al corazón. Nora dijo esto tratando de adquirir un tono misterioso, el platicar con un extraño le hacía sentir una chispa eléctrica que le recorría todo el cuerpo, podría fingir que era una mujer interesante y mostrar veladamente algunos rasgos de su temperamento que motivaran a Isaac para una segunda cita. Por otra parte es intensa la tentación de ser franca, mostrarse tal cual y desahogarse con un sujeto que no la podrá juzgar porque no la conoce, alguien totalmente fuera de su entorno habitual; con él Nora no tendría que escudarse hablando de historias ajenas, como comúnmente hacía cuando sus pocos amigos de la infancia le preguntaban sobre su propia vida. Probablemente se atrevería

a decirle que nunca había sido objeto de ternura por parte de un hombre.

Isaac le acarició la mano que contenía en el regazo, Nora olvidó cualquier plan trazado anteriormente, ya no pensaba en obtener su admiración o compasión. Ya no pensaba...

Acompañado del sonido de agua que caía de la fuente, el trovador cantó una vez más "Ojalá", pero ahora con un toque especial en su voz porque esa canción tenía dueña, ya tendría un rostro que recordar cuando cerrase los ojos para tocar la melodía en cualquier plaza de cualquier ciudad.

Todo invitaba al romance: el agua cayendo, las estrellas que adornaban el firmamento con un brillo especial, el sonido de las luciérnagas revoloteando alrededor del farol junto a la banca y el arpegio de la guitarra. Nora era feliz, su interior vibraba de plenitud, de alegría y deseó que jamás terminara la canción, suspiraba continuamente sin darse cuenta, como si quisiera aprisionar dentro de sus pulmones la magia que la rodeaba.

Sí, era un momento mágico, uno de aquellos con los que soñamos las mujeres, cuando dentro de nuestra fantasía nos sentimos parte de un hombre; para Nora era aún más especial porque era la primera vez que lo experimentaba. La primera vez que no le importaba llegar tarde a casa y soportar las refriegas de sus abuelos, la primera vez que le tenía sin cuidado su trabajo y su libreta de historias ajenas.

Y por primera vez también, olvidó por completo el sabor amargo que la había acompañado por tantos años. Ahora encontró un sabor que no solo lo opacara como el chocolate que bebía para calmar sus ansias. Cuando termina la última estrofa y la vibración de las cuerdas se apaga, Nora descubre el sabor que aniquila de una vez por todas la amargura impregnada en su garganta... era el sabor de los labios de Isaac.

Capítulo 14

VULNERABLE

Suena el despertador, debo de levantarme a las seis de la mañana para llegar a Frankfort a las ocho. Ya llevo varios años haciéndolo de la misma forma; antes no era pesado, me gustaba levantarme temprano, asearme y manejar durante una hora, mientras ponía en orden mis ideas para empezar un buen día.

Ahora en la madrugada, el insomnio no me deja estar tranquilo; medito sobre mi pasado. Antes de perder a Claire y mi hijo creo que tampoco era feliz, no sufría y lo tenía todo, pero no disfrutaba de lo que el día me ofrece, actuaba de manera compulsiva, siempre de prisa, en automático como una máquina, exigiéndome un máximo de productividad.

Me preparo un café; la primera ocasión que invité a Claire a conversar nos reíamos a carcajadas porque descubrimos que nos gusta exactamente igual, sin azúcar y con tres paquetitos de leche descremada, moviendo la cuchara hacia la izquierda para revolverlo bien. ¿Dónde quedó esa espontaneidad?, ¿por qué la rutina acabó con nuestra relación antes de perder a Jean?

Al principio, yo me sentía muy confundido, de pronto ya vivía con alguien y hasta iba a tener un hijo. Esto me daba la sensación de estar viejo, mis tiempos de juventud y de entera libertad habían pasado. Cuando vivía solo yo decidía mi propio horario sin avisar, sin consultar, al llegar a casa podía desnudarme y dejar mi ropa en el piso desde la entrada hasta la recámara sin que nadie me dijera nada.

Cierto que a veces sentía que la vida podía seguir sin mí, que afuera de mi apartamento las personas no sabían si vivía o moría y les daba exactamente igual. El mundo sería lo mismo si yo dejase de existir.

De forma un tanto cuanto inconsciente, me esforzaba por ser al máximo competitivo en mi trabajo, tal actitud me hacía sentir indispensable en la compañía, para ahogar el sentimiento de que fuera de ella, era uno de tantos, una parte insignificante de las estadísticas y del censo poblacional, pero solo eso.

Sabía que si me unía a Claire, esto cambiaría, ella podía ser el testigo de mi existencia, el testigo que me hacía falta cuando salía de Advertisers. Podría ser cercana a mí de una manera emocional, involucrarse conmigo y compartir alegrías y penas. Sería muy importante para una persona en particular, pero no como producto de mercado, no como máquina que genera rendimientos, podría dejar de ser el tipo exitoso y seguro con Claire. Podría mostrarme como soy, con algunas debilidades; pero al

mismo tiempo sabía que si me conociera así, me volvería vulnerable ante ella. No quería darle el poder que esto significa. ¿Qué pasaría si Claire se aprovechaba de eso?; por revancha o para ganar una discusión soltaría una de esas frases mordaces tan características de las mujeres. Reclamos con mucho fundamento que me dejarían desarmado, porque Claire me conocería tan bien que identificaría rápidamente los pretextos que le diera como respuesta. Pretextos que yo solía dar a otras mujeres a manera de breve explicación y que si bien no las dejaban satisfechas, quedaban en silencio dudando de la veracidad de los mismos.

Total, ya habría tiempo para intimar y sentar cabeza, cuando hubiera disfrutado de la vida y las mujeres lo suficiente, podría elegir a cualquiera de ellas para formar familia.

Una vez que fuera lo suficientemente exitoso, podría ejercer dominio en mi casa para contrarrestar la debilidad de quien es realmente conocido. ¡Qué difícil es sentirse dividido!, por una parte el eterno deseo de unión, de complicidad con otro ser, de intimidad emocional. Por otra, el miedo a ser vulnerable, el deseo de marcar independencia ante esa persona.

Cuando mis planes cambiaron y no pude aplazar más sentar cabeza yo me escudaba en mi trabajo, para no tener el tiempo necesario de convivencia que me hiciera dependiente de ella. Por fuera mi situación era diferente, ya era un hombre con mujer e hijo, por dentro era el mismo tipo reservado, ensimismado y con exceso de trabajo que seguía respondiendo ante la vida con actitud de soltero.

Salí de casa, ya no me atrae manejar durante una hora aunque no exista tráfico. Debo de pasar a comprar una alarma para no quedarme dormido al ir manejado —pensé—, pero no quiero llegar tarde al trabajo.

Marc se había percatado de que mi rendimiento no era el mismo, habíamos levantado juntos la agencia de publicidad, cuando alguno flaqueaba en ánimos ante un proyecto importante, difícil de lograr, el otro sacaba el barco a flote. Somos un buen equipo y nos tenemos afecto, Marc comprende que es muy difícil superar la muerte de un hijo, a lo que se suma que estoy atravesando por un divorcio; sin embargo, es un hombre de negocios y no va a dejar que esto afecte lo que tanto esfuerzo le ha costado.

Por mi parte, estoy pensando seriamente en el sentido de mi estancia en la empresa, sé que mi estado emocional afecta palpablemente mi trabajo, además ya no lo encuentro tan interesante como antes, he juntado una buena cantidad de dinero y no quiero seguir perjudicando a Marc.

Capítulo 15

MUJER REALIZADA

Contaban siete las tardes que Nora e Isaac habían compartido. A ella le parecía increíble que hubiera vivido en el barrio de la Conchita durante toda su vida y hasta ahora realmente estuviera conociendo Coyoacán. Pudiese ser que lo anterior se debiera a que siempre caminaba por las mismas calles de la cafetería a su casa y por las mañanas de su casa a la cafetería.

Ya habían estado en la calle Francisco Sosa, donde se dice vivían María Rojo y Miguel de la Madrid, habían pasado por en frente de la que en otros tiempos fuera la casa de Salvador Novo el llamado "cronista de Coyoacán" y el primer estudio de José Clemente Orozco ubicados en la calle de Madrid.

Recorrieron todos los sitios de interés cultural, pero Isaac deseaba que Nora lo acompañara al portal donde acostumbraba tocar y reunir buenas propinas.

Partieron del jardín Hidalgo, que siempre era su punto de encuentro, decidieron caminar por la calle de Higuera y al llegar a Vallarta observaron en la esquina una pequeña imprenta en donde había sido la casa de Hernán Cortés, se asomaron entre los barrotes hacia el interior de la larga ventana: varios pinceles de madera y paletas le daban al lugar la impresión de ser un estudio artístico más que un espacio dedicado a las letras; cruzaron la calle y ya estaban en la iglesia de la Concepción, tan bellamente rodeada de una vegetación exuberante.

En el centro del parque se ubicaba una réplica de la cruz atrial y un par de arbotantes, caminaron por las sendas empedradas, entre palmeras y helechos escuchando los trinos y el sonido de las hojas al ser alborotadas por ráfagas de viento. Las copas de los árboles se miraban muy a lo lejos cuando el par de muchachos alzaban la vista al cielo, unos pocos rayos de sol se filtraban acariciando la piel tostada de Nora; los agapandos, azucenas y gladiolas se abrían a su paso como recibiéndolos.

Al llegar a la orilla del parque la escultura "Meditación" de Rocío Peredo les salió al encuentro, cruzaron Pacífico y Ferrocarril Viejo; en la esquina de Fernández Leal llegaron al restaurante-bar "El Convento", que ciertamente en tiempos remotos había pertenecido a la orden de los franciscanos.

En el portal, junto a la taberna, Nora descubrió un local destinado a las reuniones de alcohólicos anónimos, lo cual le pareció un contrasentido bastante chusco. Adentro había un patio central, rodeado de balcones y puertas al estilo de las construcciones de la época colonial, el convento

”Las Camilas” data de 1522 y junto a la puerta de la taberna se encontraba un nicho donde es ubicada la pequeña escultura de un santo. Arriba, un frontón adornaba la entrada.

A las doce de la noche Isaac sacó su guitarra y apoyó el pie en la orilla de la fuente del patio central; tocó baladas, rancheras, luego trova y terminó por cantar “el rey”; los comensales que ya estaban entrados en copas no repararon en la cantidad de dinero que salía de sus bolsillos cuando el sombrero del chico se acercó a sus mesas.

Salieron del lugar con los primeros rayos del sol, Isaac estaba especialmente feliz por la buena suma que había juntado; tomados de la mano y cantando se acercaron al centro cultural Ana María Hernández en la cuchilla de Tepalcatitla y Pacífico, siguieron de largo hacia Miguel Ángel de Quevedo, cruzaron la avenida llegando al camellón. Cinerarias y cipreses, las flores moradas de las jacarandas se revolvían con las piedras rojas y los árboles de más de diez metros de altura les conferían la sensación de estar cobijados, se descalzaron para sentir el tezontle bajo sus pies, reían imparablemente por todo y por nada.

Cuando el cansancio no los dejó continuar se desplomaron a la orilla de la fuente en cuyo centro estaba una escultura de Gabriel Ponzanelli titulada “Amanecer”, el agua era cristalina.

De haber sido Nora una escultura, sin duda alguna sería la mujer de piedra que se alzaba ante sus ojos: de pie, con sus piernas semiabiertas, el rostro hacia el cielo, la cabeza echada hacia atrás con los cabellos enmarañados reposando sobre su espalda. Ambos brazos extendidos a la altura de los hombros en un gesto de total libertad y ausencia de preocupaciones, una belleza tan natural que aún siendo piedra irradiaba vida.

Nora se preguntó si antaño la modelo que sirviera para esa obra de arte se habría sentido igual de plena, de libre, disfrutando del amanecer como en ese momento, ella a sus diecisiete lo estaba consiguiendo.

Como en una acuarela, se mezclaban los colores en el cielo; mirando hacia la izquierda una gama de azules y violetas teñían el espacio, disminuyendo poco a poco de intensidad, para, a la derecha, adquirir una gran variedad de tintes rojizos, rosados con toques de naranja; otra lágrima rodó por la mejilla de Nora, pero esta vez no fue de autocompasión por anhelar la ternura de un hombre, fue de agradecimiento hacia el creador por considerarla dentro de ese cuadro tan bello, por haberla incluido en el libreto y específicamente en esta escena enmarcada por el amanecer junto al hombre que amaba.

Capítulo 16

TODO CAMBIA A MI FAVOR

Estoy leyendo mucho, ignoro si solo estoy cambiando la compulsión de mi trabajo como publicista por otro tipo de obsesión, pero lo siento como una verdadera necesidad.

Por medio de los libros uno es partícipe de otras vidas. Se establece una comunicación nada superficial. En base a que lector y autor nunca se conocerán, no tendrán que relacionarse y entrar en el juego de la vulnerabilidad, la autoprotección y la lucha por el poder (que a menudo son parte de las interacciones humanas); existe una expresión inusualmente sincera, un compartir experiencias que hace nacer en el lector la sensación de conocer de una manera profunda al autor o a los personajes de una novela.

Podemos saludar diariamente a alguien en la oficina, saber su nombre, reconocer su aspecto físico y haber pasado horas enteras charlando respecto del clima, proyectos personales y vidas ajenas, pero a pesar de eso no conocerlo realmente. No ha compartido sus sueños más íntimos, ni alguna de sus tristezas, no ha comentado qué piensa de los conflictos entre hombres y mujeres, de la política y los problemas que tiene en su vida familiar. Y yo tampoco he tratado estos temas con nadie de las personas con las que a diario convivo.

Probablemente el mostrar que la vida no nos sonríe como esperábamos en algunos momentos, daría la impresión de ser fracasados. En realidad estamos siendo más humanos, porque la alegría y la depresión, los aciertos y errores, las contradicciones y paradojas son parte de nuestra condición humana; la expresión de nuestras emociones engrandece al hombre y lo hace diferente a una máquina que trabaja, produce y no expresa.

Al leer un libro, puedes percibir dentro de ti una sensación de tranquila alegría, descubriendo que tú también has pensado o sentido de ese mismo modo; la historia es parecida a la tuya y de ciertas frases que el autor coloca entre líneas puedes servirte para aplicarlas en tu vida y ser mejor; te motiva encontrar pruebas escritas de que otras personas han vivido situaciones límite y las han superado.

Por otra parte, escribir es vaciarte, es un acto de liberación; cuando has tenido tiempo suficiente para meditar en ti, es tanto lo que piensas y lo que sientes que es difícil contener la expresión. Es una especie de catársis, una necesidad que te hace sentir entusiasmo por llegar a casa y

sentarte frente al ordenador.

Al principio, cuando uno comienza a trabajar, se presenta la pereza; creo que la pereza esconde el verdadero sentimiento subyacente de miedo a no hacerlo “bien”.

Estamos tan acostumbrados a juzgar nuestros resultados, que muy pocas cosas realizamos simplemente por disfrutar, por expresar, sin afán de conseguir nada más, solo por abrir nuestros brazos a lo sublime que es la vida.

Rememoré que los momentos en que había disfrutado de una gran alegría interna, fueron aquellos en donde me sentí en comunión con todo lo creado. No había podido explicar con palabras esta sensación hasta hoy.

Hace unos meses leí el libro de la película ¿Y tú qué sabes?, recordé que los científicos que participaron hablaban de "el observador"; básicamente decían que la realidad externa en el mundo subatómico se puede alterar dependiendo de las intenciones del observador.

En este momento, el concepto adquirió un nuevo significado para mí, ya no en el contexto científico, sino en el mundo emocional.

¡Sentirme era percibir la vida siendo yo el punto de referencia! Si enfoco en mí, la realidad externa cambia: un mal día, ya no lo es más, es la oportunidad de aprender, de dominar mis impulsos, de ser mejor. Eso me hace sentir poderoso y fuerte. Ya no soy más el títere de las circunstancias, yo decido el efecto que causan en mí.

Apagué la lámpara, deje de escribir en el cuaderno rojo y me metí en la cama sonriente, me quedé dormido con una frase entre mis labios: no existe una sola situación en mi vida que no pueda cambiar a mi favor.

Capítulo 17

LA MUERTE NOS ESPERA

No podía aplazar más la plática con Marc, varias veces me sorprendí a punto de tocar la puerta con el membrete "dirección general" y me había arrepentido en el último momento. Ya es más de una semana que hago el intento de enfrentarme a él para renunciar.

Desconozco cómo va a tomar la situación, probablemente como la traición que le profiere un colega y amigo que trabaja con él desde hace varios años.

Toco a la puerta y me asomo al interior.

—Vamos Steve, sabes que tú no tienes que tocar. Pasa, adelante.

—¿Estás ocupado?

—Estoy preparando la junta con Frameworks, ¿qué quieres decirme?

—Regreso al rato, cuando tengas menos trabajo.

—Steve, siempre tengo trabajo, anda, dime lo que quieres.

Hubiera deseado encontrar la oficina vacía, pero ya estaba adentro y Marc con su mirada de águila me observaba haciendo un gesto dubitativo. Necesitaba decirle todo en este momento, tomar las riendas de mi vida y empezar a organizarla conforme a lo que yo quiero y no en base a las aspiraciones que los demás tengan de mí.

—Marc, me es indispensable realizar cambios importantes en mi modus vivendi. Necesito llevar un ritmo más tranquilo; quiero dejar de ser publicista.

Había ensayado lo que diría en esta conversación decenas de veces, pero cuando uno se imagina los diálogos y ensaya sus parlamentos, sabemos bien que el resultado suele ser muy diferente a la realidad.

Fue una suerte que Marc estuviera sentado y sobre todo que el asiento tuviera respaldo; se impulsó con los pies recargándose en él, fingiendo que controlaba su conmoción.

—¿Pero, estás loco?, lo único que tú eres es un publicista, precisamente.

—No, soy un hombre, un ser humano integrado de muchos aspectos, la

publicidad solamente es una faceta de mi vida.

—¡Pero sucede que a esa "faceta", como tú la llamas, le has dedicado toda tu vida!

—Sí, ha sido un error: un ser humano puede ser pleno únicamente cuando es responsable en todos los componentes de su vida. Al dar respuesta a sus necesidades físicas, mentales, emocionales, espirituales, laborales y de convivencia, es que puede encontrar un equilibrio que lo lleve a la realización personal.

En estos años que he dedicado mi tiempo casi por completo a Advertisers, atendí a mis necesidades laborales y las físicas a medias, eso no es suficiente para creer que realmente estoy aprovechando la vida.

—¿Pero, a qué te vas a dedicar?

—He estado leyendo mucho y me apasiona, posiblemente me convierta en escritor.

—Eso está bien para un hobby, pero ¿qué vas a hacer para ganarte la vida?

—Tengo dinero ahorrado, lo suficiente.

—Dudo mucho que el dinero que tengas te permita sostener el nivel de vida al que estás acostumbrado.

—Muchas de las cosas a las que estoy acostumbrado no han sido precisamente benéficas para mí. Sé que necesito una estabilidad económica para vivir, pero hay artículos de consumo que son necesidades creadas.

—¡No puedo creer que un publicista diga eso! Steve, ¿en qué te has convertido?

—Piénsalo Marc, por un momento quítate el traje de empresario exitoso y hablemos con sinceridad. Un auto del año y miles de cosas más son propiedades que socialmente nos otorgan un "prestigio", porque pocas personas son capaces de situar su valía en ellas mismas. Al sentirse sin valor personal pretenden sustituirlo con cosas que eleven su autoestima; sin embargo, uno no se puede engañar a sí mismo y la euforia del momento al adquirir un bien superfluo, pronto se pierde, quedando de nuevo el vacío interno que propicia la obtención de algo, que no mejorar el interior del ser humano.

—No estoy seguro de que los bienes materiales puedan mejorar el interior del hombre, pero le dan una sensación de autosuficiencia, ¡y hay que ver

cómo pueden provocar placer!

—De lo que si estamos seguros Marc, es de que la muerte nos espera y con ella la pérdida de todo lo que poseemos. ¿Por qué malbaratar la vida tratando de acumular lo que no vamos a llevarnos? Tal vez porque otorga placer, pero te puedo asegurar que este tipo de placer se evapora rápido.

Cuando hemos adquirido un Smartphone con mp3, ya es obsoleto porque hay un nuevo modelo touch con mp4; sin contar que el modelo con mp3 lo tengo yo y otros diez mil más, lo cual no me convierte en alguien especial.

Entonces nuestro nuevo objetivo será adquirir el modelo más reciente, o la nueva iPad en el mercado; esta loca carrera hacia ningún lugar no tiene fin. Después de todo, por más bienes que tengamos nos seguimos sintiendo solos y con un vacío interno que ninguna cosa puede llenar.

—Nadie tiene necesidad de sentir el vacío, existen muchas formas de no pensar, o de pensar en mejores cosas. Una persona puede ser productiva y así invertir la mayor parte de su día, cuando necesita descansar del trabajo existen millones de cosas que hacer; si en algún momento comienza a sentir tristeza también están a su disposición muchas formas de consolarse. Steve, nosotros proporcionamos esos consuelos, ¿no lo entiendes?

—Claro que hay consuelos, pero no dejan de ser simples evasiones que a la larga no nos satisfacen; yo no quiero seguir siendo parte de este engaño. La causa de que los bienes no nos satisfagan es nuestra dualidad, pues si bien somos materia, también somos espíritu; en consecuencia tenemos necesidades anímicas, necesidades propias del alma y éstas son las que determinan nuestra vida.

Además una vida sencilla, sin ambiciones desmedidas le da al hombre el camino más directo hacia la felicidad. Fácilmente podríamos citar de ejemplo a algún rico que vive angustiado y desconfiado esforzándose por preservar e incrementar sus pertenencias, quizá enfermo por el estrés que esto le ocasiona. En otro lado del mundo, alguien tendrá solo que comer, pero disfruta y se llena el alma con una puesta de sol.

Sería raro que una persona en su lecho de muerte, revisando sobre su pasado pueda sentir satisfacción por el Jeep 4x4, totalmente equipado que compró hace dos años. Creo que cualquiera pensaría en sus hijos, de qué modo los educó y los bellos momentos que disfrutó con ellos; sería un orgullo y tranquilidad dejar como heredero a un buen hombre, esforzado, emocionalmente estable y con un propio sentido de la vida. Pensaría en su mujer, en los amigos; pasarían ante sus ojos los momentos cuando convivió con ellos, cuando abrazó a alguno con gran alegría o compartió

con otro mucha tristeza.

Todos los momentos en que un ser humano toca nuestras vidas de una manera profunda, son parte de nuestra alma, nos los podemos llevar a donde sea que vayamos después de este mundo.

Marc se levantó y caminó nerviosamente hacia la puerta.

—¡No es posible!, mira Steve, si tú te quieres creer esa sarta de estupideces que pregonas es tu problema, pero no vengas a mi oficina con tu palabrería de quinta para tratar de justificar tu traición.

Salió muy enojado dando un portazo.

Capítulo 18

FONTANA DE BAMBÚES

Isaac tenía el rostro desencajado, había llegado a la cafetería y encontró a Nora trabajando, se sentó en la mesa del rincón a esperarla. Trataba de buscar las mejores palabras para explicarle, para decirle que debía marcharse.

No quería lastimarla, pero él no era capaz de proporcionar consuelo a nadie en ese momento; también estaba sufriendo la pérdida de una ilusión.

—Ya estoy lista —exclamó Nora desanudándose el delantal.

—Quiero que vengas conmigo al mercado de Coyoacán.

—Pero Isaac, ese lugar ya lo conozco, no hay nada nuevo que pueda ver ahí.

—Necesito darte algo que te pertenece.

Anduvieron en silencio hasta llegar a Malintzin, pasaron enfrente de la que hubiese sido la residencia de Rufino Tamayo y entraron al mercado; recorrieron sus pasillos, se detuvieron en un pequeño puesto de fuentes.

Isaac sacó de su bolsillo un par de billetes. Nora —le dijo— escoge la que más te guste.

—No puedo, es el dinero que te ganaste la semana pasada con tanto esfuerzo, hasta has quedado ronco para obtener esos billetes. Sé que tu oficio es difícil y seguro a veces has tenido que pasar hambres, no voy a aprovecharme de tu ofrecimiento.

—Que la tomes te digo, la fuente simboliza nuestro amor y te hará recordarme.

—¡Recordarte!, ¿para qué quiero recordarte si te tengo aquí a mi lado?

Isaac un poco desesperado cogió la fuente de barro negro con los bambúes y pagó por ella. Tomó a Nora del brazo, caminaron hacia el centro de Coyoacán y la llevó a la fuente donde se habían besado. Cariñosamente la sentó en la banca y le dijo:

—Nora, tengo que irme, por favor no me interrumpas, deja te explico. Yo no vine solo, no soy de este país, vengo con un grupo de amigos, nos dedicamos a cantar y tocar instrumentos así como me has visto hacerlo a

mí. Cuando a alguno de nosotros le va mal, el resto del grupo ayuda para mantenernos; somos errantes en busca de aventura y sentimos seguridad viajando en grupo. Ellos han tomado la decisión de dejar la ciudad.

—¿Pero, a dónde van?

—Lo ignoro, probablemente hacia el sur.

—Pero, tú no tienes por qué ir, podríamos vivir juntos, si tú quisieras yo... trabajaría doble turno, puedo pedir un préstamo a mis abuelos y con lo que tú ganas, no tendríamos ningún problema.

—No se trata del dinero Nora, estos amigos son como mi familia, no podría dejarlos.

—Entonces, llévame contigo, yo puedo aprender a tocar algún instrumento.

—Nora, no te conozco, no me voy a arriesgar a tener una relación contigo sin saber como eres, además no sé si ellos te aceptarían y es el ambiente en que me desenvuelvo; es muy importante para mí no tener conflictos con ellos.

—Pues de eso se trata todo esto, si no me conoces ¡conóceme!, es lo que hemos estado haciendo.

—Sí, pero no es suficiente lo que hemos compartido y ya no hay tiempo. Quiero que guardes esta fuente, si recuerdas en cada lugar al que hemos ido siempre ha existido una. Y cuando la mires no sientas nostalgia, piensa que las ilusiones se renuevan como el agua que brota de ella, así tú volverás a amar porque el amor nace de ti y no de la otra persona. Tú, Nora, eres la fuente y el amor es el agua.

Isaac besó sus manos y depositó en ellas la olla de barro negro, no pudo decirle nada más porque el llanto contenido le cerró la garganta, giró sus pies y no volvió la vista; sabía que Nora lloraba y tenía temor de que sus lágrimas lo conmovieran demasiado.

Isaac el errante, el libre pensador que no se ataba a nada, era cobarde y se encontraba amarrado a su costumbre de no asumir riesgos. Nora no lloró, no pudo, la repentina despedida de Isaac la impresionó tanto que no la asumió hasta semanas después.

Si alguien la hubiera observado, habría visto a una niña-mujer de mirada perdida, sola, parada junto a la banca, con la pequeña fuente de bambúes en sus manos y balbuceando: Ojalá que el deseo se vaya tras de ti…

Capítulo 19

MUJER ABANDONADA

No cabe duda que la tristeza de hoy es la añoranza de la felicidad de ayer. Así lo pensó Nora al abrir los ojos esa mañana fría. Era viernes santo y aunque la primavera hacía parecer el entorno más bello, todavía no había salido el sol; ningún negocio en la zona iba a abrir, tampoco la cafetería, por lo cual ella tiene todo el día para gastarlo como más le plazca.
No desea salir de la cama, ahora no encontrará a Isaac tocando a su puerta para vagabundear por las callecillas de Coyoacán, no comprarán la nieve de tequila que a menudo saboreaban.

Tampoco caminará cantando y con la sonrisa a flor de piel.
Sus abuelos habían salido de la ciudad para atender a María, una tía muy enferma que vive en Puebla. Nora está sola y el tiempo le parece demasiado, preferiría que no fuera asueto, sino un día como cualquier otro.

Rápidamente se vistió para enfrentar el impulso que la detenía de espaldas contra el colchón, se lavó la cara con agua fría, porque no había gas para prender el boiler y ya era suficiente sentir calosfríos en el rostro como para que un chorro de agua helada le viajara la espalda.
El vestido color rosa junto al ropero era el de los domingos, pero la niña no quiso esperar al fin de semana, porque necesitaba algo que le animase y pensaba que verse con el vestido de gala frente al espejo podría ser un acto simbólico de que la vida seguiría y pronto el amor iba a volver.

Se sentó junto al portón de madera negra y comenzó a deshacer los gajos de la naranja que unos minutos antes arrancara del único árbol con que contaba el jardín.
Aquel naranjo era testigo de sus años de infancia, de su algarabía y risas de niña, también de sus melancolías de mujer.
Cada mes, cuando se percibía sensible y sola, bajo sus hojas se cobijaba, rodillas plegadas y meciéndose entre sus propios brazos, tarareaba la canción que su mamá solía cantarle cuando un profundo sueño se resistía a llegar.

Ahora no era tiempo de cobijarse debajo del naranjo como una niña, debía arrancar uno de sus frutos y servirse de él como lo haría cualquier adulto, como lo haría una mujer.

El jugo le escurría por las manos y las gotas se deslizaban desde su boca por el cuello hasta sus senos; quería que su piel oliera y conservara el sabor a naranja, a falta de un mejor perfume. Iría de nuevo al jardín

Hidalgo, pues viéndolo bien Isaac había sido uno más de los artistas errantes que amenizan las tardes del barrio. Tal vez él en sí no tuviera nada de especial, solo la fe que la niña-mujer le había confiado lo hacía un ser único en el mundo; muerta la fe, queda la impresión de que el ser amado se desvanece en la nada y el Isaac que ahora ve con los ojos del pasado se transforma en uno de tantos millones de humanos que habitamos el planeta.

Pues bien, estaba decidida a encontrar otro Isaac o como se llamase. Llegó a la plazuela y sí, diferentes tipos de música se entremezclaban haciendo confusa la procedencia de cada nota.

Primero hacia adelante, después atrás y en círculos, recorrió todo el jardín de esquina a esquina; observó a mimos, payasos e inclusive a otro trovador que entonó "Ojalá", pero al darse cuenta de que su voz no le provocara lo que anteriormente había sentido, Nora solo pudo murmurar... ojalá fueses tú, Isaac.

Meditabunda volvió a caminar por Higuera y sin pensarlo se dirigió a "La Conchita", algo dentro le hacía volver a los mismos caminos por los que había paseado con él hace cuestión de semanas; era como una especie de tributo al pasado, a los buenos recuerdos que ya habían sucedido.

Atravesó el parque, las gladiolas ya estaban marchitas y Nora no percibió el paisaje tan maravilloso como cuando iba de su mano. Cruzó Fernández Leal y entró en el parque Frida Kahlo, era el único sitio de la zona que no le producía recuerdo alguno, lo habían encontrado cerrado cuando pasearon juntos.

Al fondo estaban las columnas con bugambilias enroscadas, pequeños arbustos con forma de pájaro dotaban al lugar de serenidad. En el centro había una gran fuente, la más grande que Nora había visto, pero a diferencia de todas las demás, totalmente seca, como seca sentía su alma.

Se sentó en la orilla, contemplando a la mujer de piedra; la escultura también era de Ponzanelli pero muy distinta a "El amanecer" que tiempo atrás admirara. Reflejaba exactamente la condición interior de Nora, sentada con el rostro escondido entre las rodillas y sus manos rodeando las piernas flexionadas en una actitud de abandono, de derrota, era a todas luces un "ya no puedo más de dolor", acaso había también un matiz de vergüenza.

¿Será que después de abrir sus brazos al amor en un acto de total abandono (como lo hacía la mujer del amanecer), tuviera que replegarse en sí misma (como esta nueva mujer), sintiéndose abandonada?
¿Será que esta forma cruel de abandono la había dejado seca como la

misma fuente?

Probablemente Isaac le hubiese mentido y Nora no fuera la fontana de bambúes que renueva el agua, ella sin lugar a dudas se sentía seca y la única agua que podía proporcionar en esos momentos era la de sus lágrimas que chocaban contra el cemento, en el fondo de la fuente.

Capítulo 20

ESTÍMULO CONSTANTE Y DISPONIBLE

Decididamente el domingo es el peor día de la semana. Todos los demás son soportables, a veces hasta me permito disfrutarlos un poco, pero la abstinencia me tiene perdida.

¿Cómo no va a repicar el cuerpo cuando se le suspende de tajo esa pequeña droga?, no fue disminuyendo gota a gota como suelen hacerlo en las casas de recuperación, no hubo un aviso que me indicara que pronto se me acabaría el gusto. Ni siquiera me había percatado de mi adicción hasta que ya no tuve más de ti.

Nora no podía dejar de lado el sentimiento vago de una apatía, una pesadez mental e inclusive corporal que queda cuando la emoción se va, la emoción y la energía que anima el cuerpo cuando el amor está presente en nuestras vidas.

No podía evitar pensar que era esclava de lo placentero; el verlo cada fin de semana para oírlo cantar, o caminar de su mano por las callecillas de Coyoacán podría haber sido una de sus tantas actividades cotidianas, de hecho lo era, no parecía tan importante. Quizá es como el primer cigarro de marihuana, pasa desapercibido.

En tiempos no lejanos, conforme la semana llegaba a su fin, Nora iba degustando esa pequeña visita; en un principio eran cuatro horas, después tres y al final cada vez más espaciadas, puesto que Isaac tenía lugares adicionales a donde asistir a cantar. Pero a pesar de la disminución constante del tiempo esas visitas aletargaban el dolor y soledad de los demás días.

¿Qué hace que esas escapadas de la cotidianidad se vuelvan tan importantes?

Nora muchas veces había escuchado en la cafetería la frase: "me sentí realmente vivo", cuando algún cliente se refería a una aventura, encuentro sexual (sobre todo si es prohibido), juerga o simplemente la aproximación amorosa a otro ser humano.

¿Por qué todo esto lo ubicamos inmediatamente como por instinto en el compartimento cerebral etiquetado "cosas deseables y placenteras" y por qué al trabajo, la familia, los días comunes, en el compartimento cerebral "estancamiento, frustración”?

Nora se sentía esencialmente sola, vivía con sus abuelos quienes estaban verdaderamente cansados para filosofar acerca de las cosas de la

vida y las personas de su edad compartían entre sí otros intereses; pero esa mañana realmente sentía hambre de respuestas y entonces vino a su mente la vecina, Elena.

Al salir de la cafetería, el reloj de pulso de Nora marcaba las ocho menos veinte, en un día común generalmente salía más tarde, pero ese día en especial no hubo mucha clientela, empero Nora se entretuvo alzando las mesas y lavando trastes, dejando todo preparado para la siguiente faena.

De regreso a su casa por la calle de Cuauhtémoc, se preguntó si Elena no se habría acostado aún; ya de frente a su verja tuvo una vacilación, sin embargo,llamó a la puerta.

Una voz ronca contestó desde el interior; al abrir Elena se mostró extrañada.

—Hola Nora, ¿qué te trae por aquí?

—Ehh, bueno, me preguntaba si podría explicarme la receta del pie de almendras que la semana pasada le dio a mi abuela.

A Nora no se le ocurrió decir otra cosa, sabía que su vecina era afecta a cocinar y aunque tal no era su profesión ni tenía un negocio propio, su abuela y ella de vez en cuando compartían algunas recetas.

—Sí, pasa por acá, toma asiento en la sala, enseguida voy por mi recetario.

Nora se quedó en una habitación obscura, apenas iluminada por una pequeña vela que estaba a punto de extinguirse; pese a esto pronto pudo adaptarse a la falta de luz y empezó a observar el contorno de algunos muebles. Había al fondo un armario de madera tallado en bajorrelieve, más cercanas unas cajas de cartón sujetas con cordones; las cajas, sin mucho orden, desfilaban ante la vista de la niña y rodeaban la silla sobre la cual se encontraba sentada. Excepto el armario, la silla y un pequeño diván no había más muebles; era evidente que faltaba mucho por desempacar.

La vieja casona amarilla había estado deshabitada por varios años y Elena llegó justo antes de que el dueño la echara abajo para vender el terreno a una buena constructora que se interesaba por levantar ahí un edificio de apartamentos.

Nadie conocía los antecedentes de la nueva inquilina, pero era de suponerse que fuera familiar del dueño o tuviera alguna índole de privilegios con él, pues de lo contrario no habría desistido de su deseo

por vender la propiedad.

Elena salió de la cocina con el libro de ilustraciones en las manos.

—Mira, justo está aquí, en la sección de pies— se recargó en el diván y se volvió hacia la muchacha.

Nora titubeante tomó el libro entre sus manos y miró en su interior sin mucho interés. Elena notó el desánimo de la niña, que miraba sin ver y leía sin entender.

Nora parecía estar totalmente abstraída y pasaba las hojas sin detenerse a observar ninguna.

—Realmente debes decirme que te trae por aquí— interrumpió Elena.

—Bueno, si me interesan tus recetas, deberías saber que estamos pensando en renovar el menú de la cafetería, ya tenemos muchos años y seguimos ofreciendo lo mismo.

—Es bueno añadir variedad al menú, pero no te veo muy entusiasmada con la idea; esa tarea se la deberías dejar a tus abuelos. Silvia estuvo aquí el martes, nos pasamos horas viendo las recetas y discutiendo cuáles serían las de mayor éxito.

—Es parte de mi trabajo, señora. Está bien que yo lo haga y los ayude en algo, pobrecitos cada vez envejecen más.

—Es muy responsable de tu parte que cumplas con tus obligaciones y eres buena nieta en querer aligerar la carga a tus abuelos. Pero yo digo que ese no es lugar para una niña como tú, debes de tener tus propias distracciones; algunos amigos con los cuales salir y platicar.

—Sí, pero no sé exactamente cual es mi lugar; con mis vecinos que andan rondando los veinte me siento fuera de sitio, como demasiado grande, probablemente porque no me llama la atención lo que a ellos los distrae.

Así que creo me siento mejor entre adultos, aunque muy a menudo también fuera de contexto. Al principio que entré en la cafetería todo era novedoso. Se me hacía algo importante trabajar y poder presumir delante de mis vecinos, cuando ellos se dedicaban a jugar. Siempre era más interesante oír las pláticas de los clientes que andar por ahí correteando y haciendo travesuras bobas.

—Y, ¿qué pasó después?

—Después vino la monotonía, todo cada vez más aburrido.

—¿Qué crees que origine el hecho de que lo que antes te entusiasmaba ahora te fastidia?

—No lo sé y el aburrimiento es algo que ataca mucho a las personas; lo aprendí por lo que dicen los clientes en sus charlas de café. ¿Qué será lo que pasa, por qué lo que me entusiasmaba ahora me fastidia?

—Porque es un estímulo constante y está a tu disposición.

—¿Cómo? —pregunta Nora con la confusión reflejada en su cara— no entiendo lo que quieres decir.

—Todos hemos sentido mucha alegría por hacer algo que nos satisface, como un nuevo empleo; o por estar con alguien a quien amamos, pero esa alegría se diluye al paso del tiempo, ¿por qué? Simplemente porque el aporte de ese estímulo es constante y está a nuestra disposición.

—Pero entonces, ¿todo lo que causa alegría a nuestras vidas, tarde que temprano dejará de hacerlo?

—Dejaremos de valorarlo cuando nos acostumbremos a tenerlo.

—¿Y qué sucede con la felicidad Elena —balbuceó Nora con los ojos húmedos—, es un mito?

Elena muchas años atrás se había hecho la misma pregunta; no sabiendo que contestarle a Nora eludió su cuestionamiento y siguió con su monólogo.

—Si el estímulo constante y disponible es igual a felicidad incompleta se puede elaborar la premisa de que una persona voluble y altamente variable en cuanto a su percepción de estímulos, que permanece en constante movimiento sería totalmente feliz.

Desgraciadamente el problema no es tan fácil de resolver, porque los hombres también buscamos estabilidad, ¡qué locos estamos! Estabilidad versus movimiento. ¡Y queremos los dos al mismo tiempo!

Nora interrumpió a su interlocutora:

—Definitivamente si Dios existe nos jugó una mala pasada al crear una especie cuya esencia misma es la contradicción. Y si él no lo hizo, ¿cómo llegamos nosotros a hacernos esto?, ¡pero qué crueldad!

—Es por esto probablemente que la naturaleza de la especie humana no

sea monógama en un principio, señala Elena.

Algunos hombres, como mi difunto marido, requieren una esposa (estabilidad) y una amante (movimiento). Creen falsamente que a las dos las aman, pero nada más lejos de la realidad porque no aman a ninguna y tampoco se aman a sí mismos.

Estamos metidos en un gran embrollo y sin saberlo, porque no es posible la estabilidad cuando todo en este mundo esta hecho para transformarse y la muerte nos acecha; alguien que esté siempre en movimiento tratando de no estancarse, solamente percibe el camino hasta que llega a la última estación y le indican que su viaje ya terminó.

—Entonces, lo que cuenta es encontrar el equilibrio, ¿no?

—Eso suena muy bien pero, ¿cómo se hace?, ¿con qué se cura la enfermedad de la contradicción?

Es una enfermedad porque fragmenta el ser y el resultado es la soledad: soledad interna y en consecuencia externa. ¿Cómo unirnos a otro humano si nosotros estamos fragmentados?

—¿Qué se puede hacer?, ¿estamos ante un problema sin salida? —replica Nora.

—Lo primero, creo, es tener conciencia de que existe el problema, después saber que no importa lo excitante de la experiencia que tuviera, lo millonario que fuera, el número de mujeres u hombres rendidos a mis pies, el amor verdadero y puro de uno solo, viajes, reconocimiento profesional y cantidad de orgasmos al día: NADA ME LLENARÍA DEL TODO, por la sencilla razón de que al alcanzar esa meta sería un ESTÍMULO CONSTANTE Y DISPONIBLE.

—Realmente lo dudo, si yo fuera bella y con mucho dinero sería totalmente feliz, estoy convencida.

—No lo creo —rebatió Elena, ¿no has oído que el dinero no da la felicidad?

En lo personal creo que este puede ser el máximo nivel de frustración, darse cuenta de que uno se ha saciado a manos llenas de los bienes que este mundo proporciona y a pesar de ello no se es feliz, el pobre al menos conserva la esperanza de que la felicidad le llegue algún día junto con el dinero.

—Eso lo dices sin conocer Elena, ninguna de las dos somos ricas, ni nos hemos empeñado lo suficiente en serlo.

—Ahh, ¿no me crees?, pues inténtalo, gasta tu vida en conseguir esas metas y en inventar otras, inscríbete a la carrera para que cuando tu cuerpo rompa la cinta de la meta voltees y te des cuenta de que ya se acabó la pista y no lo disfrutaste, porque nunca estuviste satisfecha, siempre inventando nuevos sueños.

—Pero entonces, ¿debo quedarme de mesera toda la vida, viviendo los sueños de otros, soñando los sueños de otros? —Nora no pudo ya contener el llanto—temblaban sus manos.

Elena al verla se enterneció y se arrepintió un poco de lo dura que había sido con la niña. Le calculaba unos diecisiete, tal vez dieciocho; se le había olvidado que no era un adulto todavía.

—No me refiero con esto a que seas conformista y no tengas proyectos.—Elena dio una palmadita en la pequeña espalda de Nora—simplemente no creas que la realización de los mismos te hará feliz, porque la felicidad que proviene del exterior es siempre pasajera. Si ya bastantes personas nos han probado con sus propias vidas que ese no es el camino, que el estímulo externo cuando ya es disponible y constante nos proporciona placer pero no felicidad; parece ser que la solución está en el interior del hombre y no fuera de él.

Si puedes renunciar a la idea de que teniendo algo externo a ti serás completamente feliz, ya ganaste una vida. Ahora tienes tiempo de averiguar que realmente pasa contigo.

—Ahora tengo tiempo de averiguar que realmente pasa conmigo —repitió Nora esa noche recostada en su almohada.

Nora no se había atrevido a confesarse que ya tenía tres cuadernos enteros donde estaban vertidas historias ajenas, pero que si en algún momento se le ocurriera hablar de sí misma tal vez no podría llenar media cuartilla, quizá no empezaría siquiera el renglón.

Capítulo 21

DIVORCIO

La habitación era de dimensiones pequeñas: una mesa central rectangular y una silla de cada lado, exacto una frente a la otra.

Nos dejaron diez minutos solos, según nos dijeron era el tiempo necesario para discutir si valía la pena volver a intentarlo.

Los primeros tres minutos transcurrieron en absoluto silencio, Claire no me había perdonado, seguía culpándome de la muerte de nuestro hijo. Los dos mirábamos hacia la pared que teníamos en frente, de vez en cuando y de reojo yo me atrevía a observarla; estaba un poco demacrada, pero seguía conservando un toque, un cierto encanto y la piel lozana de su juventud.

Recordé cuando nos conocimos, cuando nos casamos y de repente estábamos ahí, tramitando nuestro divorcio.

¿Cómo es posible que nuestra historia acabe tan mal?, ¿en qué momento se distorsionó todo?

Claire me volvió a la realidad cuando me preguntó con un cierto dejo de indiferencia:

—¿Cómo estás?, supe que viajaste a Miami, me lo dijo John.

Giré la cabeza para poder observarla directamente a los ojos. Era la primera vez que nos veíamos en dos años.

Creí haberla olvidado, pero en ese momento sentí que la seguía queriendo tal como antes.

—Sí, fui a varios lugares.

—Pues un poco irresponsable de tu parte desaparecerte durante meses cuando tenemos pendiente esto, ¿no crees?

Sin dejarme responder Claire añadió:

—Y además sin avisar, yo estaba preocupada de que algo malo te hubiera ocurrido.

—¿Por qué habrías de preocuparte, sin Jean, parece que ya no existe nada

que nos una?

—Así es, pero bueno, fueron tres años que vivimos juntos y muchas cosas compartidas.

—Eso mismo pienso yo, ¿qué pasó con todo eso que compartimos?, nuestro hijo es alguien a quien voy a amar y a extrañar siempre. Pero nosotros éramos más, quiero decir —Steve tartamudeó— además de Jean, nosotros teníamos algo que era valioso y realmente creo que... si, yo creo que si lo pudiéramos intentar, yo creo que —Steve secó su frente con un Kleenex— mira Claire, tal vez podamos retomar nuestra historia, como tú y yo fuimos antes de que todo esto pasara.

Claire lo miró con escepticismo y añadió:

—Ya ha pasado mucho tiempo, somos diferentes, yo he cambiado mucho; no creo que podamos volver a compaginar.

—Pero tú... tú me pareces especial, creo que eres única y podemos con constancia acoplar nuestra personalidad, poder percibir cuando es necesario algunos cambios para como piezas de rompecabezas volver a embonar.

—No, yo creo que esto no funcionó y no hay nada más que hacer —replicó Claire.

—No es posible que tiremos a la basura todos estos años y experiencias vividas.

—Tú lo sabes mejor que nadie Steve, cuando las cosas ya no sirven hay que dar vuelta a la página y... deshacerse de ellas.

—Si te refieres a que soy publicista pues sí, yo cooperé con crear bienes que sustituyan otros en un lapso corto de tiempo, pero no debería de suceder lo mismo con el amor.

—Te equivocas Steve, todo en este mundo es desechable.

El hecho de que compres un auto y que en cuatro años ya sea chatarra, la mayor parte de los mismos sean hechos de plástico (al igual que otros bienes) y el consumismo nos limite el tiempo de servicio de nuestras propiedades y satisfactores ha marcado la tendencia de que también al amor se le ponga fecha de caducidad.

—Es cierto, debemos creer que nadie es necesario en nuestra vida para poder ser feliz; sabemos que nadie es imprescindible, podemos relacionarnos con una u otra persona, pero por otro lado es indispensable dar la batalla a esta cultura del "úsese y tírese", si realmente lo que

buscamos es amor y no un mal sustituto.

—Pero entonces, ¿qué pasa cuando las relaciones de pareja no funcionan?, ¿tenemos que aferrarnos a una relación que no está bien, exclusivamente para no brincar de un colchón a otro?

—No, eso tampoco es sano, yo creo que la actitud acertada depende del momento que estemos viviendo. Si me encuentro solo o estoy en una relación destructiva que debo terminar, mi pensamiento debe dirigirse hacia la autosuficiencia y autoconvencimiento respecto a que se puede ser feliz sin esa persona en particular y pronto llegará otra.

Por el contrario, si me encuentro en una relación sana o al menos normal, la opción es intentar que funcione con toda decisión; encaminar mis pensamientos y esfuerzos sin tomar en cuenta la moda de lo desechable.

—Es tan difícil terminar algo; todo en la televisión, en la radio, habla de amor y todo te recuerda a esa persona que de por sí es difícil de olvidar.

—Sí, generalmente existen dos tendencias que nos marca la sociedad y que generan contradicción; por una parte las canciones románticas en la radio y los poemas mencionan muy a menudo la idealización del ser amado, la imperiosa necesidad de estar a su lado porque sin él o ella nada somos.

En el mismo contexto temporal las relaciones frugales y encuentros ocasionales están a la orden del día porque los amantes ya no tenemos tiempo para la conquista y el romanticismo, nos queremos imaginar que esquivando la convivencia y los detalles, mágicamente podemos llegar al mismo punto de encuentro, pero no es así.

Los amantes ocasionales creen buscar sexo, pero en realidad buscan unión y después de la unión física, la emocional está más lejos que nunca, lo cual genera un gran vacío.

—Pues yo ya pasé por ese período de duelo, fue bastante tiempo de extrañarte y ya me acostumbré a vivir sin ti.

—No me reproches no haberte buscado antes, creí que lo mejor era dejarte tranquila y que con el tiempo me llegarías a perdonar por mi descuido.

—Eso ya lo comprendí, sé que no fue culpa tuya, sino una distracción, pero la muerte de Jean fue la gota que derramó el vaso. Tienes que aceptar que comenzamos mal, desde un inicio; tendríamos que habernos tomado más tiempo en conocernos.

—Bueno, podemos empezar de nuevo, desde el principio, ¿qué nos lo impide?

—Estoy decepcionada Steve, no me emociona la idea de comenzar de nuevo, creo que nuestra relación ya está muy desgastada. Desconozco si estoy cansada de probar en el amor, o es que al pasar los años me he vuelto menos arriesgada.

—Es triste, realmente muy triste que el corazón ya esté medio muerto, porque a medida que crecemos en edad parece estar menos vivo, late más lentamente y únicamente por costumbre.

—Sí, posiblemente, pero me siento cansada de intentar y solo pensar en todo el esfuerzo que me significaría hacer que lo nuestro funcione, me convence de seguir mi vida como ahora está.

—Pero eso no es justo, ¿quieres decir que te están influyendo no solo mis errores, sino todas las relaciones anteriores que has tenido?

Claire guardó silencio y bajó la mirada, Steve prosiguió:

—Quien arrastra una historia emocional de pérdida y fracasos solamente eso aportará a cualquier nueva y fresca relación que siendo objetivos tendría bastantes oportunidades de éxito.¿Qué origina que construyamos obstáculos a partir de factores que son oportunidades? Nuestra mente.

Como es difícil aceptarlo, ¡ni siquiera pensarlo!, creo que el problema está en mi pareja, probablemente no es lo suficientemente divertida, comprensiva, o los dos estamos bien pero realmente tenemos muy poco tiempo; ahora tengo otros objetivos, estamos desfasados en nuestras metas, estamos viviendo tiempos diferentes.

—Pero es cierto, estamos viviendo tiempos diferentes Steve —interrumpió Claire—, yo voy a regresar a la escuela, estudiaré un postgrado y eso me absorberá mucho tiempo, además está mi trabajo.

—Probablemente, pero ese no es el problema de fondo, ¿cuánto más piensas escudarte en tus ambiciones personales para no arriesgar en el amor?

El tiempo se aprovecha y se recupera, los objetivos se pueden compartir y los momentos diferentes en la vida de una pareja hacen más interesante la relación. No debieran ser obstáculos, sino plataformas de despegue para lograr una profundidad, una intimidad emocional entre dos seres.

¿Por qué ese miedo a arriesgar?, por Dios, ¿pero qué de esta vida

nos pertenece? Nada, nada en realidad.

Solo lo que aprendimos y las experiencias vividas.

Y al no ser capaces de arriesgar limitamos nuestro aprendizaje y las experiencias de unión con otros y con el mundo.

Un día de trabajo excesivo y obsesivo no te deja la alegría en el corazón de un momento compartido con alguien que amas.

Se abrió la puerta del pequeño cuarto, el abogado indicó —se acabó el tiempo—,¿necesitan unos minutos más?

Claire interrumpió a Steve —no, aquí ya terminamos— presurosa se levantó, alisó el traje sastre con las manos y se dirigió hacia la puerta.

Capítulo 22

VIDA PROPIA

Inició esa tarde a las seis menos diez, las teclas rápidamente imprimían signos en la pantalla y el cursor cambiaba de renglón.

El expreso quemó su lengua, por un momento el hombre perdió toda consciencia de su entorno y su concentración era tal que se olvidó de que el café estaba recién servido.

El dolor lo sacó de su ensimismamiento, Nora se percató del incidente y pensó que no podría desaprovechar la oportunidad de dirigirle la palabra al señor misterioso que se instalaba en la misma silla desde hacía meses.

—Disculpe, debí de haberle advertido, estaba hirviendo.

—No te preocupes, fue un descuido mío, estaba tan atento a lo que escribo que no me fijé.

—Parece algo muy importante —dijo Nora al asomarse a la pantalla y observar letras en ella.

—Lo es— señaló Steve con pocas ganas de continuar la conversación.

Nora, que al interesarse en algo no acostumbraba desistir recalcó:

—Nunca había yo visto una máquina de escribir tan pequeña y moderna.

—No es una máquina de escribir, es una laptop —señaló Steve con aire circunspecto.

—¿Una qué?

—Una computadora portátil.

Era lunes, el hombre maduro miró alrededor, prácticamente todas las mesas estaban vacías, la mayor parte de los oficinistas que iban a la hora del almuerzo ya habían terminado sus emparedados y se habían retirado a seguir la jornada laboral.

Por tal motivo la mesera tenía tiempo de entablar pláticas banales y Steve comprendió que no fácilmente podría escapar a una de ellas.

Le ofreció la silla frente a él, con un ligero movimiento de brazo.

Nora volteó y notó que sus abuelos no se encontraban a la vista. ¿Por qué no?, se dijo. Ya era suficiente con la explotación diaria de que era objeto, las plantas de los pies le ardían y muchas veces al mirar sus pantorrillas de reojo en el espejo de su alcoba, había tenido la impresión de que pronto mostrarían marañas azules y tortuosas como las de su abuela debido al esfuerzo físico de estar tantas horas de pie.

Después de todo, la vida está hecha de esos pequeños momentos de rebeldía que rompen con la rutina y que nos dan una sensación agradable desde el pecho hasta la faringe, cuando con un "pecadillo" nos damos el lujo de no actuar como se espera de nosotros.

Nora se sentó, poco a poco, no de golpe sino como disfrutando el momento. El extraño empezó a balbucear nombres que Nora no conocía, habló de buscadores y de navegar a través de las teclas.

La muchacha estaba segura de haberle ofrecido un expreso y no el nuevo café con toque de brandy que era la promoción del mes en la cafetería.

¿Navegar?, ¿pero qué le ocurre a este tipo?... seguro no es efecto del brandy. Pero, ¿dónde esta el mar?

Ella formulaba todas las preguntas exclusivamente en su cabeza por no incomodar al cliente y para que no la fuera a creer más ignorante de lo que ya había mostrado.

Aún mesera, joven y vestida modesta, Nora compartía esa dignidad o mejor dicho pequeño orgullo de las mujeres que nos hace mostrar lo mejor de nosotras cuando estamos ante un hombre, a pesar de que lo que reflejemos no esté sustentado precisamente sobre elementos muy veraces.

Steve se enredaba en soliloquios, de su boca salían tantas palabras que pareciera las hubiese contenido por espacio de un lustro al menos. No era su objetivo mostrarse conocedor, quizá si hablaba lo suficiente, la niña con cara de tonta que tenía sentada frente a él terminara por perder el hilo de tanta verborrea y dejara de preguntar. No estaba teniendo una conversación con ella, como lo temió al virar la cabeza y observar las mesas.

Tal como es la costumbre de no pocos hombres, cuando presintió que no le sería posible escapar de la situación, accedió sin hacerlo realmente. Dejó de escribir, pero con su monólogo absurdo y complicado esperaba causar tal fastidio en la chica, que pronto lo dejara continuar con su escrito.

Es más, se esforzaba en hacerlo realmente aburrido para ella, con el fin

de librarse de sus tontas preguntas al menos por una semana entera.

Pero sucedió todo lo contrario, la niña- mujer ya no era tan niña y lo que aquel señor le decía la tenía sin cuidado; su mirada se detenía en sus cejas pobladas y amarillas, en los surcos de la piel que rodeaban los párpados, ¿cómo era posible que su abuelo tuviera surcos también, pero mucho menos graciosos? El abuelo tenía una tez marchita, todo en el reflejaba la apatía de quien ya está demasiado cansado de la vida.

En cambio en este hombre amarillo (como le gustaba a Nora llamarle), esas hendiduras y relieves eran divertidos; a sus ademanes y rasgos le conferían un aire encantador. Podría pasar horas escuchándolo sin escuchar, recorriéndole la piel con la mirada desde la sien hasta la mejilla donde la fina línea desembocaba en un surco que era más profundo cuando él sonreía.

El tiempo pasaba muy deprisa, las vacaciones habían llegado y con ellas las oleadas de clientela que en no pocas tardes abarrotaban la cafetería; no era posible que a tan solo un par de días de haberle dirigido la palabra, la oportunidad de seguir la charla se le fuera de entre las manos. Haciendo un gran esfuerzo por despachar a los clientes de prisa Nora tal vez disfrutara de algún minuto libre al menos para ser cortés con el forastero.

Si tuviera suerte ese minuto que Nora le robara a su trabajo pasaría desapercibido para sus abuelos.

Los abuelos salían poco, pero el último mes habían ido a pasar revista, a surtir despensa y a hacer los pagos correspondientes a la cafetería, luz y teléfono de su propia casa.

Todo ese tiempo había tenido Nora la oportunidad de dirigirse a él, de inventar cualquier pretexto para que los ojos olivo no se fijaran en la pantalla, al menos por un segundo.

Treinta días Nora se debatió en una batalla interna pensando si sería prudente o no, ¿qué pasaría si ella no se encontraba a la altura del hombre que parecía culto?, ¿quedaría en ridículo como la pobre escuincla ignorante que era?

Los miedos de Nora se reflejaban y no hacía más que pensar en todas las consecuencias negativas derivadas de aquel acercamiento.

El día 24 de Febrero del 2002 Nora por fin pudo escribir en su libreta que había tomado un riesgo personal, que había hecho algo irracional, no premeditado y de consecuencias impredecibles. ¿Y qué había sucedido?

Nada, nada en absoluto de todo aquello que ella tanto temió, el hombre no se burló de la niña ni la ridiculizó, se limitó a observarla con cierta indiferencia; pero Nora se sentía triunfadora, había logrado apartar su mirada de las teclas, lo había obligado a ser consciente de su existencia al menos por una vez, pues Steve ya no volteaba a mirarla.

Y ahora que enfrentó este reto, que por primera vez se sintió valiosa y valerosa se le acabaron las ocasiones de mostrar la valentía, también se le acabaron las cosquillas en el estómago.

Steve dejó de ir a la cafetería, Nora no sabía si esto era porque ya había salido del país, se mudó a vivir a otro lado o simplemente no le gustaba el nuevo ambiente del negocio que a últimas fechas se encontraba muy agitado.

Nora desesperada sentía unas enormes ansias porque las vacaciones terminasen y descubrir qué de todo esto había ocurrido. Sin saber cómo, la joven mujer se había obsesionado cada día más con ese posible reencuentro.

Sin bases reales que le hicieran creer que él se interesaba en ella, Nora formó toda una imagen mental que sería real cuando Steve regresara.

Cada mañana el primer pensamiento del día iba dirigido a él, por la noche, antes de recostar su cabeza en la almohada, Steve otra vez; así corrieron los primeros días, pasadas las semanas los pensamientos referentes al hombre amarillo eran tan frecuentes que Nora únicamente vivía para él, aunque él no existiese en su realidad.

El dolor que la anterior decepción le ocasionara con la partida de Isaac no había logrado marcar su cerebro, ningún aprendizaje había quedado en la memoria, no había asociación de ideas en este ser, demostrando que los experimentos de Pavlov y su mecanismo de estímulo-respuesta se pueden aplicar a perros pero no a los humanos.

¿Qué era la causa de ese olvido?, ¿por qué Nora al igual que muchas personas les restamos importancia a los dolores sufridos en el pasado para justificar nuestra desfachatez presente? Un poco de cuidado, de autoprotección bien valdría la pena, sería lo mínimo que nos debería dejar una experiencia de sufrimiento.

Algo dentro de nosotros nos indica que si desconfiamos no disfrutaremos y como no estamos acostumbrados a valorar nuestra propia vida lo suficiente para disfrutarla sin codependencias dañinas recurrimos a "alguien" que nos haga sentir emoción, que nos haga vibrar y tener un rato de esparcimiento mental a lo largo de nuestro día rutinario.

Si esto se convierte en adicción y se incrementa, el día, el tiempo, nuestro tiempo que es lo único que poseemos se transforma en una sucesión de:

¿qué estará haciendo?, ¿quién estará con él?, no me ha llamado, que no crea que yo lo haré; claro, seguro está muy ocupado. ¿Qué le gusta?, ¿qué pensará, que sentirá?, ¿tendrá futuro nuestra relación?; y perdemos la individualidad, no somos personas interdependientes que comparten, sino un verdadero apéndice del objeto de nuestro amor.

¿A dónde se van los propios ideales?, o, ¿es que nunca existieron?, ¿por qué el sexo femenino está más predispuesto a que le suceda esto?, ¿quién nos educó para no tener vida propia?

Capítulo 23

MUNDOS DIFERENTES

Cuando Steve llegó a su casa de huéspedes, se quedó largo rato mirando a Pablito que lanzaba sus canicas. Steve se recordó con los pescadores que le arrastraban por el suelo pues eran de su hermano mayor, el pulgar lastimado y sucio de tanto jugar en la tierra y aventar la naranja, la favorita con la que siempre le atinaba.

Sintió nostalgia por su infancia; en aquellos tiempos casi nada sabía de la vida, pero no le importaba porque para él la vida eran ese par de canicas, la naranja y la azul turquesa, sobre todo la naranja.

Se la había regalado su padre cuando cumplió cinco años y sus amigos del colegio habían cambiado radicalmente de actitud, ya lo invitaban a participar en los juegos del recreo, con tal que llevara esas canicas maravillosas; eran de colores muy llamativos y un poco más grandes que las normales, de manera que no era difícil anotar, además tenían el peso tan bien distribuido que podían seguir una trayectoria recta; no tendían a curvearse en el camino.

Su madre habría querido que le regalara un par de zapatos, porque los únicos que Steve tenía ya estaban agujereados, pero él agradeció que su papá no se hubiese dejado llevar por los consejos prácticos de "la mujer de la casa".

De niño, con un par de canicas había podido conseguir la felicidad entera, de adulto con grandes cuentas en el banco no se había sentido ni la mitad de bien que cuando niño.

¿Por qué la felicidad es un bien que se encarece y se enrarece a medida que pasan los años?

Mirando ahora a Pablito ¡cómo disfruta su juego!, creo que él no piensa mucho ni en el pasado ni el futuro, vive el ahora, y para gozar el ahora no tiene que emborracharse, tener sexo o gastar mucho dinero, es simple, sencillo, solo debe contar con su par de canicas.

La vida se complica con el paso del tiempo, de eso no me cabe duda, se van adquiriendo mayores responsabilidades hasta lograr bastarse por uno mismo, y después de eso también hacerse cargo de otros.

Pero aún los niños más grandes y los adolescentes pueden saborear mejor el día a día, en sexto año tienen más responsabilidades que en quinto y poco a poco el grado de conocimiento por adquirir es mayor, así como también el grado de esfuerzo. Pero si el niño es responsable, va a la

escuela, hace las tareas, estudia y después sale a jugar, se olvida por un momento de sus obligaciones. Tiene, se podría decir, los compartimentos cerebrales divididos: cuando sale a jugar olvida la escuela y viceversa.

En cambio, los adultos estamos siempre preocupados; en nuestros ratos de esparcimiento pensamos en lo que no hicimos o en lo que tenemos que hacer, en las presiones económicas y laborales, lo cual no resuelve nada porque lo que cuenta es ocuparse y no preocuparse: si en este momento no puedes hacer nada para resolver un problema y ya decidiste como darle solución en el momento apropiado, ¿por qué seguirle dando vueltas en la cabeza?

Sospecho además que en nuestro trabajo no solo se ven inmiscuidos aspectos prácticos. Muchas personas trabajan no precisamente para cumplir sus responsabilidades, mantenerse y tener dinero que les permita vivir bien; a veces, más importante que estos aspectos prácticos es la carga emocional que le infundimos a nuestras actividades,
esta carga es la que origina principalmente nuestra angustia y tensión,
es la primordial productora de estrés.

Podemos ver que alguien esta soportando en su espalda las exigencias emocionales cuando refiere que quiere "ser alguien en la vida"; obviamente es alguien desde el momento que existe y que está en este mundo, es valioso por su condición de ser humano y es más valioso entre mayores cualidades posea. Pero en la actualidad parece que la única manera de ser valioso depende de tener un amplio poder económico.

La mayoría de las personas aceptan esa mentira, es más, la creen y se autodefinen como máquinas productoras de billetes, en lugar de sentirse seres humanos; no es posible que tratemos de suplir nuestras carencias emocionales con dinero.

Lo material y lo espiritual o emocional son mundos diferentes. Si tienes una carencia material debes suplirla con bienes que se compran con dinero, si tienes una carencia espiritual se suple con reflexión, fe; con un elemento perteneciente al mismo mundo. Si tienes una carencia afectiva la tratas de suplir con amor, solidaridad, compañía.

Pero no podemos solucionar los sentimientos de inferioridad (que pertenecen al mundo emocional), con dinero (que pertenece al mundo material) porque nunca dará resultado.

Es un error situar la propia valía fuera de uno mismo y esta actitud siempre traerá consecuencias negativas, para empezar la insatisfacción.

Capítulo 24

MI HOMBRE AMARILLO

Se presentó en el café un poco desenfadado con unos jeans deslavados y una camisa de franela a cuadros; exactamente a las seis menos diez colocó su laptop sobre la mesa y oprimió las teclas.

Nora no estaba, su abuelo le encargó un mandado, por lo que él le sirvió personalmente su expreso de costumbre. Habían transcurrido veinte minutos desde que inició su trabajo cuando Nora cruzó la puerta de entrada a la cafetería.

Steve se encontraba de espaldas, pero Nora reconoció inmediatamente la cabellera amarilla y el porte desgarbado.

—Mi hombre amarillo— musitó para sí, colocó las viandas en el piso, se alisó el delantal blanco y corrió a mirarse en el pequeño espejo de la cocina, no importándole que su abuelo la observara tratando de adivinar el por qué de esa secuencia de movimientos apresurados.

Se retocó el fleco con los dedos mojados y fue a donde su abuelo para decirle que ya estaba ahí y que ella se haría cargo de las mesas; él asintió fingiendo un gesto despreocupado y siguió con la mirada el recorrido de la niña hasta la mesa de Steve.

Antonio, con la perspicacia que le otorga la edad, adivina que su nieta está enamorada, lo cual no sería extraño porque Nora ya estaba en edad, pero lo que realmente le preocupó es que el sujeto en cuestión no era un chamaquillo de veinte años; más aún era un fuereño que estaba de paso y si tenía sus “quereres”con alguna mujer del lugar seguramente sería para conseguir diversión y compañía momentánea.

Steve apartó la vista del teclado cuando una vocecita entrecortada le preguntó si deseaba más café.

—No, así estoy bien, gracias— Nora lo miraba fijamente y con una gran sonrisa.

Steve también le sonrió sin sospechar que ese rasgo estaba alimentando esperanzas en el corazón de Nora que ya se sentía del todo correspondida en su amor.

—Otra vez con esa máquina extraña... pensé que ya no volvería... hace varios meses que no viene por aquí.

Steve no había recordado a Nora hasta ese momento cuando volvió a sentir una leve molestia por verse importunado.

—Sí, otra vez, y otra vez estoy tratando de concentrarme; vengo aquí a encontrar tranquilidad (Steve pronunció esta palabra muy despacio, aumentando el volumen de su voz) para trabajar y que nadie me moleste.

—Pues no se ve muy sudoroso que digamos.

—¿Perdón?, ¿a qué te refieres?, Steve que ya había intentado volver a escribir, nuevamente dirigió la mirada a la mesera entrometida, una mirada que parecía apenas contener su enojo.

—Sí —le explicó la niña— todos los que trabajamos sudamos, por ejemplo, yo acabo de ir por un mandado (Nora con el antebrazo secó su frente perlada), no veo que se esfuerce mucho, más bien se encuentra muy descansado con ese aparatito con el que mueve los dedos de vez en cuando.

Steve soltó una risita, en sus ojos ya no había enfado.

—Mi trabajo es intelectual niña, yo escribo un libro, si los conoces ¿no?, con muchas hojas y pastas, ahh y en las hojas muchas letras.

Ahora la enojada era Nora, ¿qué se había creído este riquillo (porque seguro tenía dinero, eso se veía) para venirse a burlar de ella?; una cosa es que fuera mesera y otra muy distinta es que fuera de plano una ignorante.

—Sé lo que es un libro, de hecho he leído varios ahh y yo también escribo.

—Ahh ya veo... ¿y qué género escribes?

Nora no supo qué contestar y desvió la mirada hacia el piso, pero pronto se repuso y cambió astutamente la conversación. Steve se dio cuenta pero ya no quiso seguir poniéndola en evidencia.

—Parecen interesantes esos folletos que tiene en la mesa.

—Sí y mucho, son de los viajes que hice a varios países.

—Aquí también tenemos muchos lugares interesantes para visitar. Yo se los podría mostrar.

—Te agradezco mucho, pero Raquel, una huésped del lugar donde vivo ya

se ofreció a colaborar con eso.

Se terminó la paciencia de Antonio, llamó a su nieta para que fuera a ayudar a la cocina, no quería que intimara más con el forajido, era bueno ser amable con la clientela, pero esto ya estaba a punto de convertirse en una plática. Notando el gran interés de Nora en los folletos, Steve le ofreció algunas copias antes de que la niña fuera a atender el llamado de su abuelo.

Nora se quedó impresionada, el hombre amarillo no escribía ficción como ella, él no inventaba historias ajenas. Steve escribía sobre su propia vida, sus viajes,escribía sobre la realidad.

Capítulo 25

EL AMOR ES UNA DECISIÓN

Raquel estaba alegre esa mañana del 21 de marzo, se levantó canturreando porque era fin de semana, ese día lo tenía libre, Andrea la reemplazaba en el museo. Bajó las escaleras todavía somnolienta y rascándose la espalda se dirigió al desayunador.

Recordó que esa semana no había tenido tiempo de hacer las compras, únicamente encontraría una jarra con jugo de mandarina en el refrigerador.

Iría rápidamente a desayunar a la cafetería de Allende que estaba a unas cuantas cuadras de su casa. Se acomodó el cabello con las manos delante del espejo de lámina, se quitó el pijama y se enfundó el jersey carmín que encontró colgado en el primer gancho visible al abrir el closet.

Tenía que regresar a casa antes de las diez porque Steve pasaría por ella, ese día irían a Teotihuacán.

Caminó deprisa por las calles empedradas y con pisadas firmes se dirigió hacia la cafetería. Era sábado y había pocos comensales en el interior.

Raquel eligió la mesa junto al ventanal, estaba feliz por la salida que tendría con Steve ese día. Más feliz porque por muchos meses atrás Steve la había evitado y ella no había logrado que concertaran una cita; apenas serían dos meses desde la primera vez que salieron juntos.

La atendió una niña de pañoleta verde y con fleco en la frente.

—Buenos días, ¿qué va a ordenar?

Raquel con una mueca de aburrimiento contestó:

—¿Qué desayunos tienes?

—Bueno, como es fin de semana tenemos el menú con chilaquiles, enchiladas verdes, de mole, molletes, hot cakes con miel y plátano, huevos al gusto, rancheros, revueltos, con jamón, salchicha o chorizo, ahh y la especialidad de la casa: huevos motuleños y divorciados.

—Mmm —Raquel todavía no despertaba y no sabía que elegir—, ¿y de bebidas?

—Tenemos jugo de naranja, toronja y zanahoria, café o refresco.

—Bueno, tráeme un jugo grande de toronja y un plato de frutas de la estación.

Nora garabateó sin mucho entusiasmo el pedido de Raquel, apoyó la pluma muy fuerte, escribió rápido y tajante, desahogando contra el papel la ira que le causó haber contestado por espacio de diez minutos las preguntas de Raquel respecto a los ingredientes de los platillos y su modo de preparación, para que a la "doña"solo se le antojara un plato de frutas.

Raquel notó su impaciencia y sintió cierto agrado, era muy fácil hacer rezongar a las de su clase. Le gustaba ser atendida en restaurantes y en cierta manera tomar revancha de como ella era tratada por las turistas extranjeras fufurufas cuando les servía de guía.

Nora se dio media vuelta pensando en que a veces es necesario aguantar a clientes insoportables. Gajes del oficio —sonrió amargamente—.

Raquel apenas mordisqueó unos trozos de sandía y bebió rápidamente su jugo de toronja quejándose con Nora de que estaba demasiado agrio. Miró su Citizen, le quedaban cinco minutos disponibles para volver a la casa y arreglarse; en cuarenta minutos Stephen pasaría por ella.

Tomó una ducha rápida,en la radio sonaba love is in the air y a Raquel le pareció que no había una canción más a doc con la situación, presurosamente secó su espalda y se enfundó los shorts que había reservado para ese día tan especial; apenas le daría tiempo de maquillarse y de pasarse la secadora.

Minutos más tarde llegó Steve.

—Hola Raquel, ¿cómo estás? —la saludó con un beso en la mejilla.

—Bien, pero ahora estoy mejor —le sonrió pícaramente.

—Se me olvidó pasar al supermercado a comprar alimentos, tendremos que conseguir la comida en el camino.

—No te preocupes —intervino Steve— ya preparé unos emparedados.

—¿En serio?, no te creo, faltan dos días para el 28 de diciembre.

—Steve la observó con cara de interrogación y mientras bajaban las escaleras Raquel le explicó que en México, ese día la gente acostumbra

mentir.

—Me parece genial que exclusivamente haya un día para mentir, ¡de donde vengo eso es todos los días!

Raquel soltó una carcajada por la ingenuidad de su compañero (no sabía si estaba bromeando o si realmente lo pensaba así); cambiando de tema abruptamente le preguntó por qué era tan hacendoso.

—Bueno, no lo soy mucho, pero ya tengo tiempo viviendo solo y uno tiene que aprender a sobrevivir cubriendo sus propias necesidades.

Subieron al Jeep gris plata y Raquel emprendió el viaje; el clima era espléndido, el cielo estaba más limpio y claro que de costumbre.

—¿Nunca te llamó la atención casarte?, tendrías a alguien que hiciera ese tipo de cosas por ti.

Steve dejó de sonreír, Raquel notó que el comentario no había sido oportuno.

—Ehh... perdón, no debí preguntar, son cosas muy personales.

—No te preocupes, de cualquier manera te lo iba a decir, tú has sido muy amable y honesta conmigo, me has platicado cosas importantes de tu vida y yo quiero hacer lo mismo —Steve le dedicó una cálida sonrisa y Raquel se sintió aliviada—.

—Yo me casé hace cuatro años, estoy finalizando los trámites del divorcio.

Se reflejaba la tensión en el rostro de Steve, Raquel disminuyó la velocidad y suspiró. Steve se sorprendió de que su confesión pesara tanto en el ánimo de Raquel.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó titubeante.

El tono en la voz de Steve también mostraba indecisión —Claire y yo perdimos a nuestro hijo y no pudimos mantenernos unidos después de eso, cada quien trató de manejar su dolor alejándose del otro, —hizo una pausa— pero de cualquier manera desde antes teníamos problemas, nuestra relación ya había caído en la rutina.

—Eso es muy común —señaló Raquel— cada comienzo es muy emocionante, es como... como algo que te hace vibrar; pero a medida que pasa el tiempo y las aguas toman su nivel la emoción de estar con el otro

va disminuyendo.

—Y además en un principio siempre mostramos lo mejor de nosotros —agrega Steve—, al pasar el tiempo tenemos mayor confianza con nuestra pareja, la realidad va saliendo a flote y mostramos todos los defectos que antes nos preocupamos por ocultar.

Nuestro umbral personal, es decir la última gota que derrama el vaso existe en relación directa al tamaño de nuestras expectativas. A mayores esperanzas o ilusiones depositemos en la persona amada, menos realistas y objetivos somos por lo que al toparnos con la realidad menos capacidad de tolerancia tenemos; la imagen que construimos choca tanto con el aspecto real, esto nos genera pérdida de energía e interés que se manifiesta en una apatía o intolerancia poniendo en riesgo la continuidad de la relación.

Llegaron a la caseta, Raquel disminuyó la velocidad y pagó la cuota, la chica le sonrió y devolvió el cambio. Dirigió el Jeep hacia donde indicaba el letrero verde que con letras blancas anunciaba “pirámides”.

—¿Será por eso que dejamos de estar enamorados demasiado pronto? —Raquel no quería perder el hilo de la conversación que le parecía sumamente interesante.

—Yo creo que también tiene que ver el hecho de que la mayoría de nosotros pensamos que el amor es un sentimiento, y sí, cuando queremos a alguien hasta tenemos una sensación física de alegría y plenitud, pero el amor es mucho más que eso. Es necesario no enfocar al amor como un "sentimiento", tenemos que extraerlo del campo de lo virtual y aterrizarlo en el mundo "tangible" de lo real enfocándolo como una decisión.

Los sentimientos son transitorios y efímeros, mientras que las decisiones tomadas con conciencia, en las cuales se manifiesta la voluntad personal si bien no son perennes tienden a durar más.

—No entiendo bien a qué te refieres con eso de que debe ser una decisión, desde tiempos inmemorables nos han enseñado en el proceso de inculturación que todo lo relativo al amor tiene que ver con los sentimientos y el corazón, ahí no hay cabida para lo racional. Las decisiones son racionales y frías.

—Ese es un gran error, por eso es que fracasamos en nuestras relaciones interpersonales, imagínate Raquel si rigiéramos nuestra vida por sentimientos no avanzaríamos hacia ninguna dirección.

Trabajaríamos si y solo si tuviéramos ganas de hacerlo, nos drogaríamos si tuviéramos la tentación y seríamos netamente impulsivos, realizaríamos acciones en pro y en contra de un mismo fin, dependiendo del sentimiento

que experimentáramos en cada ocasión, este derroche de energía no lleva a ningún lado.

Sabemos que en la prosecución de los fines se deben de emprender acciones en la misma dirección, para así en algún momento lograrlos.

¿Por qué entonces en nuestra vida amorosa no actuamos con esa misma disciplina?, ¿por qué conferimos sobre el ámbito amoroso el dominio total del "sentimiento"? Este es nuestro apartado vital donde "nos relajamos".

Deberíamos de presentir que ese relajamiento, dejando el desarrollo de las relaciones amorosas al "destino" o a los instintos no generará los resultados deseados. No tendríamos por qué querer recibir un fruto de algo que no ha sido precisamente un esfuerzo.

Es como si a veces quisiéramos trabajar y otras quedarnos todo el día en la cama, eso sí, al final de la quincena exigimos nuestro sueldo íntegro.

—Eso es cierto Steve, con frecuencia esperamos "grandes beneficios" de nuestros intentos en el amor, tratamos de que el "otro" supla nuestras carencias emocionales, lo cual nunca va a suceder porque nadie tiene la capacidad de hacernos felices, ese es única y exclusivamente nuestro propio trabajo.

—Por una parte esperamos beneficios desorbitantes, por la otra no realizamos esfuerzos para ello, creemos que mágicamente el amor hará lo suyo, pero nada más fuera de la realidad.

Expectativas muy altas plus poco o nulo esfuerzo (constancia, tolerancia y disciplina), es la fórmula perfecta para crear una gran cantidad de frustración.

Si de ambos factores hiciéramos una relación directamente proporcional (a mayores expectativas mayor esfuerzo), la tendencia de divorcios disminuiría.

Y si pudiéramos invertir los factores más probabilidades de éxito aún (menos expectativas y más esfuerzo).

—Pero, dime Steve, ¿quién es capaz de esforzarse previendo que va a recibir poco?

La cultura en la que vivimos donde es indispensable obtener beneficio de cualquier acción nos ha educado en la posición contraria.

También hemos aprendido a vincular la palabra "esfuerzo" con algo indeseable,—Raquel sonrió—... hasta por el hecho de pronunciarla ya me

cansé.

El aire fresco golpeaba sus rostros y ambos disfrutaban la sensación de libertad. De pronto Raquel recordó aquella reunión con sus amigas, de las nueve, las que no eran divorciadas eran solteras. Y como no es poco común en esa ocasión se enfrascaron en una plática relativa a los hombres.

Andrea, una mujer de mediana edad, divorciada y con un hijo de cuatro años preguntó:

—¿Por qué fracasan los matrimonios?

Sofía, una ama de casa con dos hijos respondió:

—El mantener una buena relación de pareja que perdure requiere el ejercicio de muchísimas virtudes por ambas partes, que no pueden surgir de la noche a la mañana si no han sido cultivadas previamente en la individualidad.

Los requisitos para gozar de una relación sana y feliz, para mí son muy similares sino es que los mismos que una persona requiere para disfrutar de la vida y ser feliz en lo individual.

—Sí… pero la diferencia es que esos requisitos se tienen que aportar por duplicado —intervino Rita que era una mujer soltera de cuarenta años, con un gran desarrollo profesional—, por lo cual es mas fácil encontrar la felicidad en libertad que en un matrimonio.

—Para tener acceso a una relación lo más sana posible es preciso una depuración de la propia personalidad que nazca de una convicción interna—aseguró Sofía—, que era la única que todavía se encontraba casada.

Basta con analizar los problemas más comunes de las parejas "estables", para aplicar una antítesis y obtener las cualidades a cultivar.

Estos factores desestabilizantes son los celos, fundados en la inseguridad ya sea de la persona que los padece o de la que los produce, la costumbre, lucha de poderes, falta de comunicación, orgullo malentendido, ausencia de tolerancia, frustración personal, etc.

—A las mujeres nos enseñaron que el propósito de nuestra vida es casarse y tener hijos, a sentirse valoradas y valiosas si y solo si un hombre te propone matrimonio, yo creo que hoy en día hay otras alternativas, como en mi caso que nunca me casé —señaló Rita.

—Es cierto, —intervino Andrea— yo jamás pensé que hubiera otro camino posible.

Desde niña cuando jugaba con mis muñecas sabía que un día sería como mi mamá: me casaría y tendría hijos.

Este sentimiento de sentirse valiosa únicamente si un hombre está a nuestro lado se aprende por tradición, desde nuestras casas sutil o directamente se nos inculca esa idea. El sentimiento subyace durante la adolescencia y en la etapa comprendida entre los 25 y 30 años (a veces más), se vuelve prácticamente una obsesión encontrar marido.

Las presiones sociales son numerosas: el reloj biológico que parece avanzar más de prisa, el escarnio y las burlas por parte de algunas personas que bautizan a las solteras con el mote de "quedadas" o "solteronas".

—Por lo cual, no importa lo mucho que una mujer haya estudiado, tenga preparación, cultura o bienes materiales, —interrumpió Raquel— si no ha conseguido ser "digna del amor y compromiso de un hombre" no puede estar realizada.

—Hasta ahora que me divorcié es cuando medité en que había otras opciones, si antes no hubiera estado ciega y presionada realmente me habría fijado mejor con quien iba a compartir mi vida —comentó Andrea.

—Y eso de que nos tachen de solteronas no es nada justo —refunfuñó Rita—mientras el hombre con los años gana estabilidad económica y un "aire interesante" (ambos factores lo hacen muy deseable), la mujer pierde autoestima; (me refiero a la mujer convencional que se deja llevar por presiones).

Si llegas a esta etapa sin haber "atrapado" a un incauto, y peor aún si no tienes alguna relación, va a ser muy difícil que la consigas. La población masculina huye de las mujeres casaderas, ya que tienen pavor al compromiso y cualquier hombre que conozca a una mujer de 25 a 30 años, que haya terminado una carrera o un postgrado piensa automáticamente que está en la búsqueda de alguien para casarse.

—Suponiendo que así fuera, ¿qué tipo de hombre sería el adecuado para que una mujer de esta edad se estableciera? —preguntó Raquel— (la única sin demasiadas experiencias, con 28 años solo había tenido novios).

—A grosso modo se puede decir que los hombres de 20 a 30 años son más aptos para el amor porque tiene menos miedo hacia el fracaso de una relación, son más flexibles y adaptables —contestó Rita—; cuando las personas se casan muy jóvenes (no porque estén esperando un hijo),

generalmente lo hacen porque están enamorados, es un amor irracional que les hace pensar que el futuro será fácil.

En esas épocas los hombres tienen la fuerza emocional, la sagacidad para arriesgarse, pero carecen de la autorrealización profesional y económica. Es muy probable que un hombre que se case en estas condiciones al paso del tiempo se arrepienta porque hubo muchas cosas que no vivió, y quiera disfrutar de una libertad e irresponsabilidad, aunque previamente estando enamorado haya decidido renunciar a ese derecho.

El hombre de más de 30 años tiende a tener algunos logros profesionales y cerca de los cuarenta una realización económica que lo pudiera enfocar hacia la posibilidad de adquirir un compromiso (porque siente que ya vivió lo que tenía que vivir en forma individual), sin embargo carece de adaptabilidad, capacidad de ilusionarse y la sagacidad para combatir sus temores (que se han ido acumulando), características que poseía a los veinte.

—¿Así tenemos que ni en la juventud temprana ni en la madurez el hombre convencional cuenta con todos los elementos necesarios para llevar a cabo un buen matrimonio? —repuso Raquel decepcionada.

—Raquel, únicamente el hombre de 30 a 40 años reflexivo que hace consciente sus miedos y los enfrenta puede aportar en ambos sentidos —explicó Rita.

—¿Y qué pasa con la mujer?, preguntó Sofía.

—La mujer de hoy está en una encrucijada, responde Rita. El "ídolo de barro" que constituye el matrimonio se le está deshaciendo entre las manos.

Los hombres huyen del compromiso, por la situación económica actual, malas experiencias que producen miedos, además del aumento abominable en el número de divorcios y fracasos en las relaciones. Existe una tremenda confusión porque ya no se sabe que se espera de un hombre, o de una mujer en la relación, no hay pautas a seguir, no existen roles asignados.

Ante todo esto es normal que los hombres se replieguen, podemos sumar a estos factores el desarrollo profesional de las mujeres en todos los campos del conocimiento que a veces lastima el orgullo masculino. Esto genera en el hombre una actitud de reserva hacia las mujeres.

Numéricamente los hombres tienden a convertirse en el objeto de discordia, porque a menor oferta mayor demanda. Hay más mujeres que

varones en el mundo.

Las presiones sociales, el reloj biológico, la falsa idea de que solamente eres valiosa si un hombre te ama y se compromete contigo; el hecho de que somos muchas mujeres y menos hombres (hay que descontar a los homosexuales) hace que la mujer convencional irreflexiva se neurotice y se obsesione al grado de perder su personalidad.

La angustia que esto genera hace que muchas mujeres tengan actitudes desesperadas, de asedio, acoso, embarazos premeditados. Algunas parecen hienas en busca de presa. Esta actitud percibida por los hombres, es un reforzador de sus miedos. Se conforma un círculo vicioso.

La población femenina que todavía guarda la calma y no se enloquece tiende a la depresión, a la inmovilidad que repercute en otras áreas de su vida.

Así que la encrucijada de la mujer actual está en decidir si seguir o no apostando por el matrimonio —señala Andrea—. Si la respuesta es sí y no se tiene la suerte de encontrar el satisfactor, la consecuencia es una gran frustración que puede dirigirse a uno de dos caminos:

1.- La agresividad (mujer dispuesta a todo por lograr lo que quiere).

2.- La depresión (mujer con baja autoestima y empequeñecida).

Ambas opciones generan neurosis y obstaculizan la felicidad.

—Por su parte, las mujeres que tienen su esperanza en el matrimonio y consiguen casarse, enfrentan el peligro de que la realidad sea muy diferente a sus fantasías; yo he tenido que adaptarme con el paso de los años y reducir mis expectativas, así es como sigo casada —dijo Sofía.

—La obsesión por el matrimonio originada por las presiones, falta de autoestima y reflexión nos lleva a casarnos sin habernos tomado el tiempo y la serenidad necesarios para conocer realmente a nuestra pareja —explicó Andrea—.

La mayoría vemos en el matrimonio un fin y no un medio. Nos ilusionamos por el “día de la boda y vestirnos de blanco” como si fuera un cuento de hadas que termina con la célebre frase “se casaron y fueron muy felices”; pero en la vida real es en ese día precisamente cuando apenas la historia comienza.

—Si la decisión de la mujer soltera se encamina a no apostar por el matrimonio (no me refiero a no casarse, sino a dejar de ver el matrimonio

como un propósito de vida) existen básicamente dos opciones:

1.- Resolver la propia vida a imitación de los hombres. Es decir, desarrollo profesional, preparación, estabilidad económica y relaciones sin compromiso. Las mujeres al igual que los hombres que toman este camino acumulan miedos cuando se relacionan con el sexo opuesto; se acostumbran a su libertad y cada vez la valoran más. Son las típicas personas que de una u otra manera tienden a permanecer solas, como yo —señala Rita sonriendo y continúa:

2.- La segunda opción es que el análisis y la reflexión permitan a la mujer comprender el sentido de su vida en lo individual, pero sin dejar de lado el vínculo amoroso con un hombre. Únicamente si encuentra la realización personal puede relacionarse sanamente, sin una dependencia emocional.

Si un hombre conociera a una mujer independiente emocionalmente, con sus propios proyectos y capaz de dar amor sin querer apropiarse de él, y si este hombre también fuera reflexivo podría poco a poco disminuir sus miedos porque no percibiría en ella una amenaza a su libertad, sino una verdadera compañera.

A mi gusto ésta es la combinación de personalidades hombre-mujer que tiene probabilidades de éxito al relacionarse. Suponiendo que contamos con una pareja de dichas características, entonces ya podemos hablar de cualidades a cultivar para formar una relación estable (llámese matrimonio o unión libre).

—Como ya mencioné, las parejas que van a establecerse a menudo tienen expectativas muy altas del matrimonio, éste es uno de los lastres que propician la ruptura —interviene Sofía—. Al no coincidir la realidad con los deseos proyectados en el futuro, la decepción crea una frustración mayor, en comparación con la generada por un conflicto matrimonial sin precedentes.

—Los conflictos dentro de la relación pueden ser interpretados como la consecuencia de haber tomado una decisión errónea al unirse a esta persona. A medida que se presentan obstáculos o problemas surge dentro de nosotros la duda: ¿debí haberme casado con él/ella?, después de la duda se va creando una afirmación: "me equivoqué en mi elección". Esta certeza interna se dirige a la acción: la separación o el divorcio; ese fue mi caso —dijo Andrea—, mi exesposo y yo cada vez fuimos menos tolerantes uno con el otro porque tal vez esperábamos demasiado de la pareja y fuimos guardando los resentimientos que se crearon por esa falta de tolerancia. Al final todo explotó como una olla express.

Y después con otra pareja en el segundo, o más intentos subsecuentes, creemos que la historia será muy diferente (una vez más tenemos altas

expectativas), puesto que ahora si nos uniremos a la persona "correcta".

—Pero la persona "correcta" no existe, existe un rango de sujetos "normales", con los que uno puede interactuar teniendo relaciones sanas (por decirlo de algún modo). Estas relaciones nunca serán satisfactorias sin una buena dosis de tolerancia, esfuerzo y constancia, que son necesarios con cualquiera que lo intentemos —expresó Raquel por último—... y eso fue todo lo que recordaba de tal conversación.

Capítulo 26

TEOTIHUACÁN

Finalmente, después de recorrer cincuenta kilómetros llegaron a "La ciudad de los dioses", aparcaron el Jeep cerca de la puerta que da acceso a la zona arqueológica.

—Has estado muy callada.

—Perdón, es que nuestra plática de hace rato me hizo recordar una conversación entre amigas. Pero no por eso he dejado de relajarme, hoy me suplió una de ellas en el museo.

—¡Qué bien, ojalá podamos hacer estas excursiones culturales más seguido!

—Hay demasiada gente —señaló Steve—, ¿siempre es así?

—No, ¡claro que no!, es parte de la sorpresa que te tenía reservada.

—Raquel, sabes que no me gustan las multitudes.

—Sí, pero hoy es un día especial y vale la pena hacer el esfuerzo.

Caminaron a paso presuroso para hacer fila en la puerta de entrada.

—Hoy es... —murmuró Steve.

—Hoy es 21 de marzo, día del equinoccio de primavera; un equinoccio es cuando...

—Yo lo sé, no me creas tan inculto y tampoco te creas tan sabia por ser una excelente arqueóloga; un equinoccio es el momento en el que el sol se coloca sobre el ecuador de la tierra; polo norte y polo sur se encuentran a la misma distancia del astro.

—Así es Steve, en el equinoccio el día y la noche tienen igual duración.

—Está bien, pero, ¿qué tiene que ver eso con Teotihuacán?

Por fin llegó su turno e ingresaron a la ciudad, a unos pocos metros hacia delante se mostraba la pirámide del sol y mucha gente estaba subiendo por sus escalinatas, otros más tomaban fotos con sus familiares y amigos.

Había también una especie de peregrinos que vestían ropa de manta color blanco y unas cintas rojas en cintura y cabeza, llevaban en sus manos caracoles, sahumerios e instrumentos de viento, calzaban huaraches pero la tierra estaba ardiendo y después de un rato de caminata pareciera que les doliera la planta de los pies.

Steve viró hacia la izquierda deseando ir hacia la otra pirámide que se veía más pequeña, a lo mejor por la mayor distancia que había entre él y dicho monumento.

Raquel sonrió; no, —le dijo— después iremos a la pirámide de la luna, ahora subiremos la del sol y ahí esperaremos la llegada del equinoccio.

—¿Y por qué tenemos que subir la gran pirámide?

—Bueno, todas estas personas que ves hoy vienen a "cargar energía" y eso de la gran pirámide no es algo del todo cierto, su base mide 222 por 225 metros, la de Keops es un poco más grande, ¿recuerdas?

—Sí, mide 230 metros, en cualquiera de sus dimensiones.

—La pirámide de la luna, que puedes observar a la izquierda —señaló Raquel con su mano— tiene una base de 45 metros por lado y aunque su altura también es de 45 metros, se observa al mismo nivel que la pirámide del sol (que tiene 63 metros) porque está construida sobre un terreno más elevado.

—Vamos— Steve palmeó la espalda de su compañera y tomó aire para soportar lo que le esperaba: 360 peldaños por subir.

Atravesaron la Calzada de los muertos o Miccaohtli, que mide unos dos kilómetros de largo y es perpendicular a la pirámide del sol.

—Explícame, ¿a qué te refieres con eso de "cargar energía"?

—Es un término coloquial para lo que se podría entender como invocar a las fuerzas cósmicas para nuestra purificación. Este día tiene un simbolismo especial porque es cuando se conjugan los opuestos para encontrar un equilibrio: día y noche, luz y obscuridad.

—Pero querida arqueóloga, ¿no podríamos invocar a las fuerzas cósmicas en cualquier sitio al aire libre?, ¿por qué venimos hasta acá?

—Pues, ¿no que eras un investigador con mucha curiosidad y energía?; ¿no necesitabas material de primera calidad para escribir tu libro? —Raquel se río abiertamente—. ¿No aprendiste cuando fuiste a Egipto que las pirámides son sitios místicos, centros de energía?; no hay más que observar la forma de la construcción para darse cuenta de que las

pirámides son resistentes por su gran base y su punta parece tener como fin un contacto directo con los dioses.

—Pues entonces, nos equivocamos de sitio porque esta pirámide no tiene punta Raquel.

Steve miró a Raquel con una sonrisita burlona.

—Bueno, si somos tan específicos debemos decir que éstas a diferencia de las de Egipto no son pirámides sino "basamentos piramidales", precisamente porque termina en una superficie cuadrada y no en punta.

Subieron los primeros veinte peldaños, parecía que Steve ya no estaba en forma porque Raquel lo iba dejando atrás y le devolvió la sonrisa con mofa.

—¿Qué pasó mi investigador, ya se te acabó el aire?

—No, lo que pasa es que estoy reservando mis energías para todo eso —señaló con el dedo el trecho que les faltaba por subir—, ¿qué no has oído el dicho más vale paso que dure y no trote que canse?, Steve respondió con una sonrisa triunfal.

—Hubiera querido subir así las pirámides de Giza, a los egipcios se les olvidó ponerles escalones.

—De hecho, esa es una de las diferencias con las pirámides de Teotihuacán, acaso esto se deba a que se usaban para diferentes fines; en las de Teotihuacán se hacían ceremonias y sacrificios en lo alto de las mismas, la superficie cuadrada al final del basamento servía para tal fin. En Egipto las pirámides son tumbas que ayudaban a los faraones a trascender hacia la vida después de la muerte.

—Pero tengo entendido que también hay semejanzas entre ellas.

—Así es Steve, el ingeniero civil Robert Bauval descubrió que tanto las pirámides de Teotihuacán como las de Egipto están orientadas en la misma posición que las estrellas que forman la constelación denominada "el Centurión de Orión".

Se ha sugerido que ambos complejos piramidales son un mapa estelar donde la calzada de los muertos aquí y el río Nilo allá representan a la Vía Láctea.

—Suponiendo que lo que me dices sea cierto Raquel, ¿cómo es que los habitantes de las dos culturas tenían un conocimiento astrológico tan

basto si no contaban con telescopios?

—Eso sigue siendo uno más de los misterios que rodean a estos lugares, además de la falta de telescopios también la falta de maquinaria para mover semejantes bloques de piedra.

—Sinceramente si me lo preguntas Raquel, yo creo que no son construcciones humanas.

—Si revisamos el material bibliográfico se cree que las pirámides de Teotihuacán fueron obra de los toltecas ya que en el "códice florentino" se les adjudica su construcción; no obstante la cultura tolteca floreció siglos después de la destrucción de Teotihuacán por lo que continua el misterio.

Los pueblos indígenas por tradición creen que los Quinametzin construyeron Teotihuacán, ellos eran una raza de gigantes que poblaron la tierra hace muchos años, probablemente como tú señalas Steve, no fueran humanos.

Para los aztecas y mayas, Teotihuacán fue el lugar donde se originó el quinto sol. ¿Has escuchado hablar del quinto sol Steve?

—Precariamente; los soles eran para los antiguos indígenas como las eras geológicas para los científicos.

—Tienes la idea, pero es importante agregar que cada sol ha terminado con un exterminio de los seres vivientes, lo que ha marcado el inicio del siguiente. El nombre que cada uno adoptó simboliza el tipo de catástrofe que marcó el exterminio.

—Y hoy estamos en el quinto sol, ¿no es así Raquel?

—Sí.

—Creo adivinar como se llama, tal vez... ¿terremoto?

—Similar, se llama movimiento y va a terminar por los temblores en la tierra.

Steve quedó reflexivo por largo rato, últimamente los noticieros estaban plagados de noticias que hablaban de desastres naturales pero sobre todo tsunamis y terremotos en diversas partes del mundo, posiblemente Raquel y los indígenas tenían razón; el final de los tiempos andaba rondando muy de cerca.

Después de algún tiempo llegaron a la cima de la pirámide del sol, mucha gente ya estaba reunida y los peregrinos hacían sonar los caracoles de tal manera que se erizaban los vellos de la piel. Al mismo tiempo el olor a

incienso de copal impregnó el ambiente.

—¿Qué es ese extraño aroma preguntó Steve?

—Es copal, la resina que se obtiene de la corteza de un árbol. En el sahumerio se quema a las brasas y se utiliza como incienso, como ofrenda para ritos de sanación, para pedir por las lluvias y agradecer las cosechas.

Un grupo de danzantes se encontraban entre la multitud, formaron un círculo y cada uno avanzó por turno al centro para que el chamán o danzante mayor los sahumerizara con el copal por encima de la cabeza y rodeara todo el cuerpo con la fragancia, era una especie de bendición o preparación para el ritual que daba principio.

Acto seguido volvieron a la periferia del círculo y comenzaron a danzar a ritmo de los tambores que no dejaban de sonar. Steve nunca había visto nada parecido: los trece penachos multicolores que giraban al unísono con precisión absoluta, el sahumerio con el copal en el centro así como una pequeña ofrenda consistente en semillas que simbolizan abundancia.

El centro del círculo es sagrado según dijo Raquel, por eso los danzantes caminaron hacia el medio para después alejarse hasta el punto del círculo donde inició el rito; un giro a la derecha, giro a la posición primaria y por último giro a la izquierda, todos, los trece, al mismo tiempo haciendo sonar en cada paso sus cascabeles, que representan el sonido de la serpiente.

—Steve, observa: esa danza hacia el centro significa una retroalimentación energética con la tierra. Ella nos da la energía de sus entrañas; pero el hombre le corresponde con el ímpetu de su alma ayudando a la reactivación del sistema energético del planeta.

—¿Tienen algún significado los pasos que realizan, Raquel?

—Cada danza posee ciertas cualidades. Los movimientos tienen relaciones matemáticas, una “geometría sagrada”. Con los pies se está haciendo un llamado a la madre tierra, se le saluda; con los brazos se realiza una conexión con el cosmos por lo que cada movimiento tiene la idea de sanar, crear salud y abundancia. Por último al levantar los brazos se realiza un desprendimiento del espíritu hacia Dios.

A las doce con siete minutos terminó la danza, el sol se encontraba en el cenit, todos los visitantes alzaron sus brazos al cielo en completo silencio, solo retumbó el sonido del caracol, cuatro llamados donde se conjuntaron todas las súplicas, fervores y agradecimientos de aquella concurrencia.

Cuatro largos sonidos de caracol hacia los puntos cardinales, señalaron la llegada del equinoccio.

Capítulo 27

¿ESTAMOS VIVIENDO O SOLO EXISTIMOS?

Steve buscó a Raquel en el museo Frida Kahlo, donde ella trabajaba, quería preguntarle acerca del significado de la palabra "Teotihuacán". Por suerte la encontró en su horario de comida, Raquel estaba muy feliz por su visita, no esperaba verlo ese día sino hasta el siguiente fin de semana.

—Hola, ¿qué te trae por aquí buenmozo, que no pudiste esperar a vernos en la hostería más tarde?

—Hola —Steve tartamudeó un poco—. Perdón, no pensé que te incomodara, no quise buscarte allá porque sé que llegas muy cansada de trabajar. Lo que pasa es que estoy redactando la información del viaje a Teotihuacán; encontré que el Instituto Nacional de Antropología le define como "El lugar donde los hombres se convierten en dioses", lo cual sería mucho más poético para mi libro, ignoro que tan acertada sea esa definición, necesito tu ayuda.

Raquel escuchó a medias toda la explicación, la parte que si captó ampliamente fue la última, oír decir a Steve te necesito, bueno, aunque dijo necesito tu ayuda; para ella ambas ideas eran exactamente el mismo concepto: Raquel ya había ganado un punto a su favor y poco a poco se convertiría en alguien indispensable para Steve.

—Me parece que si lo dijo el INAH, esa definición tiene una validez total, es más no podrías encontrar otra más válida y tienes razón, se escucha mejor que "La ciudad de los dioses" a secas.

—Creerás que soy tonto, ¿cómo se me ocurre venir a interrumpir para preguntarte solo eso?

—Si es tuya, cualquier interrupción es bienvenida —Raquel le guiñó el ojo, causando un leve rubor en las mejillas de Steve.

—¿Sabes?, qué bueno que viniste porque a veces me aburro mucho en este sito. Ya me lo conozco de la A a la Z, los primeros días todo lo que se muestra aquí me pareció muy interesante, ¿sabes qué fue lo que más me gustó?.. la colección de mariposas de Frida, ¿no la has visto?

—No.

—Ven, vamos a ver. Raquel se colgó del brazo de Steve y lo dirigió hasta el cuarto de Frida Kahlo.

—Cuando decidí ser arqueóloga fue por los videos de National Geographic, tenía diez años y soñaba con viajes de exploración y descubrir tesoros en tierras misteriosas ja ja, y mírame recluida en este museíto.

—No seas tan dura contigo misma, hay muchas personas que quisieran tener tu empleo. Probablemente lo que esté mal no sea tu trabajo sino que no posees un equilibrio con los demás aspectos de tu vida. ¿Tienes algún hobby o algo por el estilo?

—No, pero creo que te estás confundiendo, yo te hablo de que me siento mal en mi trabajo, profesionalmente quiero decir.

—Y yo te digo que no solamente eres arqueóloga, sino también un ser humano y una mujer; para conseguir ser feliz y estar bien contigo misma debes de crecer equilibradamente, en el aspecto profesional pero también en el emocional.

Todos debemos de tener tiempo para gozar de compañía de familiares y amigos; también para disfrutar de algún pasatiempo, los hobbies nos hacen liberar estrés, nos proporcionan otra visión de la vida y pueden ser un medio para expresar nuestra fuerza creativa. Lo que quiero decir Raquel, es que si tuvieras otro interés en tu vida además del laboral te sentirías mejor incluso aquí en tu trabajo.

—Pero, no tengo tiempo para eso.

—He ahí el problema, muchas personas se quejan de que su vida es monótona y aburrida, ¿cómo no va a serlo si siguen actuando de la misma forma una y otra vez? Los monótonos y aburridos ¡somos nosotros mismos!

El problema no está en la pareja, en el trabajo o la falta de pasión, eso es la punta del iceberg, la raíz del problema es nuestra mente cuadrada que no es capaz de arriesgar, arriesgarnos a nuevas formas de ser. Y como esto nos da miedo inventamos pretextos como la falta de tiempo.

—No me veo siendo alguien diferente a la que soy, ¿cómo podría dejar de ser arqueóloga, es lo único que estudié? Yo no tengo tu fortaleza para atreverme a tirar todo por la borda y volver a empezar de cero.

—Raquel, somos esclavos de la costumbre tan arraigada de encasillar, de etiquetar lo que vivimos como si fuera algo rígido e inamovible, la costumbre de enfocar y conceptualizar a los demás y a nosotros mismos del mismo modo por muchos, muchos años, a veces la vida entera; hacerlo así nos daña interiormente.

Sería algo magnífico que un día te levantaras en la mañana y probaras no ser tú, hay tantas personalidades en este mundo, ¿por qué día tras día sigues siendo exactamente igual?

No me refiero a cortar de tajo con tu profesión, para nada, no te estoy pidiendo que dejes de ser arqueóloga, simplemente mira tu trabajo con nuevos ojos, relájate, date un margen de movimiento; en lugar de realizarlo con fastidio, prueba a hacerlo feliz, entabla conversaciones con los turistas a los que guías, seguramente ellos también pueden compartirte cosas interesantes; propón algún proyecto, no sé, organiza talleres de dibujo, concursos respecto a los temas del museo como la vida de Frida Kahlo. Y si aquí no tienes libertad para desarrollar tu creatividad, puedes hacerlo en otros aspectos de tu vida, como te mencioné.

Todos tenemos áreas de oportunidad. Por ejemplo: si al caminar echabas los hombros hacia adelante y mirabas el piso por inseguridad, hoy camina erguida y mirando de frente, únicamente porque tienes derecho a hacerlo; con la fuerza de la práctica al rato lo harás naturalmente y habrás desechado un sentimiento de inferioridad totalmente erróneo.

—Ya veo, suena muy fácil pero no lo es, porque muchas de nuestras actitudes son inconscientes, por la costumbre de repetirlas terminamos actuando mecánicamente y sin pensar.

—Eso es cierto, entonces sigue una fórmula:

1.-Primero date cuenta de todo lo que haces mecánicamente, por impulso.

2.-Reflexiona los motivos intrínsecos que te hacen actuar de esa manera.

3.-Después evalúa la veracidad de esos motivos y si esa manera de actuar es en tu beneficio o perjuicio.

4.- Si descubres que es en tu perjuicio o que los motivos son totalmente infundados, que tienen su origen en traumas o mentiras, decídete al cambio.

5.-Ya que estableciste que es un error actuar así, concientiza cada vez que vayas a proceder de la misma manera y detente. Al principio costará trabajo, habrá veces que no recuerdes que debes de actuar diferente hasta después de haberlo hecho. Pero ten paciencia contigo misma, al cabo de un tiempo vas a desarrollar un nuevo patrón de conducta y después tu costumbre será actuar de la manera que elegiste.

—¿Y eso es lo que hay que hacer con cada conducta errónea verdad?

—Exacto.

—En el ejemplo que pusiste de la forma de caminar, lo primero es darme cuenta de que camino encorvada y mirando al piso; lo segundo es saber si lo hago por inseguridad, porque me siento inferior y de dónde es que adquirí ese sentimiento.

Si ya sé que no soy inferior, que esta actitud de caminar así es en mi perjuicio debo remarcarme mi propia valía y comenzar a caminar erguida. Cada vez que vuelva a jorobarme, tengo que hacerlo consciente y de inmediato cambiar mi postura. Después de muchas veces de corregirme en algún momento, sin quererlo, sin pensarlo, mi impulso será caminar mirando hacia el frente. Entonces habré desarrollado un nuevo patrón de conducta.

—Así es, y eso de remarcar tu autoestima es un proceso que nunca debe terminar, porque te hará corregir más actitudes que se derivan de la misma carencia emocional.

—¡Qué interesante!, creo que también me serviría leer algo de psicología.

Steve miró un nuevo brillo en los ojos normalmente apagados de Raquel.

—Ya lo ves, ahora estás apasionada por algo.

—Sí, soy yo la que tengo que cambiar, nadie nos enseña a apreciar el día a día. Nadie nos enseña a ver la vida como una oportunidad y como un juego, en el que vale la pena de vez en cuando quitarnos nuestro traje de gente racional y ser capaz de experimentar sentimientos, pensamientos, cambios de actitud mental que le den a nuestra vida ese sabor que le falta.

—Raquel, la vida es una aventura; ¿realmente tu propia vida tiene los elementos que caracterizan a una aventura?

—¿Cuáles son esos elementos Steve?

—Entusiasmo, sorpresa, admiración ante los sucesos. ¿Qué actualmente te entusiasma, te apasiona, te hace temblar de emoción?

Todos los humanos tendríamos que preguntarnos:

¿Realmente estamos viviendo o solo existimos?

Capítulo 28

AJEDREZ

Hoy de nuevo es domingo, pero a Nora ya no le parece tan malo, se celebra el torneo de ajedrez en el jardín Hidalgo; es su día libre por lo cual no debe preocuparse por la cafetería, afortunadamente sus abuelos se quedarán en casa y ella irá sola al torneo, probablemente se encontrará con el hombre amarillo y pueda agradecerle los folletos que le prestó.

A las diez Nora termina de desayunar su concha de vainilla y el chocolate caliente que tanto le gusta, duda un poco meditando si será bueno ponerse el vestido, aquel vestido de los tiempos de Isaac, el rosa. Nora no era supersticiosa pero no quería "echarle la sal"a su nueva relación.

En fin, no tendría porque volver a salir todo mal; la niña dio el último sorbo al exquisito chocolate y subió a su habitación a arreglarse. El torneo principiaba a las once en punto y no pensaba llegar tarde.

Se despidió de sus abuelos con un beso en la mejilla no si antes recordarle a Antonio que iría acompañada de Isabel, su vecina, y que no tenía que mortificarse. Cerró el portón de su casa dirigiéndose con paso decidido al jardín Hidalgo. En el camino invitó a Isabel al pequeño paseo, ella se acababa de levantar y todavía tenía lagañas en los ojos; no parecía muy convencida de asistir, Nora enseguida le dijo que no había problema que se verían otro día y se despidió moviendo la mano en el aire.

Ya estaban las mesas colocadas y todo dispuesto, el conductor del evento ofreció un discurso de apertura; los jugadores de la primera ronda acomodaron sus piezas en el tablero.

Nora que observaba todo desde la primer fila, de vez en cuando inspeccionaba con la mirada los alrededores en busca de Steve.

—Te ves un poco distraída hoy— escuchó tras de su hombro.

Es él —pensó— y se giró para saludarlo.

—Hola, ¿cómo está?, no pensé encontrarlo por aquí.

—Salí a caminar y me dio curiosidad toda esta multitud, qué bueno que se organicen este tipo de eventos.

—El ajedrez es algo fascinante.

—Sí, así es, ¿tú juegas?

Nora había llegado demasiado lejos en su pretensión de impresionar al escritor, si le decía que sí tarde que temprano Steve se daría cuenta de que no sabía lo más mínimo del juego; si le decía que no, quedaría en ridículo opinando que era fascinante algo que no conocía en absoluto; como de costumbre salió del paso desviando la conversación.

—Por cierto, igualmente fascinantes fueron los folletos que me dio.

—¿Te gustaron?

—Mucho, sobre todo la parte de Egipto y sus pirámides colosales, también me encantó la de Francia.

Inició el juego, Steve dejó de brindar toda su atención a la niña para observar detenidamente los tableros. Nora agradeció al cielo no sentir tanta presión y se relajó.

Después de un largo rato de estar callado Steve comentó:

—La vida es como el ajedrez, o al menos debería serlo, al final de cuentas es un juego, a veces muy apasionante por cierto, a veces algo aburrido. Y las personas que suelen ser triunfadoras son las que se han tomado la paciencia de planear bien sus jugadas. Son aquellas que no tienen prisa por que el juego se defina a su favor, sino que saben esperar a que llegue el momento.

Invierten tiempo y esfuerzo en cada estrategia, imaginan el futuro y planean cada paso necesario para llegar a la jugada que les dará el triunfo. Los mejores jugadores de ajedrez están abiertos a posibilidades, se adelantan mentalmente dos o tres jugadas e imaginan las respuestas del contrincante, están acostumbrados a prever las circunstancias que se avecinan. Se entusiasman y se embeben en el juego, cuando están ante el tablero se desconectan de la realidad circundante, se apasionan, pero si les dan jaque mate en alguna ocasión, no olvidan que "es solo un juego" y vuelven a acomodar las piezas para una partida posterior.

—Sí, la vida debería ser así —contestó Nora—, pero no lo es para mí.

Algo que me resulta muy difícil poner en práctica es esforzarme, sentir entusiasmo por un proyecto y al mismo tiempo no sentir miedo por el resultado.

El miedo de terminar frustrada si no lo consigo, me produce una baja en la disciplina orientada a las acciones para cumplir mi meta. Si soy capaz de disciplinarme de manera constante, no soy capaz de sentir entusiasmo y creer que ya puedo palpar lo deseado con mis manos. Tengo la

sensación de que al no "ponerle corazón" me dolerá menos un resultado negativo.

—Creo que deberías venir más a menudo al club de ajedrez, en tu vida personal te ayudaría mucho aprender a jugarlo; probablemente observar a estos hombres te recuerde que la vida es un reto, pero no deja de ser un juego y uno debe de atreverse a jugar haciendo uso de todas sus habilidades y "mañas" por puro placer lúdico, pero no tomarla tan en serio.

Cada partida jugada no se resume en un ganador y perdedor (aunque así parezca a simple vista), también deja en cada jugador experiencia, conocimiento y una pequeña dosis de paciencia, previsión, tenacidad, entusiasmo, fortaleza y sentido del humor para volver a empezar cuando el resultado no es favorable; las mismas cualidades que se necesitan para vivir de una manera óptima son las que se experimentan en el ajedrez.

En cada vuelta al tablero la personalidad cambia, se hace un poquito mejor que en la jugada anterior y esto es lo más valioso, no en sí el haber ganado o perdido.

—¡Qué bonito sabe hablar, con razón es escritor!

—No siempre fue así, antes era publicista y también hablaba, de hecho era muy convincente, pero hablaba de posesiones, dinero, mentiras y otras cosas más que no me enorgullecen precisamente.

—¿Y también viajaba?

—Sí, pero con otros fines, eran viajes de negocios, para poder incrementar las ganancias de mi empresa.

—Entonces me puede dar una ayudadita con mi pequeño café, yo sé que no es lo mismo pero podría ayudarme con algunas ideas para publicitarlo más y hacerlo crecer. Mi gran sueño es tener una cadena de cafeterías muy rentable y exitosa.

—Me recuerdas a mí hace unos años, tan preocupado por el éxito y el dinero; cuando seas mayor aprenderás que existen cosas más importantes.

Nora lo miró con cara de incredulidad y Steve pensando que no tenía caso seguir dialogando con alguien que no comprendería el significado de sus palabras por más que le explicara, se despidió oportunamente y se fue.

Nora tendría que recorrer su propio camino; la experiencia a lo largo de los años le permitiría aprender y obtener sus propias conclusiones acerca

de lo verdaderamente importante en la vida.

Esa noche, sobre su almohada, Nora pensó más que de costumbre; no sabía qué era exactamente lo que sentía: una especie de amor, de admiración, pero al mismo tiempo de resentimiento hacia Steve por considerarla inmadura, aunque no utilizó esa palabra pero le dio a entender que ella lo era por buscar su superación.

¿Qué tendría de malo si algún día ella se convirtiera en una mujer con un negocio próspero? Cierto que conocía por televisión empresarios muy adinerados que tenían mucho poder social, seres con una gran ambición insaciable. Pero eso no le ocurriría si tuviera éxito en su empresa, Nora sabría hasta dónde parar, ella no se deshumanizaría. Tampoco perdería su sencillez y nunca le dejaría de importar su familia, por pequeña que fuese.

En fin, tal vez el hombre amarillo nunca padeció necesidad, es muy fácil hablar de cosas espirituales y de que el dinero no es importante cuando se tiene la barriga llena. Ella había conocido la otra cara de la moneda, desde chica se había tenido que ganar las cosas, cada bocado, cada muñeca, a ella no se le había dado nada gratis, bueno sí, —sonrío con cierto orgullo— Dios le había dado su belleza, su cara de niña, su cuerpo sinuoso y todo ese conjunto que no era nada de despreciar... totalmente gratis.

Fuera de ello, cualquier cosa que pudiera recordar se la había ganado sola, y después de todo qué bueno; aunque antes no lo comprendía y más bien lo padecía, Nora se había acostumbrado a pelear por lo que quiere, es una mujer de lucha y ningún hombre, ni aún ese hombre tiene derecho a cortar sus aspiraciones.

Poco a poco le fue ganando el sueño y se durmió lentamente, ya no con un sentimiento de amor, o de dolor por sentirse juzgada, estaba enojada; ese enojo sería su motor para cumplir el reto, le demostraría a Steve y a quien fuese que su sueño no se quedaría en eso, ella tenía agallas y el coraje suficiente para convertirlo en realidad. También sería alguien que escribiera de realidades y no solo de fantasía, era momento de madurar, de “tomar al toro por los cuernos”, haría dinero, sería culta y viajaría, así estaría a la altura de Steve o de quien fuera, jamás se volvería a sentir humillada de esa manera.

Capítulo 29

METAS

Steve se presentó en el café de Allende al siguiente día, lamentablemente para Nora, no había nadie más que lo pudiera atender.

La niña trató de fingir indiferencia, pero seguía dolida por lo que anteriormente le había dicho.

—¿Qué le sirvo?

—Lo de costumbre —contestó Steve.

—No sé que es lo que acostumbra tomar.

Steve notando el claro enfado de Nora le sonrió; —vamos, sabes lo que consumo todos los días, desde que vengo nunca lo he cambiado y tú personalmente me lo sirves casi siempre.

Nora no respondió y se dio media vuelta, al cabo de un rato regresó con el expreso.

—Aquí tiene.

—No estés molesta conmigo, ayer no te quise ofender, al contrario, ¿sabes?, hasta se podría decir que te admiro un poco.

Nora cambió inmediatamente su cara de enojo por una de asombro, al ver esto y aprovechando que ninguno de sus abuelos se encontraban en la cafetería, le ofreció asiento.

Nora se sentó sin saber que decir, lo primero que sospechó es que se trataba de otra burla de aquel hombre.

—Me recuerdas a mí porque al igual que tú, hace algunos años todavía tenía ese ímpetu de los jóvenes, las ganas de lograr, de conquistar el mundo.

Admiro esa vitalidad en ti y que al mismo tiempo conserves una gran parte de tu inocencia.

—La inocencia no me ha servido de mucho, únicamente he conseguido que otros se aprovechen y en cuanto a las ganas, ¿de qué sirven si se quedan en eso? En ganas, en proyectos que nunca se cumplen.

—Lo primero que tienes que pensar es ¿qué tipo de persona quieres llegar a ser?

—¿A qué se refiere?

—Por favor ya no me hables de usted, háblame de tú porque me haces sentir más viejo.

Ambos sonrieron y rompieron la tensión de la plática.

—Mira, Nora, ¿verdad? —Steve no había olvidado su nombre, pero quería observar la reacción de la niña al fingir que no se recordaba de él.

—Sí, me llamo Nora; mecionó muy lento su nombre, para que se le quedase grabado en la memoria, en ese momento tuvo un deja vu y rememoró que el mismo temor de ser olvidada ya lo había vivido con Isaac.

—Hay dos tipos de personas en cuanto a la planificación y prosecución de metas:

Existen las personas que no toman la vida muy en serio, son relajados, no se estresan mucho; no tienen grandes ambiciones, son partidarios de vivir el aquí y el ahora. Son denominados despectivamente por la gente que no pertenece a este grupo como "conformistas".

Este sector de la población aparentemente simplista parece tener la capacidad de disfrutar en mayor medida de la vida, pero probablemente no alcancen su propósito en ella, tal vez nunca se preguntaron si había un propósito. No son precisamente ejemplo de evolución.

—Y, ¿el otro tipo?, Nora escuchaba con atención.

El otro prototipo de persona es aquél denominado "ambicioso", es inquieto, siempre proponiéndose proyectos, sufre de pánico ante la perspectiva de quedarse "estancado", se estresa mucho; obviamente a fuerza de empeño y disciplina acaba por conseguir lo que quiere, o algo muy parecido. Si toda esta actividad está enfocada hacia un propósito de vida, previamente descubierto por medio de reflexión, y no es en modo alguno hiperactividad "a tontas y locas", será una persona que avance un punto en el espacio, se ha dirigido de A a B o a Z desde el momento del nacimiento hasta la muerte; en pocas palabras evolución en mayor o menor grado.

—Eso suena bien —interrumpe Nora.

—Sí, pero también tiene sus contras —señala Steve.

—No creo que tengan problemas por lograr lo que desean.

—Claro que tienen problemas, te lo digo por experiencia. Estas personas "progresistas" casi como ley son muy aprehensivas; no disfrutan de sus logros por miedo a perder el status alcanzado y por la costumbre de minimizar lo ya conseguido. Su aprehensión y estrés no les deja disfrutar demasiado de la vida.

—Ahh, entonces, ¿qué se puede hacer?, los problemas en ambos casos parecen ineludibles.

—Sería interesante tener una personalidad que amalgamara las características positivas de ambos grupos.

Planear propósitos de vida, movernos de A a B o hasta Z en el campo de la acción, pero no dejar atrás la alegría y el disfrute. Actuar y conseguir, pero con un placer lúdico, como te mencione ayer.

—Como en el ajedrez —señala Nora.

—Exactamente, aprendes rápido. Éste es uno de los principales propósitos de la vida, vivir en el presente y no en el pasado o futuro.

Poder desarrollar las características positivas de ambos grupos. Si aprendo a hacer esto el noventa por ciento de mi tiempo consciente y en un lapso de aquí a cuarenta años, me doy por bien servido; quizá no me habré movido hasta Z, pero puedo afirmar que si llegué a P en el espacio de la vida.

Nora se quedó meditando lo que acababa de escuchar, parecía estar más confundida que antes, pero lo que sucedía es que había acumulado mucha información que tenía que procesar.

—Tengo que descubrir que tipo de persona quiero llegar a ser, murmuró.

Steve respetó su momento de reflexión y no dijo nada. Finalmente, Nora fue quien rompió el silencio.

—Te equivocas —señaló categóricamente— existe un tercer tipo de persona que no pertenece a ninguno de los otros dos, es la que vive como los "conformistas", pero sueña como los "ambiciosos"; eso lo sé porque así soy yo.

Nora se percató de la contradicción mental en que había vivido hasta ese momento, cuando la verdad le cayó como un balde de agua helada.

Nadie se lo tuvo que decir, sola llego a esa conclusión: vivió en el error.

Se levantó sin decir nada, recogió la taza que Steve ya había desocupado. Caminó hacia a la cocina arrastrando los pies, sin energía, estaba totalmente lívida.

Capítulo 30

LEVÁNTATE DEL FANGO

Esa noche Nora caminó despacio hasta su casa, pateando todas las pequeñas piedrecillas que se encontraba en el camino, se sentía mal; en base a la anterior plática sostenida con Steve creía que ya había desperdiciado los casi veinte años de su vida, tal vez porque ella no había logrado hacer absolutamente nada es que no era una mujer interesante para Steve como esa con la que lo había visto desayunando en la mañana.

Le tomaba demasiada importancia a sus errores, si hubiera ido con Elena ella la habría convencido de que casi era una niña, su vida estaba iniciando y tenía muchos, muchísimos años para moldear su carácter y lograr sus propósitos.

Pero no fue, aunque tenía el impulso de ir no lo hizo, acaso porque temía que Elena la regañase o que le diera más información como la última noche que estuvo con ella. Necesitaba un abrazo cálido sin preguntas, necesitaba que la consolasen aunque en realidad no tuviera ningún problema ni sufrimiento; alguien que no cuestionara, que no se sorprendiera por su cara larga. Alguien que no la juzgara por sentirse triste sin tener un motivo real.

Llegó a casa, abrió el portón y la puerta de entrada con su juego de llaves personal, que le habían entregado sus abuelos cuando cumplió la mayoría de edad. Esas llaves y el haber ido a votar significaron para ella la llegada de la adultez y ahora se avergonzaba de comportarse como una chiquilla.

Insólitamente todo se encontraba obscuro, tanteando con sus manos el barandal Nora logró apoyarse y subir las escaleras, una pequeña luz se divisaba a lo lejos en el cuarto de su abuela; Antonio no estaba, seguramente se había ido a dormir temprano a su propia habitación. Nora se alegró, así podría hablar con Silvia a solas.

Se acercó a su cama, Silvia parecía dormida pero la luz de la pequeña lámpara del buró era muy tenue, Nora se recostó junto a ella e intentó sollozar en espera de una caricia, un abrazo o el ofrecimiento de un chocolate; así era como a menudo nana le quitaba la tristeza.

Se acurrucó en su regazo.

—¿Nana?

La viejecita no despertaba, Nora pensó que se encontraría inmersa en un sueño muy profundo, pero al tocar sus manos heladas se dio cuenta de que estaban anormalmente frías.

—¡Nana!, ¡Nana!, ¡despierta por favor!; Nora suplicante se ahogó en su propio llanto. Acarició y besó sus manos pero nada dio resultado. Tiró frenética de su viejo camisón de franela, pero lo único que consiguió fue rasgarlo.

—¡Antonio!, ¡Antonio! Nora se dirigió al cuarto de su abuelo pero estaba vacío.

Bajó las escaleras a trompicones gritando su nombre: nadie le contestó.

Salió de casa sin llaves, sin nada, inclusive se olvidó de cerrar el portón; no sabía a donde acudir, lo más simple habría sido tocar la puerta de Elena, pero en ese momento de desesperación a Nora no se le ocurrió mejor cosa que ir a buscar a Steve, pese a que lo había visto acompañado esa mañana, su cerebro decidió olvidar totalmente el pequeño incidente; él le comentó en cierta ocasión que su casa de huéspedes estaba ubicada en la calle de Londres.

Corrió tan rápido esas cuadras que Nora ya no puede recordar como llegó a Londres en un santiamén, había una hostería cerca del cruce con Corina. Entró como alma que lleva el diablo, sin registrarse siquiera, subió las escaleras para llegar a las habitaciones, la encargada intentó darle alcance pero no lo consiguió.

—¡Hombre amarillo!,¡hombre amarillo!, repitió Nora con la respiración entrecortada. Uno de los cuartos tenía la puerta atrancada pero no cerrada, a la niña no se le ocurrió tocar y entró con el impulso que ya traía de semejante carrera.

Se quedó estupefacta al observar un hombre tirado en la cama, cubierto todo el cuerpo excepto el cabello amarillo que se asomaba de entre las sábanas.

Sobre de él se encontraba una mujer desnuda que se sobresaltó al ver llegar a Nora.

—Hola mesera, ¿no deberías de tocar la puerta?

La niña a pesar de su pena, el miedo, el cansancio y el asombro reconoció a la mujer: era aquella, la que había visto en la cafetería, primero sola, y después con su hombre amarillo.

El choque de emociones en ese momento fue descomunal para Nora, todo le daba vueltas en la cabeza y cada vez más rápido hasta que se

desvaneció por completo.

Nora se encontraba recostada en su cama, lentamente fue despertando y tenía un gran dolor de cabeza, a su lado permanecía Antonio.

Nora recordaba parte del sueño pero no del todo, era presa de una gran confusión mental.

—¿Qué sucedió papá?

Antonio tenía una gran cara de preocupación.

—Te desmayaste.

Poco a poco comenzó a revivir lo ocurrido, las imágenes se arremolinaban en su mente sin ningún orden.

—¿Me desmayé?

—Sí, te trajo hasta aquí Moisés, el dueño de la hostería de Londres; estabas totalmente inconsciente.

—Ahh, sí, fui a su casa porque... porque —Nora enmudeció unos segundos.

—Papá, papá —Nora sollozó desesperadamente—, ¡papá dime que no es cierto, dime que no! Papá, ¿por qué vistes de negro?, ¿dónde está nana?

—Sí... es cierto mijita, tu nana ya está en el cielo. Allá en el jardín hay personas esperándonos; las puedes ver por la ventana, todas visten de luto porque están muy tristes por lo que le pasó a tu abuela. Debemos bajar para ir en procesión hasta el panteón. Vístete, aquí tienes un vestido negro. Te espero afuera.

Antonio se dio media vuelta y cerró la puerta. Nora se sentía dentro de una terrible pesadilla. Ella nunca vestía de negro, no le gustaba hacerlo, no quería ponerse ese vestido, se rehusaba con todas sus fuerzas, se le revolvió el estómago.

No es verdad, no es verdad, se repetía sin cesar meciéndose en la cama y abrazando su almohada. Se volvió a sentir totalmente desprotegida, confundida, indefensa, igual que de niña. Y volvió a sentir ese sabor amargo que le engarrotaba la garganta hasta el punto de no poder tragar saliva.

Se levantó de la cama realizando el mayor esfuerzo que se le haya podido

pedir en su corta vida.

Ella no quería ir al sepelio, ella solo deseaba volver a la inconsciencia y quedarse así, sumergida en la nada eterna.

Se enfundó el vestido, todo lo que hacía, cada paso, todo era un deja vu. Todo se asemejaba a ese funesto día en que tuvo que enterrar los objetos que se recobraron del accidente de sus padres. Nora no tenía una tumba en donde visitarlos, en donde llorarlos y sentir el consuelo de que si no sus almas al menos sus cuerpos estaban cerca de ella. Todo le recordaba aquel día, todo, incluyendo la misma actitud fría carente de toda delicadeza con que Antonio le dio la noticia; pero si que había una gran diferencia, en ese entonces estaba nana para consolarla, ahora… a ella también la perdía.

Bajó las escaleras tomando firmemente el barandal, Nora revivió la noche anterior cuando estaba totalmente a obscuras y se tuvo que aferrar al hierro helado para evitar tropezar. En la sala se encontraban personas que ella nunca había visto; estaba Isabel, también Elena que al mirarla la abrazó cálidamente, no le dijo nada, pero en ese abrazo le comunicó todo lo que tenía que decir: que no estaba sola, que la tenía a ella y que su nana al igual que sus padres la cuidaban desde el cielo.

"Busca la fuerza en tu corazón", eso fue lo que Nora escuchó como un susurro muy quedo cuando Elena la rodeó, sin embargo ella no había pronunciado ninguna palabra.

La procesión bajó la colina, el cielo también parecía triste, a lo lejos en el horizonte se podían ver algunos azules y lilas, nubes negras auguraban la pronta aparición de una borrasca. El sacerdote abrevió su sermón, toda la ceremonia se realizaba en diez minutos por temor a los estragos de la tormenta. No obstante enfatizó el hecho de que nuestros familiares ya están en compañía de Dios y los que nos quedamos aquí no estamos solos.

Leyó el capítulo 1 de Josué; Nora no comprendía, ni siquiera escuchaba las palabras del padre, al llegar a la fosa no se pudo sostener más en pie y cayó de rodillas.

Pero cuando él exclamó: "Durante todos los días de tu vida, nadie será capaz de enfrentarse a ti. Así como estuve con Moisés, también estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré", Nora volteó la mirada que hasta entonces se mantenía totalmente fija, sin ningún movimiento, siquiera un parpadeo.

La niña, totalmente abstraída, no atendió al versículo completo, solo el final: "No te dejaré ni te abandonaré", ese era el mensaje que sus oídos querían escuchar; no lo comprendía, dudaba, pero todavía en su corazón

existía una pequeña chispa de fe que le hacía creer que “alguien” se ocuparía de ella.

Acaso ese era el mensaje de sus padres, acaso era el de un Dios que no permanecía tan apartado de sus criaturas como ella solía pensar.

No te dejaré ni te abandonaré, repetía en sus adentros y comenzó a mecer su cuerpo de la misma manera que lo hacía cuando necesitaba consuelo o esperanza. Empezó a mecerse para calmar su aflicción.

—Nora, ya párate, se avecina la lluvia —Antonio quiso levantarla jalándola del brazo y Nora se soltó.

—Déjame, yo llego después.

—Niña, te vas a empapar, vámonos ya, debemos recibir en casa a esta gente.

—No, yo no. Yo necesito estar a solas con mi nana.

Viendo que era imposible hacerla desistir, Antonio convidó a los asistentes al sepelio a guarecerse de la lluvia en su casa explicando que Nora estaba indispuesta y que pronto les daría alcance.

Cuando Nora vio que estaba totalmente sola, pudo por fin expresarse, un grito ahogado seguido de gemidos no fueron suficientes para vaciar su alma, pero ayudaban. Las gruesas gotas de agua caían sin parar, el cielo lloraba y Nora también.

El alma de Nora se desgarraba por dentro; cuando ocurrió la muerte de sus padres no pudo tener desahogo alguno, en sus fracasos amorosos tampoco, pero hoy Nora se quejaba por todas esas pérdidas y reclamaba con lo que aún le quedaba de fuerzas.

Sus reclamos, súplicas y dudas denotaban los sentimientos de soledad, abatimiento, desesperanza,
frustración, impotencia, e indefensión en los que Nora se revolvía.

Después de varios minutos se quedó sin energía... totalmente vencida y en silencio. Estaba empapada y llena de lodo.

Una voz imperativa bramó desde sus entrañas:

Levántate del fango, te tienes a ti misma y eso es suficiente.

Capítulo 31

TIEMPO DESPUÉS

Steve y Nora viajaban rumbo a Manzanillo, a pesar de todos los esfuerzos de Antonio y Raquel por evitarlo, celebrarían su boda el siguiente sábado.

Nora nunca había volado en avión y se encontraba muerta de miedo.

—Mejor nos deberíamos de casar aquí, en la catedral de Coyoacán, como te lo había propuesto.

—Te vas a enamorar de "Las Hadas", es un hotel con torres y callecitas empedradas, con faroles y construcciones blancas; todo ambientado con un romántico ambiente morisco. Además no hay como casarse junto al mar.

—Es que no me quiero subir a uno de esos pájaros de acero, que tal que cae y ya ni siquiera llego a ser tu mujer ni a cumplir veinte años.

Steve sonrió, su futura esposa le hacía pasar ratos muy entretenidos —No te preocupes amor, no sucederá nada, yo estoy aquí para protegerte.

Nora torció los labios no muy convencida y subieron las escalerillas que los conduciría al interior.

Las noticias anunciaban alerta de ciclón en las costas del Pacífico y habían estado a punto de cancelar el viaje por temor a que el clima les arruinara la ceremonia. Pese a esto, pudieron aterrizar sin ningún problema.

El sol de hecho quemaba la piel, la brisa acariciaba las piernas de Nora, era un aire cálido y húmedo como el típico de la costa. La Suburban ya los estaba esperando, el chofer cargó sus maletas y los ayudó a subir.

Desde el aeropuerto Benito Juárez hasta ahora, todos los que se habían dirigido a Nora la habían llamado "señora", lo cual la hizo sentir muy extraña y vieja a pesar de su edad.

Llegaron al hotel, el cual tenía un toque muy antiguo. En la vereda que lleva al lobby, dos estatuas blancas les salieron al encuentro, ambas con su pequeña corona; la primera sostenía en su mano una varita mágica y la otra señalaba con su dedo hacia el frente: eran Melusina y Estérala, dos famosas hadas de la mitología griega.

El chofer les explicó que a ellas se debe el nombre del hotel ya que la leyenda cuenta que algunos navegantes durante las noches,

especialmente de luna llena, veían a lo lejos unas siluetas iluminadas bailando sobre el agua, las cuales se observan hasta el día de hoy; ésta ilusión óptica se debe a la presencia de fósforo y minerales en la arena, por lo que se desprende un vapor con pequeñas partículas doradas sobre la superficie del mar.

Se registraron y dieron un pequeño paseo por el lobby, el cual era totalmente retro, se tomaron fotos junto al reloj de más de dos metros de largo que se recargaba en una columna, era de madera finamente labrada y garigoleada; daba la impresión de al menos contar con cincuenta años, al igual que las sillas y todo el mobiliario. Tomaron fotografías al caballito de metal que situado junto a la zona de auriculares y al escritorio del concierge que lucía totalmente desteñido, haciendo gala de un aspecto muy rústico.

La suite en que se alojarían estaba un poco retirada, los llevaron en un carrito de golf, que se desplazaba por las pequeñas callecitas empedradas. Pasaron frente al restaurante Legazpi, el rincón del suspiro y de varias fuentes de piedra que mostraban rostros felinos, para finalmente llegar a su habitación.

Todos los muebles y enseres del cuarto eran blancos lo cual daba una sensación de tranquilidad, de que el tiempo se detenía en ese mágico lugar; la suite contaba con tina y además un pequeño jacuzzi privado con vista al mar.

Desempacaron, durmieron por espacio de veinte minutos, tomaron un breve refrigerio en el restaurante "Los Delfines" y a las cinco de la tarde, Steve (muy a su pesar) tuvo que despedir a la novia para que la prepararan; fue a saludar a John que había viajado desde Miami para oficiar el matrimonio de su querido amigo.

—Hola Stivie, —se estrecharon en un fuerte abrazo— hace ya tiempo que no te veía, ¿cómo te ha ido? Luces muy bien, no creí que te casaras tan pronto.

—Así es la vida John, uno termina haciendo lo que jamás pensaría volver a hacer. Pero es que no conoces a Nora, si lo hicieras me comprenderías, ella es increíble.

—Seguro lo es hermano, para que la hayas elegido como esposa, tiene que serlo.

—Muchas gracias John, significa mucho para mí que tú nos cases.

—Olvídalo, no me lo perdería.

—Me voy a cambiar, te veo al rato.

—Sí Stivie, me alegra mucho que estés comenzando una nueva vida.

A las siete en punto inició la ceremonia.

Pétalos de rosas blancas indicaban el camino que debía de seguir la novia hasta el altar, a los costados un gran número de tulipanes le conferían colorido al lugar, las sillas estaban adornadas con telas blancas vaporosas, todas las torres y los corredores alumbrados por faroles; sin embargo la torre de la luna resplandecía más que de costumbre; los centros de mesa eran conchas de mar ornamentadas con pequeñas perlas y tanto las servilletas como los manteles estaban hechos de cachemira.

Al final del camino de pétalos una imagen de ensueño apareció cubierta de blanco. Era Nora que iba del brazo de su abuelo, el cual no aprobaba el matrimonio pero le había prometido a Felicia ser él quien la entregara en el altar, en caso de que ellos ya no estuvieran.

Nora parecía la tercer hada que daba la bienvenida al lugar, envuelta en organza blanca y seda caminaba despacio y rítmicamente, la brisa hacía ondear su larga cabellera y las finas telas de su vestido, destacando a contraluz su delgada figura.

Lucía los pendientes de su madre, lo único que le había quedado de ella, eran unos rubíes que habían pasado de generación en generación.

Las cintas de su vestido revoloteaban alrededor suyo, mecidas por el viento. Steve quedó enmudecido ante esta visión etérea.

Se tomaron de las manos para pronunciar sus votos, frente a frente, todo miradas, todo roce de piel y un profundo amor que impregnaba ese cuadro atemporal.

Al terminar la ceremonia los recién casados se ubicaron junto al mar, cerca del piano que había sido instalado en una tarima.

Se escucharon las primeras notas de la melodía, el primer baile de los esposos era “Pide al tiempo que vuelva”; todos los detalles de la boda y el hotel mismo estaban impregnados de un aire retro: con esta melodía los presentes se trasladaron a los setentas, quizá sesentas y a sentir la melancolía pura de ese amor prohibido, separado, arrancado por el tiempo.

Esa distancia hiriente, alucinante del amor eterno que traspasa los límites temporales, pero se debate en la agonía anhelante de volver a unirse para

siempre, tal vez en otro mundo.

Terminando el baile Steve y Nora sellaron su amor con un profundo beso y los fuegos artificiales adornaron el cielo nocturno; durante media hora iluminaron el firmamento con todo tipo de formas y colores centelleantes.

Fue realmente una boda muy hermosa y emotiva. Los novios se despidieron; la novia aventó el ramo ante los presentes. Se dirigieron a la suite nupcial, mientras los invitados seguían divirtiéndose.

Steve cargó en brazos a su ahora esposa, como es tradición. Ya en el interior de la habitación Nora se encontraba pálida y tímida, él notándolo trató de tranquilizarla con su plática para romper la tensión del momento.

—¿Te gustó nuestra boda?

—Me encantó Steve, soy muy feliz, jamás soñé que me casaría con alguien como tú.

—No digas eso, tú eres muy valiosa; tu corazón cálido y sencillo me conquistó. No podría haber encontrado mejor mujer para casarme.

—Mi abuelo no está de acuerdo, trató de hacerme desistir, piensa que voy a abandonar la cafetería, que ya no me va a importar; pero al contrario, estudiaré la preparatoria abierta para después graduarme en administración y hacer resurgir el negocio familiar.

—Tal vez no sea solo eso amor, te llevo muchos años, más de quince: es lógico que tu abuelo se muestre un poco hostil ante eso; pero bueno, no es momento ahorita de pensar en tu abuelo, eso lo solucionaremos después.

Steve besó a Nora en el cuello, con dedos ágiles y movimientos casi imperceptibles fue desabrochando uno por uno los botones de su vestido.

—Es momento de pensar en nosotros, en todo lo que nos amamos, déjate llevar y respira profundo…

Nora comenzó acariciando su nuca, primero con dedos temblorosos y después, poco a poco su tacto fue haciéndose cada vez más firme, tiró del cabello de Steve cuando este tocó con la punta de la lengua uno de sus pezones.

Parecía que la seda del vestido irritara su piel pues Nora tenía prisa por desafanarse de él y quedarse desnuda frente la mirada ardiente de su

marido.

Steve la tomó entre sus brazos y la llevo al jacuzzi privado donde los esperaba una botella de champagne. El hombre amarillo sumergió a su esposa en el agua que desprendía un suave aroma a jazmín y lavanda, se recostó a su lado y le sirvió una copa.

Nora nunca había bebido champagne, solamente conocía el vino de mesa y los licores que se servían en la cafetería cuando a hurtadillas de sus abuelos había probado uno que otro.

El líquido burbujeante aclaró su garganta, rápidamente nubló sus sentidos; correspondió apasionadamente a todos y cada uno de los besos de Steve, ambos se convirtieron en un solo cuerpo.

Nora ya no sabía dónde terminaba su físico y dónde iniciaba el de su marido; comenzó a jadear, perdió la noción del tiempo y del espacio, perdió la noción de ella misma y sintió olas de vibraciones que se arremolinaban en su interior, en su entrepierna, vibraciones incontroladas que subían y bajaban sin pudor alguno, rítmicamente, al unísono con las embestidas de su esposo.

Todo era sensaciones: tacto, sabor, olor a jazmín, olor a sexo, jadeos, burbujas de champagne resbalando por el cuello de Nora que eran degustadas con absoluto placer. Ella gritó tan fuerte como pudo al llegar el orgasmo, el culmen de la felicidad.

Y así, cansados, sonrientes bañados en champagne y en jazmín se quedaron abrazados disfrutando los últimos fuegos artificiales de la noche.

—Mañana nos vamos a los Ángeles.

—Primero me subes a un avión y ahora un crucero.

—Pero no es cualquier crucero, es el Mary Queen 2. Después del Titanic es el crucero más grande del mundo y el más lujoso; tiene quince restaurantes, cinco piscinas, teatro, un casino, salón de baile, canchas de golf, tenis y lo más importante: el primer planetario en el mar.

—Wow, ¿todo eso en un barco?

—No en balde se tardaron cinco años en construirlo y costó ochocientos millones de dólares.

—¿Y cuántas personas caben ahí?

—Vamos a hacer sobre mil doscientas cincuenta incluida la tripulación; el barco mide 347 metros, es enorme, te impactará.

—¿Y un barco tan grande puede atracar en esta marina?

—No, pero para eso están los transbordadores que nos llevarán hasta el Mary Queen 2.

Nora le corrigió —son lanchas.

Steve sonrió —no, son transbordadores, y si ya eres mi esposa debes de aprender a expresarte como tal.

Nora hizo un gracioso mohín —Sí, señor.

A la mañana siguiente la niña-mujer se encontraba en la proa, sintiendo la brizna de aire fresco en su piel, sosteniendo una libreta en la mano titulada “diario de Nora Taylor” y surcando el mar a 26 nudos de velocidad.

Capítulo 32

ESA MUJER

—Hola mesera.

Nora no respondió, se limitó a señalar la mesa del fondo con la mano.

—No vengo a comer, vengo a advertirte.

El corazón de Nora latió más fuerte, le hervía la sangre, ¿cómo se atrevía esta señora primero a humillarla, luego a coquetearle a su marido y finalmente a presentarse en su negocio para hacerle una advertencia? Esto había llegado demasiado lejos.

—No necesito que me adviertas nada, más bien te voy a advertir yo a ti que no eres bien recibida, no te quiero volver a ver por aquí.

—Vaya, vaya, ¿qué dirían los dueños de este café al ver que su mesera trata así a los clientes?

—El dueño de este café es mi abuelo, por lo tanto también soy la dueña, yo le sabré explicar; entonces, si me permites —Nora señaló la salida— tengo muchas cosas que hacer.

—Está bien, veo que no te gustan los rodeos, entonces iré al grano. Voy a tener un hijo de tu marido.

Nora no pudo disimular el asombro y soltó una carcajada para ocultar su nerviosismo —eso no puede ser, acabamos de regresar de nuestra luna de miel.

—Ocurrió antes de que Steve se casara contigo, recuerda, tú estuviste ahí. Fue la noche que llegaste corriendo a la habitación de Steve en la hostería y al verme con él te desmayaste. No ha sido la única vez Nora, ¿por qué no se lo preguntas?

Nora recordó esa trágica noche, se le hizo un nudo en la garganta, fue la noche que murió su abuela. Raquel se dio media vuelta con una sonrisa en los labios, había ganado esta batalla.

Nora se sentó lentamente en la silla que tenía más próxima, sin decir ni una palabra; Juanita, le tendió la mano para acariciarla. Antonio llegó con las bolsas del mandado y al ver a su nieta pálida y sentada sin hacer nada, se acercó.

—Ahh, ya te enteraste.

Nora volteó a verlo incrédula. —¿Lo sabías y no me lo dijiste?, me podías haber ahorrado la humillación.

—No lo hubieras creído si yo te lo hubiera dicho, tenías que escucharlo directamente de ella. Te dije que no te casaras, no es un buen hombre.

Nora dudó un momento ya no sabía que pensar sobre Steve.

—Abuelo, es que yo… yo creí que estabas celoso, que tenías miedo de que estando casada abandonaría la cafetería y te dejaría solo.

—Nora, yo sabía que me dejarías desde hace muchos años… es la ley de la vida.

Sabía que algún día te casarías pero no pensé que lo hicieras tan pronto y menos con un tipo que te lleva dieciocho años: ya ves las consecuencias.

Antonio dejó a Nora sumida en sus cavilaciones y se dirigió a la cocina.

Esa tarde después de organizar los cubiertos Nora salió de la cafetería rumbo a la casa que alquiló junto con Steve. No sabía lo que debía hacer: ¿qué sería lo mejor?, ¿decírselo o esperar?, y si se lo dijera: ¿en qué tono sería?, ¿de decepción o de enojo?

Resolvió que lo encararía y que los argumentos le saldrían por sí mismos.

Steve estaba en casa, al escuchar el sonido de la chapa se apresuró a abrir la puerta.

Sonrió al verla —hola amor, ¿cómo te fue hoy?

Nora pasó de largo hacia la sala y se sentó en el love seat, rápidamente corrigió y se colocó en el sillón individual; no deseaba tener a Steve tan cerca.

—¿Qué pasa?, tienes muy mala cara.

—¿Qué cara quieres que tenga cuando me acabo de enterar que vas a tener un hijo con otra?

—¿Qué?, ¿pero de dónde sacaste semejante estupidez?

—Ninguna estupidez, fue la misma Raquel a decírmelo a la cafetería.

—Pero si yo nunca tuve nada que ver con Raquel, solo éramos amigos.

—El problema es que si lo hiciste, yo misma lo vi, fue la noche que murió mi abuela. Te busqué en la hostería y al entrar en tu cuarto la vi a ella desnuda, montada sobre ti.

—Yo no recuerdo nada, esa noche salimos y tomamos cervezas, pero ni siquiera sé como llegué de regreso a casa.

—Pues entonces ocurrió, si no lo hubiera visto con mis propios ojos no lo creería. ¿Y sabes qué es lo que más me duele?

Yo te dije que deseaba embarazarme pronto, que quería un hijo tuyo; respondiste que si seguía contigo tenía que abandonar esa idea, que tú no volverías a ser padre por lo que le ocurrió a Jean… y ahora lo vas a tener con esa mujer.

Capítulo 33

MI JAULA DE ORO

El libro de Steve fue todo un éxito, vendió millones de ejemplares. Los Taylor se mudaron a una de las zonas más exclusivas de la Ciudad.

Nora había iniciado la preparatoria en línea y él se preparaba para publicar la secuela de su libro.

Steve complacía en todo a su mujer: le regalaba vestidos caros y joyas para tratar de reparar su falta. Nora se aprovechaba un poco del cargo de conciencia de su marido, que aunque la sermoneaba diciéndole que la vida debía ser sencilla y que el dinero no compra la felicidad, solía ceder cuando ella le pedía que le comprara cualquier capricho.

Nora estaba viviendo la vida que deseaba desde niña, una vida llena de opulencia y lujos, pero sin libertad. Al principio a ella no le importó; ella que había padecido hambre, ella que había tenido que usar zapatos con suelas llenas de agujeros por donde se metía el agua de lluvia, ella a la que las vecinas le regalaban ropa que ya no querían; ella, ahora, se pavoneaba por las calles de Coyoacán conduciendo un Mercedes Benz ante las miradas atónitas de sus amigas. Asistía a las cenas de beneficencia vistiendo de largo y Prada; se codeaba con la crema y nata de la sociedad mexicana.

Su casa de tres pisos y 760 metros cuadrados recubiertos de duela de iroko africano era realmente imponente: cochera para siete autos, piscina, cancha de tenis; un enorme jardín con muchos naranjos que había mandado plantar, puesto que en sus años de su juventud contó con un único naranjo que la acompañaba en sus horas de soledad cuando añoraba a su mamá. Hoy tenía decenas de naranjos, tulipanes, limoneros y un invernadero que Steve construyó para ella.

Con la finalidad de recordarle que había sido más fuerte que las circunstancias porque había logrado volver a creer en el amor colocó en el centro del jardín una gran fuente que era alimentada por un riachuelo empedrado.

Era una fuente bailarina programada con un timer digital, el cual se accionaba todos los días a las siete de la noche en punto; la pequeña serenata nocturna de Mozart se escuchaba en todos los rincones del jardín, la fuente se iluminaba de diversos colores eléctricos: primero magenta intenso, después verde fosforescente y azul rey; los borbotones de agua se acrecentaban y reducían al ritmo de la música.

Todo este espectáculo solamente para recordarle a Nora todos los días que ella era una sobreviviente, que había logrado superar los dolores del amor y el posterior recelo que generan.

Acabando Mozart se escuchaba Nessun dorma de Puccini. Con esto Steve no solo pretendía acrecentar la esperanza de Nora, también deseaba refinarla e inculcarle el gusto por la música clásica.

Con una copa de vino blanco se sentaba junto a ella a la entrada del jardín todas las noches para llenarse de esos colores, de esa música; de la alegría y energía de Mozart expresada en sus marcatos así como de la dulzura y apacibilidad de sus adagios, para luego vibrar con el idealismo de Nessun dorma. Creía que este momento reforzaba su unión día tras día; y lo hacía, éste era el momento cotidiano más esperado por Nora.

Pero a poco la emoción del momento se fue diluyendo y tal como lo predijo Elena, cuando el estímulo es constante y está a nuestra disposición la felicidad es como agua que queremos aprisionar pero se escapa de nuestras manos por cualquier recoveco.

Nora se acostumbró a su nueva vida de rica y dejó de valorarla al colocar el lente de aumento en lo que le hacía falta.

A su casa le llamaba su "jaula de oro" con un tono irónico, ya que si bien Steve por un sentido de culpabilidad había cedido en no someterla a una "vida sencilla" (como él la llamaba), no había consentido que su esposa socializara de más, ya que era una mujer casada y como tal, pasar tiempo con sus amigas inmaduras no le iba a ayudar en mucho y le podía meter ideas locas en la cabeza.

Tal vez Steve solo anhelaba tener el control porque sentía miedo a perderla, como perdió a Claire, probablemente en esta segunda ocasión por eso se casó con alguien mucho menor que él, para poder controlarla y moldearla a su forma más fácilmente. Sin que lo notara, su posesividad iba progresivamente en aumento.

Steve Taylor por otro lado tampoco era del todo feliz, ya que sentía que estaba traicionando sus ideales más puros y todas las convicciones que le habían costado perder su carrera y su vida anterior al volver a tener una vida centrada en el dinero.

Después de siete meses Nora cayó en la cuenta de que tenía veinte años y nunca vivió su adolescencia: desde muy niña tuvo que enfrentar la pérdida de sus padres, tuvo que trabajar para ganarse el sustento, no se dio tiempo de irresponsabilidades, de jugueteos, salidas con los amigos,

noches de cine, café con las amigas, etc.

Todas esas experiencias ocuparían hojas en blanco en el nuevo diario cuya escritura inició en su luna de miel, de hecho las hojas en blanco serían el claro indicio de que algo faltaba ahí, algo estaba inconcluso; sin embargo, eran tantas las “vivencias no vividas” que aún no merecían la más mínima presencia en su libreta. Esas páginas blancas se convertirían en el mudo testigo de su vida coartada, hasta para ella misma resultaría bochornoso la mayor cantidad de hojas vacías en comparación con las escritas.

Amargamente tuvo que admitir que en eso era idéntica a Steve, ambos centraron sus vidas en cumplir con el deber.

El espíritu eufórico que inundó los primeros días de la opulenta vida de Nora se convirtió en apatía, depresión y falta de energía. Cuando Steve le cuestionaba por este nuevo estado de ánimo Nora respondía que estaba cansada, tenía jornadas extenuantes con el trabajo y la escuela.

Capítulo 34

LA ESCONDIDA

La sirena de la ambulancia resonó en el kilómetro 27 de la carretera México-Toluca la madrugada del dos de julio; un Mercedes Benz SLK rojo voló hacia el despeñadero. El saldo total fue de cuatro muertos y un lesionado en estado crítico.

Las causas del accidente fueron exceso de velocidad, la ausencia de una barrera de contención y el alcoholismo de la conductora.

Según los peritos el siniestro fue provocado por una colisión de alcance lateral, que desvió el SLK fuera de la carretera. Se encontraron huellas de derrape sobre el carril central y lateral derecho. Por la velocidad calculada y la distancia hacia donde fue encontrado el auto, se cree que éste estaba invadiendo el carril de alta velocidad, cuando el otro conductor le dio alcance y colisionó en la salpicadera izquierda.

En el carril de alta velocidad se observan huellas de frenado, estas huellas corresponden a llantas pertenecientes a un tráiler o camión de carga (el cual no se encontró en el momento del peritaje debido a que el conductor se dio a la fuga).

Se procedió al reconocimiento de los cadáveres por medio de las piezas dentales, ya que el coche estaba totalmente calcinado.

La única persona sobreviviente se encontró a cinco metros del lugar por lo que se presumió que fue lanzada contra el parabrisas en el momento del impacto.

Isabel la convenció. Ella, David, Ernesto y Fernando, irían a pasear a la Marquesa.

Nora solo había salido de Coyoacán cuando fue a Manzanillo en su luna de miel; decidió que ya que había dejado a su marido (al menos temporalmente mientras él recapacitaba), podía darse el permiso para salir con personas de su edad y empezar a llenar esas hojas vacías que tanto le incomodaban.

Desayunó en el negocillo familiar y Antonio no le puso ninguna objeción ya que en su opinión lo sano era que su nieta conviviera con adolescentes como ella.

David e Isabel llegaron a la cafetería.

—Hola Nora, ¿cómo estás?, te presento a mi primo David.

—Hola —David le sonrió amablemente, pero se notaba que la chica le encantó.

—Bueno, vámonos ya, se nos hace tarde —Isabel interrumpió el momento ya que David no dejaba de estrecha su mano.

—Oigan, ¿de quién es ese Mercedes que está afuera?

—Mío —respondió Nora.

—Yo vine en mi bochito pero lo que diera por manejar ese coche, disfrutaríamos mucho más porque en carretera ha de correr muchísimo.

—Pero eso es peligroso —espetó Nora.

—No, yo manejo desde los quince años —repuso un David autosuficiente— no será para mí ningún problema, son más de diez años de práctica.

—Sí, pero al mejor cazador se le va una liebre y salir a carretera hasta donde sé no es cosa de cuento.

—Conmigo van seguras —afirmó David queriendo causar admiración en Nora— además es domingo y no hay tráfico.

—Pues bien, si el primo de Isabel lo dice, por mí no hay objeción —sonrió entregándole su llavero.

Ernesto y Fernando ya estaban en la banqueta esperando, Nora se colocó en el asiento del copiloto, David al volante y los demás atrás. Llegaron a Santa Fe, únicamente en Los Ángeles Nora había visto edificios tan grandes.

—Ésta es el área de los corporativos —explicó Fernando.

—¿A qué te refieres con los corporativos?

—Es algo así como el centro de operaciones de grandes empresas, las oficinas centrales. Y cerca de aquí en la carpa Santa Fe se presenta el Cirque du soleil.

—Nora se quedó en blanco, pero ya no quería preguntar por el temor de siempre, ella era una mujer que no conocía muchas cosas, quizá

demasiadas.

David la volteó a ver de reojo —es el circo del sol, reconocido mundialmente por la calidad de sus shows.

Pagaron en la caseta de cobro y en poco tiempo ya estaban en el kilómetro treinta y dos, llegando a la Marquesa; montaron a caballo, rentaron bicicletas, carritos de carreras, contaron historias de terror, chistes y anécdotas; finalmente en una de las cabañas comieron unas deliciosas quesadillas hechas de tortilla de maíz azul,chalupas, tlacoyos de haba, de requesón y frijoles.

Bebieron cervezas y algunos refrescos. Ya entrada la tarde decidieron regresar a la ciudad. Nora se encontraba realmente bien y sintió tristeza de que la experiencia terminara tan pronto, David la abrazó para consolarla.

—Tengo una idea, aquí adelante está "La Escondida", es un restaurante en medio del bosque. Podríamos seguir ahí.

Isabel repuso —se nos va a hacer más noche y no es bueno que conduzcas en carretera con poca luz.

—No tenemos que regresar, la Escondida también es un hotel, nos pueden rentar unas cabañas y mañana temprano nos vamos a casa.

Llegaron al pequeño declive empedrado que señala la entrada "La Escondida" en el kilómetro treinta y ocho, solamente un espectacular del restaurante indicaba donde hay que virar para accesar al lugar.

—Yo he venido desde chico con mis padres, pero un novato fácilmente se pasa de largo en esta curva, no hay mucho que señale que por aquí se puede entrar— afirmó David muy conocedor.

La estatua de un chef gigante (el ícono emblemático del lugar) les dio la bienvenida y a continuación descendieron una pendiente profunda hasta el estacionamiento.

Nora bajó del auto y se quedó boquiabierta, nunca había visto algo tan bonito, ni siquiera su Coyoacán querido se asemejaba.

Este restaurante rústico realmente está enclavado en un bosque: árboles de más de quince metros, cascadas, arroyos, matorrales con formas de animales, castillos, duendes, un puente y una gran variedad de vegetación dispuesta en desniveles fueron los causantes de que Nora se encontrara en el edén.

David la tomó por el hombro —¿precioso, no es cierto?, por algo dicen que este lugar es un pedacito de cielo en la tierra.

Caminaron a la entrada del restaurante, donde un tapete con logotipo rezaba “la Escondida restaurante bar”, y en el escalón inferior “Gran hotel Austria”.

El valet parking estacionó el Mercedes, pensando que recibiría muy buena propina y que tendría que evitar el más mínimo rayón o portazo si no quería meterse en problemas.

Subieron los escalones, a la derecha se encontraron con un duende de traje azul colocado sobre una cascada, el sonido del agua surtía un efecto tranquilizador; a la izquierda, un hermoso quiosco de madera y piedra que en el centro era alumbrado por un farol; llegaron al restaurante que tenía ventanas de piso a techo para poder apreciar el paisaje.

Al llegar les indicaron que esa sección solamente estaba destinada al buffet de desayuno y a la celebración de eventos especiales.

Entonces descendieron por la vereda que los llevaba al restaurante que estaba ofreciendo servicio.

A la entrada del camino alfombrado con pasto artificial, se encontraban las ruedas de una carreta enmarcando un arco de follaje. Posteriormente, de ese mismo lado, existía un puente que atraviesa el arroyo y termina en una escalinata donde se puede distinguir el paraje más ampliamente.

Todo estaba situado en un cañón, cuyo fondo era un riachuelo; alrededor se encontraban la vegetación y las cascadas en desniveles. De hecho, al bajar levantando la vista se pude observar el primer restaurante en lo alto: una parte de su estructura se encuentra volada sobre el peñasco.

Llegaron por fin, no tenían hambre pues acababan de comer, pero ordenaron una jarra de clericot.

Posteriormente, bajaron por el pasillo que se encontraba en medio de dos cabañas hasta los estanques de truchas. En el camino observaron una maqueta que recreaba una ciudad entera:

castillos medievales y casas con techos de dos aguas idénticas a las alemanas, un carrusel de feria, una plaza, una fábrica, coches aparcados, pinos, un puente y un castillo más grande en lo alto de la montaña; inclusive había personas caminando en la estación del tren.

Bajaron la pequeña escalinata que conducía hacia los estanques, a su costado encontraron más maquetas organizadas en desniveles, una por peldaño: la primera era un castillo, la segunda un molino de viento y la

tercera un quiosco; en el fondo había una pared tapizada de hiedra, enredaderas y las plantas llamadas "conchitas", que le hicieron recordar a Nora el jardín donde siendo niña se resguardaba bajo su preciado naranjo, ya que también contaba con numerosas conchas.

Del lado derecho una mesa de piedra y un par de bancas los invitaron a descansar; el agua de un estanque corría al subsecuente en forma de cascada. Desde estas bancas se podía apreciar la cascada mayor y el arroyo central donde estaban los patos nadando. Más adelante un gran tronco se había desplomado sobre el arroyo, uniendo los dos extremos del cañón, tal parece que su peso lo venció. Nora se recordó que muchas veces se había sentido igual: vencida por el peso de la vida.

Los muchachos descansaron en torno a la mesa y sin que el personal del lugar reparara en el hecho, destaparon algunas cervezas que llevaban en sus mochilas.

El tiempo se esfumó sin sentir, entre risas y charlas. Ya en la madrugada, cuando pidieron una cabaña para poder pernoctar, les dijeron que el "Hotel Austria" solo recibía huéspedes para convenciones.

—¡Maldita sea!, ¿ahora qué hacemos?

—Dime tú que eres el sabelotodo y que vienes aquí desde niño.

—Yo tengo que ir a casa —exclamó Fernando— mis papás me darían una paliza si ven que no llegué a dormir.

—Lo mejor es que nos regresemos ya, entre más pronto mejor —señaló Isabel.

—Tú conduce Isabel, eres la que menos ha bebido.

Nora no hablaba, reía y miraba con ojos entornados el ámbito que la rodeaba.

El valet trajo el SLK impecable y todos abordaron. Isabel en el volante, David a su lado, Fernando, Ernesto y Nora atrás, ella entre los dos hombres.

Capítulo 35

SOSTENER LA ESPERANZA

Steve recordaba cuando dos meses después del accidente Nora abrió los ojos, pero los médicos del Johns Hopkins Hospital en Baltimore, no daban muchas esperanzas de que ella mejorara.

Steve la había trasladado a ese hospital porque era considerado el número uno enla unión americana dentro de las especialidades de neurología y neurocirugía.

Ese es el primer paso, —solían decirle— pero nada nos garantiza que recupere la consciencia, ahora se encuentra en un estado vegetativo, en el que abre y cierra los ojos conservando un ciclo de vigilia, pero carece de cualquier interacción con su entorno y con ella misma. Puede ser que nunca evolucione a la segunda etapa, donde ya sea capaz de percibir y responder a los estímulos.

Ahora, han pasado dos años desde que la ingresé en este hospital, pero Nora sigue en las mismas condiciones; cuando tiene los ojos abiertos éstos se observan vacíos, sin vida, su mirada está totalmente perdida.

Al colocarme frente a ella, cuando le enseño los folletos de las ciudades de Europa a donde iremos o al mostrarle las fotos de nuestro viaje de bodas, ella no presenta reacción alguna, ningún movimiento ocular, ningún pestañeo, ni el más ligero temblor de su cuerpo. Debido a su lesión en el pulmón tiene una respiración asistida, lo cual hace más impresionante observarla con tantos tubos alrededor.

Salgo del hospital abatido, sin fuerzas. Alguno que otro día he preferido no ir a verla para evitar golpearme con la realidad que me grita a voces que ella jamás volverá.

Todos mis esfuerzos, mis lágrimas, los enojos, las palabras, todas mis súplicas; todo tipo de estudios y análisis a los que han sometido a mi esposa han sido completamente vanos.

A veces deseo que Nora muera, y luego morir junto con ella, para evitar esta pausa interminable, este fatuo paréntesis que se burla de mí, donde no hay final y el inicio parece desdibujarse al peso de cada día acumulado. Como en una espiral sin retorno ni fin.

Imagino que algo semejante a lo que vivo le llaman arder en el infierno, Nora al menos no es consciente del paso del tiempo, ni de ella misma; quizá esté vagando en algún mundo, en algún lugar, en un limbo permanente, creyendo que esa es su vida y olvidándose de que aquí

está su cuerpo, conmigo.

Steve manejaba rumbo al hospital, una serie de imágenes se agolpaban en su mente: Nora en traje de baño, Nora desnuda, Nora trabajando en el jardín, Nora, la mesera, sirviéndole su expreso con las mejillas sonrosadas, Nora recargada en el alféizar de la ventana, esperando su llegada. Nora celosa; la Nora enojada y la alegre se conjugan en una sola.

Y después observó (como en un filme) a Nora en la arena persiguiendo un niño rubio, Nora en la Eiffel, Nora y él en un día de campo, Nora y él en la graduación de su hija, las vacaciones familiares en crucero, la boda de su niña, Nora y sus canas, Nora y sus kilos de más que se fueron acumulando tras los embarazos, Nora y él: siempre compañeros, siempre aliados hasta el final.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras caminaba por el corredor hacia la habitación de su esposa y entonces comprendió su responsabilidad, no solo tenía en sus manos la vida de Nora y su propia vida, sino también la de sus hijos, nietos y las generaciones posteriores. Cada imagen, cada cuadro, se convertía en una razón poderosa para seguir luchando, para seguir esperando a que ocurriera el milagro.

Rememoró aquella conversación con Antonio a tres meses del accidente.

—Mi nieta no mejora, deberías desconectarla y dejarla ir, la pobre no puede descansar en paz porque tú te aferras a ella. Los médicos dicen que es muy posible que pase del coma a muerte cerebral.

—Nora sigue ahí, en algún lugar; solo hay que esperar a que encuentre el camino de regreso. Yo no le voy a fallar, mientras existan indicios de que aún sigue con vida estaré aquí para mi mujer. Además los médicos señalaron una mínima posibilidad de que mejore, pudiera ser que en cualquier momento “despertara”.

Entró al cuarto, se sentó sobre la cama, a su lado.

—Buenos días, preciosa. Ya estoy aquí, hoy vi lo que va a ser nuestra vida juntos.

Nuestro hijo es rubio y nuestra hija se va a graduar en la escuela de Medicina.Viajaremos mucho, tal como deseaste siempre; te van a encantar Florencia y Venecia, pero sobre todo la Torre Eiffel y Versalles.

Vamos a ir de día de campo y también a la playa, ahh y a un crucero familiar por las Bahamas. Nuestra hija se llamará Nora al igual que tú, al

niño le pondremos Aron, para que también tenga en su nombre el tuyo.

Steve se reclinó un poco más para hablarle al oído.

—No nos abandones cariño, encuentra el camino y regresa con nosotros.

Apoyó su sien sobre la mejilla de Nora, y notó cierta humedad. Rápidamente se incorporó, tal vez fuera su propio sudor o acaso Nora habría dejado escapar un pequeño esbozo de lágrima cuando él mencionó a sus hijos.

¡Podría ser!, ¿por qué no?; esta mujer siempre había demostrado ser fuerte, era una superviviente del dolor y ahora también de la muerte.

El mismo Steve podría ser considerado como un sobreviviente, fue una de las pocas personas capaces de romper con todo para reinventarse.

Steve recordó su pasado: abandonó su casa, su país, su carrera, sus amigos y sus convicciones anteriores para renacer como una nueva persona; él había aprendido a renunciar a todo para volver a empezar.

Ahora, la sabiduría de la vida lo colocaba cara a cara con un nuevo reto, tendría que aprender el proceso contrario: tendría que aprender a sostener la esperanza y no claudicar.

FIN

Autora:Aline Orozco

Número de registro 03/2014/022409382400/01.

24/02/2014